

Centro de Estudios de Posgrado
Asociación Psicoanalítica Mexicana, A. C.
Con RVOE según Acuerdo 975445 con fecha 28 de
Noviembre de 1997, SEP



**Viscitudes de los impulsos filicidas inconscientes
y sus repercusiones en la clínica**

Trabajo para obtener el grado de
DOCTORA EN PSICOTERAPIA

PRESENTA

Mtra. Aurora Romano Mussali

Director de Tesis: Dr. Juan Vives Rocabert

Cd. de México, 8 de Diciembre de 2018

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo 1. Antecedentes	14
Capítulo 2. Metodología.....	19
2. 1 Justificación.....	19
2. 2 Preguntas de Investigación	21
2. 3 Objetivo General	21
2. 4 Hipótesis de Trabajo	21
2. 5 Conceptos clave de la investigación	21
2. 6 Tipo de estudio	22
2. 7 Método	23
2. 7. 1 Muestra	23
2. 7. 2 Procedimiento.....	24
2. 7. 3 Análisis de información.....	24
2. 7. 4 Consideraciones éticas	24
2. 7. 5 Limitaciones del estudio.....	24
Capítulo 3. Marco teórico.....	26
3. 1 Las pulsiones asociadas a la aptitud para la cultura	26
3. 2 Reflexiones acerca del Edipo Freudiano	32
3. 3 El sacrificio de Abraham e Isaac: un mito acerca del filicidio inconsciente.....	35
3. 4 La relación bebé-padres y las funciones parentales	40
3. 5 El deseo de hijo.....	50
3. 6. El superyó en la crianza.....	53
3. 7. La ambivalencia parental.....	57
3. 8 La capacidad de tolerar la otredad	63
3. 9 Las pulsiones agresivas en la maternidad	68
3. 10 El abuso de poder y el sometimiento al otro	73
3. 11 La consideración por el otro y su relación con la violencia en la crianza.....	77
3. 12 La pulsión de muerte y su relación con los impulsos filicidas inconscientes.....	80
3. 13 La pulsión de vida y el amor primario ante los impulsos filicidas inconscientes.....	83
3. 14 La integración de la pulsión de vida y de muerte	87
3. 15 Modelo modular transformacional	92
Capítulo 4. Viñetas clínicas	95
4. 1 Los síntomas de los hijos como expresión de los impulsos filicidas de los padres	95
4. 2 Presencia de fallas en la autorregulación de los hijos producto de la desregulación de la agresión de los padres	99
4. 3 La consideración por el otro y su relación con la violencia en la crianza	103
4. 4 La ambivalencia parental.....	108
4. 5 El no deseo del hijo y el imperativo categórico de ser madre.....	110
4. 6 Las pulsiones agresivas en la maternidad	113
Capítulo 5. Discusión y Conclusiones	116
Referencias bibliográficas	126

RESUMEN

Este trabajo doctoral surge de intentar profundizar en la comprensión de cómo se instauran los patrones de deshumanización entre padres e hijos y así tal vez el origen de la violencia. Partiendo de que en la consulta psicoanalítica es posible identificar desde etapas tempranas como la patología de los padres y aquello de lo destructivo deslibidinizado transgeneracional se transmite a los pequeños de manera inconsciente manifestándose en síntomas. Surge el cuestionamiento si aquello de lo destructivo de lo que son depositarios los infantes tiene su origen en lo pulsional de lo filicida inconsciente y si es universal e innato o, estamos frente aquello de lo deslibidinizado de la pulsión que se transmite de generación en generación. Se realizó una investigación cualitativa; a partir del método fenomenológico se analizaron contribuciones de autores relevantes para el tema en cuestión y mediante el método clínico, se seleccionó una muestra de once viñetas de casos atendidos en consulta privada. Se corroboró que en toda crianza está presente la ambivalencia como lo teorizó Sigmund Freud. Quedó claro que nombrar la destructividad de las interacciones entre padres e hijos como filicidio inconsciente responde a la comprensión psicoanalítica desde el vértice que organiza la teoría desde una mirada falocéntrica patriarcal. En la actualidad sabemos que la dirección que toma la pulsión no se puede entender de manera lineal y tan contundente como para afirmar que desde lo pulsional es innato y universal destruir a los infantes. Aún así, se encontraron algunos lineamientos comunes en relación a los orígenes de la violencia: (a) un rubro es el que se instaura a través de la idealización socio-cultural alrededor del maternaje que nos lleva como sociedad a negar mucho de la patología en esta relación vincular y que impone a la mujer un ideal desmedido alrededor de la crianza (b) otro rubro es el que nos permite constatar la presencia de la violencia y destructividad que se instaura frente a la dificultad de poder tramitar la otredad (c) otro aspecto es el de las limitaciones propias de los padres tanto psíquicas como socio-culturales y (d) en la perversión en la crianza, es de gran relevancia reconocer que sí existen relaciones padres e hijos donde se instaura el abuso de poder por parte del progenitor, y la mujer ejerciendo la maternidad no es la excepción cuando utiliza a los hijos para satisfacer las propias necesidades. Esta investigación corrobora la importancia de entender los orígenes de la violencia que nos abre el camino para abordar los tratamientos de la deshumanización donde abunda el narcisismo, la perversión y la violencia y lo desvestido de la pulsión de muerte. Lo anterior es importante en tiempos donde socialmente hacemos frente a escenarios de violencia y deshumanización Así que como psicoanalistas surge la necesidad de buscar respuestas para lograr empoderar en nuestra consulta a la pulsión de vida; recordando a Freud, se plantea actuar no solo “*per via de levare*”, sino también, “*per via de porre*”. Así como también es necesario constatar lo mucho que se puede hacer en el ámbito de la prevención en los tratamientos de intervención temprana evitando que se instauren patrones de violencia y deshumanización. Desde este enfoque es claro que este trabajo contribuye a que se amplíe nuestra comprensión de la psicopatología y de la técnica psicoanalítica en la clínica.

Palabras clave: *parentalidad, crianza, filicidio, psicoanálisis*

ABSTRACT

The starting point of this paper is the idea of deep in the way to establish patterns of dehumanization between parents and children and perhaps where violence originates from. Through psychoanalysis clinic it is possible to identify, from the early stages, the parental pathology and their destructive, aggressive and transgenerational impulses, are transmitted to the children unconsciously and manifested in symptoms. Therefore, the question arose about whether the destructive impulses of the parents, of which the infants are depositaries, have their origin in the instinct of the unconscious philicidal and whether they are universal and innate, or it is about the delibidinization of the life drives that is transmitted from generation to generation. Relevant authors were analyzed for the subject in question and, through the clinical method, a sample of eleven vignettes of cases attended in a private practice was selected. The results indicated that ambivalence is present in all the parenting and that we name the destructiveness of parent-child relationships as unconscious filicide, responding to psychoanalytic attention from a patriarchal phallus-centric view, and currently. Currently, it is known that the drives' directions can not be understood in a linear way and therefore, it can not be so forceful to affirm that the aggressive drive toward the children is innate and universal. Even so, some guidelines common to other authors regarding the origins of violence were found: (a) it is established through the socio-cultural idealization around the mothering, which takes us as a society to deny much of the pathology in the maternal-infant relationship and that imposes an motherhood ideal on the woman around the parenting, (b) the presence of violence and destructiveness arises in the face of the difficulty of being able to process otherness, (c) the limitations of both psychic and socio-cultural parents intervene in the origin of aggression in parenting and (d) perversion in parenting also originates because it is established in the relationships between parents and children, the abuse of power by of the parents; in the case of women, when exercising maternity, children can be used to satisfy their own needs. The discussion and conclusion was developed around the premise that it is important to understand the origins of violence, since they open the way for treatment of dehumanization, where narcissism abounds, perversion and unveiling by the death drive. In current times where we socially face scenarios of violence and dehumanization. The role we have as psychoanalysts implies finding answers that translate into empowering in our work the drive of life. According to S. Freud, it is proposed to act not only "per via di levare", but also "per via di porre". Also, its necessary to verify what can be done in the field of prevention and early intervention treatments, avoiding patterns of violence and dehumanization. From this point it is clear that this work contributes to broadening our psychological understanding and psychoanalytic technique in the clinic.

Keywords: parenthood, parenting, filicide, psychoanalysis

Introducción

La presente investigación se centra en la comprensión de los impulsos filicidas inconscientes. El interés del tema surge a partir de mi experiencia clínica y de reconocer lo limitado que ha sido su abordaje desde lo teórico, así como el alcance que tiene para la clínica. La consulta sobre parentalidad: padres-bebés me llevó a cuestionarme sobre el impacto que tiene la violencia, la agresión y la destructividad, consciente e inconsciente de los padres, en el infante. Este mismo planteamiento acompaña la comprensión psicodinámica de mis pacientes adultos, lo que me ha llevado a cuestionarme en qué medida la psicopatología tiene su origen en el monto de destructividad externa, producto de la interacción temprana con los cuidadores primarios y si esta destructividad, proviene o no, de impulsos filicidas inconscientes.

Es posible que la destructividad, como desinvestidura psíquica sea algo que pase de generación en generación, por la falta de catectización y todo aquello que el cuidador primario no logra simbolizar, así el infante lo manifiesta en actitudes, gestos, síntomas y en el juego. De ser cierta esta hipótesis, pone en manifiesto su trascendencia en el área de prevención de la salud mental, mediante el trabajo del vínculo padres-infantes, y además, ofrece cierto aporte con relación a cómo abordamos los tratamientos en la clínica, e incluso señala la responsabilidad asimétrica del terapeuta y de los registros contratransferenciales como herramienta, para prevenir al paciente de la destructividad del analista.

Abordar el tema de los impulsos filicidas inconscientes, implicó partir de cuestionarlos e indagar si éstos son innatos, inconscientes y universales. Al mismo tiempo, otras interrogantes aparecieron y revelaron la complejidad del tema, ya que de existir los impulsos filicidas inconscientes cabe preguntarse ¿Cómo se manifiestan en los padres? ¿De qué manera se instauran en el inconsciente de los hijos? ¿Serán éstas las primeras experiencias de violencia

en el inconsciente? ¿Cómo se instaura en el psiquismo la destructividad que proviene de lo externo y ¿Cómo puede transformarse en egosintónica para los individuos?, todas estas interrogantes de manera particular en las sociedades occidentales.

Por un lado, llama la atención lo poco que se ha escrito con relación al tema y por otro, es interesante al constatar su relevancia para comprender la psicopatología. Existen pocas publicaciones que se encuentran en el PEP (*Psychoanalytic Electronic Publishing*) en relación al filicidio. Se escribió sobre el tema a principios de los años setenta, y después relativamente poco, aunque a principios del siglo XXI aumentó el número de publicaciones. A partir del limitado desarrollo teórico, la primera pregunta que me surgió fue ¿Por qué Freud al plantear el mito de Edipo, para describir la relación triádica del hijo con sus padres y para explicar la psicopatología, lo abordó desde lo parricida y lo incestuoso y no, desde el evidente filicidio que se revela en el mito? Como hipótesis podríamos pensar que es parte del momento socio cultural en el que surgió el psicoanálisis: un ámbito patriarcal que imperó en el siglo XX, donde el hijo y la esposa todavía eran propiedad del padre y los hijos no tenían ningún derecho más que la obediencia absoluta a sus padres (Glocer-Fiorini, 2016).

Para dar inicio a este trabajo, mi reflexión inicial gira en torno a la ambivalencia, en primer lugar, la que personalmente me provocó el título de esta investigación doctoral. Conforme empezó el proceso de abordar este tema, el solo mencionar la palabra filicidio me parecía incómodo y sobre todo, con cierta implicación de juicio moral, pues se refiere a nombrar lo destructivo e inconsciente de la crianza. Cuando alguien me preguntaba, ¿De qué es tu investigación doctoral? percibí que al dar mi respuesta, se generaba un frío extraño en quien lo escuchaba. Paulatinamente, comprendí que nombrar la palabra filicidio es algo muy fuerte, para algunos casi innombrable e impensable, tal como lo es la destructividad misma y la pulsión de muerte: silenciosa y/o silenciada. Abordar el tema de los impulsos filicidas inconscientes, implica ponerse contacto con el sentimiento derivado de reconocer que la persona que te cuida, también te puede dañar, y pensar en la

indefensión del infante frente la destructividad del adulto que lo debería de proteger y cuidar.

Pese a la fuerte carga afectiva que conlleva investigar sobre el tema del filicidio inconsciente, en todo momento estuvo mi deseo de continuar indagando y el interés se fortaleció por lo preventivo que puede ser su comprensión. Sin duda, el tema de los impulsos filicidas inconscientes puede enriquecer la comprensión de la psicopatología¹, y por ende, en el tratamiento de los pacientes. Reconocer la manera inconsciente, y a veces consciente, en que los hijos reciben un monto de destructividad por sus cuidadores, implica entender que esta destructividad puede manifestarse en síntomas, como huellas de aquello que no se logra tramitar para ser pensado/sentido.

En ningún momento este trabajo va orientado a pensar o abordar el tema del filicidio inconsciente como algo intencional que le hacen los padres a sus hijos; es decir, no está en el campo del deseo, se trata de cuestionar si es algo universal de las pulsiones inconscientes, lo cual deja fuera todo juicio moral frente al tema. Abordar los impulsos filicidas inconscientes me ha puesto en contacto con la alternativa de reducir esta destructividad silenciosa e inconsciente: –mirarla sin juicio–. He tenido esta fuerte ambivalencia entre querer hablar de este tema o atenuarlo cambiando el título porque en realidad me parece aterrador. De manera genuina comparto mi sentir, porque me percaté de lo relevante que ha sido este proceso personal para entender la dimensión del tema y sus limitaciones. A veces he deseado que no me relacionen con este tema, ya que siempre se dice que uno escribe de manera autorreferencial. En este caso no encuentro más que mi profundo deseo de estudiarlo para disminuir en mí y en mi entorno la destructividad siempre presente, y tengo la certeza que, por alguna razón, es un privilegio que pueda tolerarlo para poder escribir e invitar a su reflexión, con el objetivo de lograr un mayor contacto con lo humano.

¹ Ver al respecto *Los Siete Modelos de la Psicopatología Freudiana* escrito por Kolteniuk (2007) en

De manera jocosa pienso en el personaje de Voldemort en la saga de “Harry Potter”, el innombrable portador de lo destructivo. Es el innombrable que al nombrarlo pierde fuerza, así lo describe en sus libros J. K. Rowling. Fue interesante notar la relación de lo anterior con lo que sucede en la clínica, donde para disminuir o aminorar la pulsión de muerte, un antídoto es mirarla, reconocerla y nombrarla y así prevenir que esta se instaure de manera silenciosa, como lo señala Peskin (2017) con su concepto de *testigo terapéutico*.

Mediante mi práctica clínica he constatado los resultados de desculpabilizar a los pacientes de sus impulsos destructivos y el alivio que sienten cuando lo pueden hablar sin ser juzgados; así como lo preventivo que resulta para sus infantes que dejen de portar de manera inconsciente esto que cae en lo no dicho. También, cuando los pacientes se ponen en contacto con aquello autodestructivo que los gobierna, generalmente encuentro que tuvo su primer tiempo en situaciones ajenas a ellos, ubicadas en el campo de la crianza de su primera infancia; lejos de utilizarlo como bandera de “víctimas” les permite una conexión humana de comprensión de lo que les pasa y los reconecta con su propios sentimientos de humanidad y vitalidad. En palabras del psicoanalista Silviano Arietti (1979) entender la destructividad desde lo ambiental humaniza.

En lo personal, desde el primer día que me hice madre todo mi esfuerzo ha sido en función de libidinizar a mis hijos, y puedo constatar, lo difícil que es lidiar con las ambivalencias de la crianza y los afectos que devienen del proceso de ser padres. De la misma manera pienso en mi trabajo como psicoanalista y el reto de libidinizar los tratamientos para que en ellos predomine la pulsión de vida, en el mismo sentido que señala Alizalde (2002) en su libro “Lo positivo en psicoanálisis”, donde enfatiza el reto que implica libidinizar y humanizar nuestro quehacer psicoanalítico.

El presente trabajo se compone de una revisión teórica y de viñetas de casos clínicos que se analizaron a luz de las hipótesis previamente planteadas. El análisis de las viñetas se centró en identificar la relación entre el psiquismo de la madre y el psiquismo del hijo(a), en un intento de descifrar lo silencioso

transgeneracional que portan los padres y la manera en que se transmiten a sus hijos y éstos a su vez a sus hijos, perpetuando cadenas de interacciones patológicas cuando subyace la agresión y destructividad en su origen.

En los antecedentes se señala que el filicidio es una práctica que proviene desde tiempos ancestrales, común en diferentes culturas, y justificada principalmente por creencias religiosas. También en este capítulo se presentan autores clásicos y actuales, quienes han escrito sobre la importancia de reconocer las actitudes filicidas inconscientes, para así prevenir la destructividad y la violencia.

Dentro del Marco teórico, en el apartado 1 se desarrolla el tema de la pulsión como un concepto que abarca lo biológico y lo psicológico y que resulta relevante para esta investigación, puesto que, para comprender los impulsos filicidas inconscientes es necesario también comprender los caminos por los que transitan las pulsiones, y cuáles pulsiones subyacen a la parentalidad. En el capítulo se enfatiza como en el deseo del *otro* está lo pulsional, lo cual es un punto central para comprender la relación del vínculo madre-bebé y la importancia del deseo o no deseo del hijo.

En el inciso 2 se plantea que la interpretación del complejo de Edipo ha sido tradicionalmente a partir del parricidio y de la prohibición del incesto, y poco se ha señalado el filicidio presente en este mito. Aunque hablar del parricidio y lo incestuoso es de suma relevancia, para pensar en el desarrollo de la cultura y la civilización, ya que sin hijo no hay porvenir, herencia, ni trascendencia, el tema del filicidio parece quedar en la sombra como “ceguera de taller”, desde el mismo creador del psicoanálisis, quien dejó en el inconsciente el tema del filicidio.

En el 3 se retoma “El sacrificio de Abraham e Isaac” para ilustrar la manera en que los impulsos filicidas inconscientes al poder ser escuchados, hablados y reconocidos abren paso a la pulsión de protección y amor. El mito bíblico del sacrificio de Isaac revela el cambio de la autoridad de un padre que exige respeto basado en el temor y el miedo, a un padre que su autoridad está basada en el amor. Con base en este mito se señala cómo cuando el padre se

hace consciente de su potencial destructivo inconsciente logra hacerse reposable de su amor por su hijo y la necesidad de cuidarlo de su propia agresión.

En el 4 se plantean las funciones parentales según diferentes autores. Este inciso parte de considerar que la parentalidad y el despliegue de sus funciones tiene su origen en el deseo del hijo y en la historia vincular con los propios padres. También, se enfatiza la importancia que tiene el medio ambiente en términos de Winnicott (1971), en el psiquismo del infante. La capacidad de mentalización, de espejeo y de regulación emocional, que tiene una madre juega un papel primordial en el desarrollo del *self* del infante y por lo tanto, es necesaria la prevención oportuna de la psicopatología mediante intervenciones tempranas en apoyo a la parentalidad y en psicoterapia padres-bebés.

El inciso 5 refiere que el deseo real de una mujer por el embarazo, por tener un hijo y ser madre tienen tres rubros: biológico instintivo, psicológico e histórico. Igualmente, se enfatiza en la importancia de que las mujeres reconozcan un genuino deseo de tener un hijo, y que procrear no se lleva a cabo como un destino asumido que la cultura ha determinado por años. La relevancia de este tema radica en que asumir un papel nutricional desde el deseo, impacta a una crianza positiva y desarrollo saludable del infante.

En el 6 se aborda el papel que adopta el superyó parental, el cual se desarrolla en los padres para hacer frente a la crianza y está en constante relación con el ideal de yo, en función de la valoración de su parentalidad. El superyó posibilita la capacidad reflexiva del *self* en los padres, para que puedan regularse emocionalmente y auto-observarse en sus funciones. Este tema es importante para esta investigación, porque permite explicar dinámicas inconscientes de padres ansiosos o de síntomas en los infantes que se asocian a fuertes impulsos filiciales inconscientes. En algunas patologías, lo que falla es la capacidad de regulación emocional de esta instancia psíquica y por ende, requiere su tratamiento.

En el 7 se explica cómo en la parentalidad siempre está presente una

ambivalencia hacia el hijo(a), como lo señaló Freud (1914a); de tal modo que puede amarse de manera profunda a los hijos y, a la vez, albergar instintos filicidas inconscientes. (Vives 2013) Lo relevante del tema es la necesidad de escuchar, hablar y comprender la agresión y destructividad, para poder trascender de lo silencioso y desinvertido por la pulsión de muerte, a lo protector, preventivo y libidinizado por la pulsión de vida.

En el apartado 8 se señala que con frecuencia, la existencia de los impulsos agresivos incluidos en la maternidad se niegan, como respuesta a la idealización social de la figura materna. Asimismo, se enfatiza en que el mandato de la maternidad por una imposición superyóica promueve una maternidad con excesiva simbiosis, rechazo, odio y deseo de daño inconsciente hacia el hijo. También se abordan diversas elucidaciones alrededor del origen de un maternaje cargado por *Tánatos* y se explica que desde el vínculo madre-bebé se puede instaurar una relación perversa, de abuso de poder, donde se presentan fallas importantes relacionadas con los procesos de diferenciación y separación.

En el 9 se profundiza alrededor del temor, rechazo, no diferenciación, alteridad y/o intolerancia de la existencia de otro. Como aspecto central se indica que las madres ante los hijos se enfrentan a la otredad, que si no se tolera tratan de reprimir de manera inconsciente, y se expresa en impulsos filicidas inconscientes. En estos casos los hijos no logran ser libidinizados, porque no son pensados en sus necesidades y deseos propios, ya que resulta amenazante lo diferente. Esto constituye una forma de violencia que se instaura en el psiquismo de los hijos y puede llevar a pautas de autodestrucción y patología.

En el 10 se concentran planteamientos acerca de la dinámica de los vínculos donde una parte ejerce el abuso de poder y otra actúa el sometimiento al otro. El tema se relaciona con los impulsos filicidas inconscientes, ya que se entiende que ser padre ofrece la oportunidad de tener el control y poder sobre los infantes, y entonces se pueden repetir y escenificar patrones de sometimiento que corresponden a la propia infancia de los padres.

El 11 contiene el tema de la violencia que los padres actúan hacia los hijos mediante diversas fallas en la crianza. También se señala que, el no reconocimiento y la aceptación del otro son dos elementos que están implicados en la violencia en la crianza. Asimismo, se plantea que las experiencias traumáticas de los padres, que provienen de la violencia ejercida por sus propios padres, requieren elaborarse para que no queden fijados en la compulsión a la repetición y se perpetúe por generaciones.

En el 12 se adopta una visión de la pulsión de muerte, donde esta no requiere suprimirse, sino se entiende como que forma parte de la vida y requiere encontrar un espacio de equilibrio. Igualmente, se acentúa la importancia de incluir esta pulsión de muerte en el trabajo clínico, a través de profundizar en su origen, puesto que muchas veces proviene de experiencias reales externas que requieren ser reconocidas. Con relación a la crianza, la pulsión de muerte puede verse expresada de muchas maneras, por ejemplo, como negligencia, abuso y daños directos en los infantes, por lo tanto, la prevención de la salud mental radica en trabajar con esta pulsión.

El 13 se concentra en resaltar la pulsión de vida como elemento preventivo y protector de los impulsos filicidas inconscientes. El sentimiento de ser objeto de amor en la primera etapa de vida trasciende en que se integra en el psiquismo elementos reparadores, protectores y motivadores hacia la preservación de la vida y hacia la búsqueda de revivir el amor en las relaciones. Se plantea que también la culpa puede ser creativa y entonces, no solo tiene una parte punitiva. En síntesis se indica que el amor tiene un papel importante en la preservación de la vida y por lo tanto, es una fuerza que requiere ser incluida en intervenciones tempranas con padres e hijos.

En el 14 se plantea la *culpa de vida y de humanización* que propone Peskin (2017) y que resulta indispensable incluirla en el trabajo con pacientes con trauma, pero también en los tratamientos donde los impulsos filicidas inconscientes de los padres estén involucrados en las patologías actuales de pacientes. Esta culpa invita a tolerar los sentimientos de las experiencias traumáticas e impulsa hacia lo creativo y a reconectarse con los sentimientos de

vitalidad. Además se señala que la función del analista ante casos de trauma es ser un *testigo terapéutico* como ya se mencionó. Ser testigo terapéutico significa mirar, validar y otorgarle escucha y palabras a aquello que ha quedado silenciado por la pulsión de muerte y significa hacer presente la pulsión de vida a través de estas funciones mencionadas.

En el inciso 15 se expone el Modelo Modular-Transformacional desarrollado por Hugo Bleichmar (1999) el cual aporta una visión compleja del psiquismo, donde señala que está compuesto por múltiples sistemas motivacionales: de auto-heteroconservación, narcisismo, apego, sensual-sexual, de regulación psicobiológica. Uno de los objetivos de la reformulación de Bleichmar (1999) ha sido lograr una estructura conceptual que dé cuenta de la complejidad del inconsciente y de la problemática, también compleja, que la clínica y la psicopatología psicoanalítica enfrentan en los tiempos actuales.

En el capítulo de “Discusión y Conclusiones” se integra el análisis de las viñetas con los planteamientos teóricos revisados a lo largo del trabajo. Así es como se da respuesta a las preguntas de investigación que guiaron este trabajo de tipo cualitativo (Hernández-Sampieri, Baptista y Sampieri, 2000) mediante el método fenomenológico y clínico (Mertens, 2005). En el mismo sentido se debate alrededor de las hipótesis y por último, se presentan las conclusiones que incluyen una síntesis de los aspectos más relevantes, alcances y limitaciones del estudio, así como consideraciones para futuras investigaciones.

Capítulo 1. Antecedentes

Para comprender el tema de los instintos filicidas inconscientes es necesario abordar los inicios de la cultura² ya que en ella existen datos de infanticidios. A lo largo de la historia y en algunas prácticas religiosas, el sacrificio humano se institucionalizó como una costumbre para cumplir una demanda de las fuerzas divinas; la prohibición del incesto llevó a que los hijos fueran incluidos en ellos como una manera de mitigar el deseo instintivo (Rascovsky & Rascovsky, 1972). El sacrificio de los hijos, como práctica común en la antigüedad, puede considerarse como una prevención del parricidio, ya que ocurría en menor frecuencia (Arieti, 1981). La petición de los dioses y su felicidad eran argumentos que justificaron este acto de ofrecer a los hijos primogénitos en sacrificio. Así matar a los hijos no era algo prohibido, sino algo virtuoso que liberaba a los padres de sus pecados.

Respecto a la práctica de sacrificar a los hijos en diferentes culturas, E. Romano (2008) refiere aquellos rituales mayas donde se sacrificaba a la mujer considerada más bella para calmar la furia de los dioses al entregarles la deidad. En los mismos tiempos, en el imperio inca era un honor para las familias ofrecer a sus niñas en sacrificio, ya que se pensaba que así alcanzarían un lugar cercano a los dioses y el pueblo se vería colmado de bienaventuranza. Igualmente las civilizaciones antiguas tales como los vikingos, celtas y galos practicaron el sacrificio de infantes.

La revisión de la historia revela períodos en los que las normas e imperativos reflejan la legalidad y justificación del infanticidio sobre el control de la natalidad (Pender, 2006). En Grecia y Roma, el infanticidio era legal, fue hasta los inicios del siglo XX en la era de la medicalización (1922), que surgió la ley de infanticidio británica, la cual reconoció la posible relación entre el infanticidio y la psicosis.

La guerra es un hecho que pone de manifiesto la manera en que las generaciones humanas repiten y perpetúan la matanza de los hijos; y la

² Se entiende por cultura las prácticas materiales y de significación, al mismo tiempo, de continua producción, reproducción y transformación de las estructuras materiales y de significación que organizan la acción humana (Bourdieu, 1990).

vulnerabilidad y la dependencia infantil facilitan que la agresión se dirija a los niños. La condición de indefensión hace que el infante dependa de los cuidados del adulto, así la agresión, descuido o destructividad de los padres dejan huella de manera irremediable en el infante.

A pesar de que el filicidio es un tema que existe desde la antigüedad, es escasa la literatura psicoanalítica que lo aborda. Desde el psicoanálisis, Devereux (1953) ofrece una mirada interesante respecto a los impulsos filicidas, partiendo de la lectura freudiana del mito de Edipo. Este autor señala que en la tragedia no es esencial el crimen de Edipo, sino que debería reconocerse y dar énfasis a los actos de ambos padres y entonces hablar acerca del complejo de Layo y el complejo de Yocasta. Desde esta perspectiva, las pulsiones sexuales y asesinas de Edipo son suscitadas claramente por las pulsiones sexuales y asesinas anteriores de los padres y no enfatizar en ello, ilustra la manera en que los adultos atribuyen constantemente la culpa a los niños (Devereux, 1953). Por lo tanto, para abordar el tema de la destructividad es trascendental hablar primero del impulso destructivo que implantan los padres en los hijos y en un segundo momento la reversión de agresión que éstos hacen hacia sus progenitores.

Devereux (1953) afirma que las pulsiones canibalísticas de los hijos son estipuladas, aprendidas, reprimidas, vueltas inconscientes y expresadas a *posteriori*, y, antes de que un bebé entre en la etapa canibalística y fantasee en devorar el pecho de su madre (en alusión a los conceptos de Melanie Klein), primero deberá reconocer a ese otro en el afuera. Un infante definitivamente no quiere devorar a su madre, sino que es la destructividad inconsciente de la madre, la que se proyecta en el infante; éste al no poder modular y transformar dicha destructividad, la inscribe masivamente en su inconsciente.

Por su parte, Rascovsky (1974) plantea que el inconsciente colectivo del hombre heredó un mandato filicida ancestral, el cual si no se reconoce conscientemente, continuará actuando la pulsión tanática *pretotémica* y la *hecatombe filicida*, en todas sus variantes, seguirá sacrificando la especie y amenazando la supervivencia.

Rascovsky y Rascovsky (1972) plantean que lo filicida también se puede rastrear en la clínica, al identificar las huellas de los introyectos arcaicos en las actitudes parentales que se expresan en síntomas de los pacientes. Para estos autores, el hecho de que en el psicoanálisis se considere con esta mirada el mito edípico, aporta conocimientos para incrementar la comprensión en la clínica y, a su vez, a la cura asociada a la revelación de las fuerzas reprimidas, persecutorias y de la culpa. La culpa tiene sus orígenes en los impulsos parricidas, los cuales son consecuencia de los impulsos filicidas (Rascovsky y Rascovsky, 1972). Los orígenes del parricidio se encuentran en las identificaciones del hijo con la agresión de sus padres y esto pone a la luz la importancia decisiva de la capacidad de los padres para regular la agresión innata infantil de sus hijos, ya que determinará cómo se instaurarán las fantasías parricidas más adelante en el desarrollo del infante.

El filicidio complementa la prohibición del incesto y del parricidio (Rascovsky y Rascovsky, 1972) e incluir en la literatura psicoanalítica y en la práctica clínica la mirada filicida aporta mayor comprensión tanto de la agresión, como de los objetos persecutorios internalizados. Las fantasías filicidas de los padres, así como las prácticas de agresión y maltrato en la crianza son revividas por los hijos más adelante como culpa persecutoria y conductas de autocastigo.

Acercas de las causas que subyacen a los impulsos destructivos de los padres hacia los hijos, Rascovsky y Rascovsky (1972) sostienen que el filicidio es un derivado del incesto y está fundado en la envidia del padre hacia el hijo. El padre bajo estrés tiene una regresión oral que le remite a competir con el hijo por el amor de la madre. Por su parte, Féder (1980), pionero en México en incluir la realidad externa violenta en el campo del pensamiento psicoanalítico, explica el fenómeno del filicidio a partir de la ambivalencia preconceptiva, el cual fue un tema que abordó y desarrolló ampliamente a lo largo de su vida.

El tema del filicidio fue planteado por Féder desde 1967 y compartió este interés con varios otros psicoanalistas como son: Kempe, Vanderstern, Calef, y Rascovsky (citados en Féder, 1980, p. 16). Aunque los planteamientos teóricos

de Féder (1980) se focalizan en el tema de la ambivalencia pre-conceptiva, este autor considera las dos vertientes que tienen los padres ante los hijos: tanto la destructiva como la protectora. De acuerdo con este psicoanalista, Raskovsky (1974) planteó el filicidio de manera determinante y unilateral, y aunque opuesta, lo hace en la misma línea en la que Freud pensaba sobre el amor materno; y por lo tanto, en su concepto sobre la ambivalencia pre-conceptiva integra ambas partes. En la línea de la ambivalencia universal, considera una parte innegable del verdadero amor de padres a hijos, que se fundamenta en la necesidad instintiva necesaria y fundante para la perpetuación de la raza humana; y por otro lado, planteó que también se encuentra lo opuesto y silenciado: el odio y la negligencia hacia los hijos. Para Féder (1980) es relevante que el psicoanálisis no deje al individuo solo en asumir su destructividad, lo cual ocurre cuando no se considera el mundo externo, y que en cambio es necesario se reconozca la destructividad de padres a hijos. De acuerdo con Féder (1980) existe una cierta amnesia científica para hablar de la violencia preconceptiva en psicoanálisis, la cual tiene sus orígenes en la ambivalencia originaria, e ilustra este hecho señalando diferentes mitos, pasajes y pueblos indígenas donde siempre ha estado presente la ambivalencia pre-conceptiva, entre ellos, el mito de Edipo, el relato bíblico de Abraham, la historia de Moisés, en la mitología africana, asiática, náhuatl, huichol, entre otras. No hace más de 100 años que el infanticidio estaba permitido, hasta que mucho tiempo después se prohibió legalmente. Por tal motivo, Féder (1980) tenía razón en considerar que existe una ceguera de ver la violencia que proviene del mundo real en el campo psicoanalítico y los riesgos sociales que conlleva.

Otra visión interesante es la manera en la que Alizade (2005) plantea la comprensión de los impulsos filicidas, en la cual el filicidio inconsciente implica reconocer el miedo a la destructividad desde una visión fálico-patriarcal, donde la mujer tienen miedo de lo que implica ser madre por la idealización y sobre exigencia que está puesta en ella.

Tanto para Solís-Pontón, Lartigue, Maldonado y Marín (2006) como para

Catz (2006), el filicidio inconsciente puede fundamentarse en el fallo de los padres para afiliar a sus hijos en un espacio simbólico. Para los autores, este aspecto es indispensable para ofrecer a los hijos la oportunidad de “nacer psíquicamente” con su propia individualidad, ya que de no ser así, los hijos quedan atrapados en una no existencia psíquica para sus padres, y aprisionados en una parentalidad filicida.

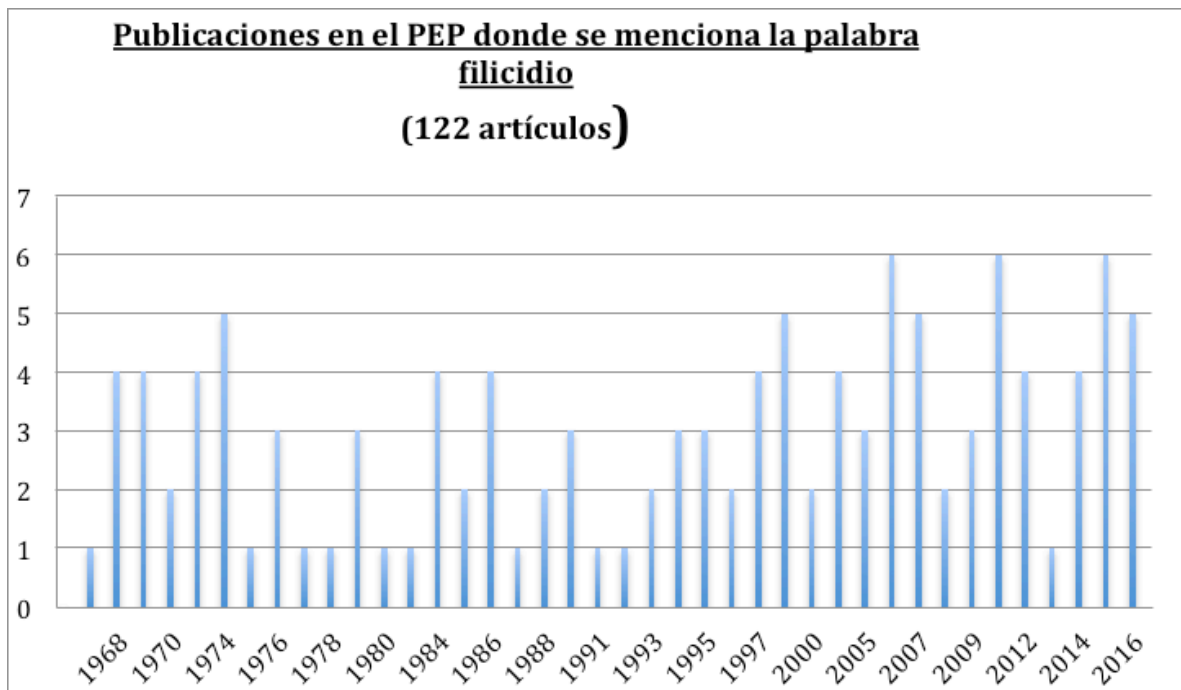
En esa misma línea Catz (2006) basándose en Lebovici (1989), menciona que la única manera de lograr animales tan destructivos con su propia especie, como los humanos, es mediante el aislamiento y el abandono. El abandono en el rol parental es considerado como una forma de filicidio, por lo que todo abandono en etapas tempranas del desarrollo es de tal violencia, que implanta y eterniza el odio y la violencia de manera transgeneracional. Por lo tanto, es indispensable que los hijos sean afiliados simbólicamente a través de un proceso de humanización.

Capítulo 2. Metodología

2. 1 Justificación

La influencia del contexto social y familiar en el desarrollo del psiquismo es innegable. El énfasis que pone el psicoanálisis en la interrelación que se da entre los cuidadores primarios y sus infantes es amplísimo. De acuerdo con el psicoanálisis el origen de la psicopatología se instaura desde las primeras interacciones del bebé con sus padres. Sin embargo, llama la atención el poco énfasis que se ha dado en el ámbito psicoanalítico con relación al tema del filicidio inconsciente. Encontramos relativamente pocas publicaciones en el PEP (*Psychoanalytic Electronic Publishing*) que muestran la poca actividad del tema en cuanto a la disminución de la destructividad y la psicopatología (Ver imagen 1).

Imagen 1.



En psicoanálisis la comprensión del mito edípico es la roca donde se desprende la comprensión del psiquismo, el vértice mas frecuente ha sido su comprensión parricida, en la cual se pone énfasis en la destructividad del infante y no en la de los padres. Sin embargo, existen otros autores (Devereux, 1953; Féder 1980 y Rascovsky, 1974) que manifiestan el punto ciego de esta interpretación clásica, donde el mito también muestra los impulsos filicidas de los padres. Posiblemente, el abordaje limitado de estos impulsos filicidas inconscientes responden a una disociación que se tiende a tener frente a lo amenazante que resulta profundizar en la comprensión de la pulsión de muerte.

A partir de esta perspectiva que toma en cuenta la destructividad inconsciente de los padres es que se cuestiona si el filicidio inconsciente es un fenómeno innato, y por lo tanto, universal o si forma parte de la demanda superyóica que suelen tener los padres frente a la responsabilidad de tener a su cuidado un hijo. Aunado a que culturalmente hemos creado un aura de idealización frente al maternaje, que imposibilita reconocer lo frecuente que es la destructividad y lo negativo del maternaje (Alizalde 2006; Lartigue, 1994 y Welldon, 2015). Así, la pulsión de muerte pasa silenciada y al no ser reconocida se expresa en violencia.

La trascendencia de abordar en este trabajo este tema radica en la comprensión de la patología y lo importante que resulta incluirla en el trabajo clínico. Se pretende aportar conocimientos que puedan ser incluidos no sólo en la clínica, sino también a través de programas de prevención y tratamiento dirigidos a disminuir y revertir la violencia que vemos puesta en acto en nuestra sociedad actual. Para disminuir la pulsión de muerte, una antídoto es mirarla, reconocerla y nombrarla, y así prevenir que ésta se instaure de una manera silenciosa (Vives, 2013).

En el campo científico, esta tesis ofrece la posibilidad de tener una mirada más comprensiva de la patología y amplía las herramientas terapéuticas para entender y acompañar a los pacientes. En un plano social y contemporáneo, brinda apoyo al invitar a reducir la destructividad y la violencia, ya que actualmente vivimos tiempos donde impera la violencia y la

deshumanización. En suma, es relevante y trascendental un abordaje que comprenda desde dónde se instaura la violencia y la deshumanización.

2. 2 Preguntas de Investigación

1. ¿Los impulsos filicidas inconscientes de los padres son instintivos, o son conflictos intrapsíquicos no resueltos activados por la propia parentalidad?
2. ¿De qué manera se instauran en el inconsciente de los hijos los impulsos filicidas inconscientes de los padres?

2. 3 Objetivo General

Analizar mediante los métodos fenomenológico y clínico, la manera en que los impulsos filicidas inconscientes se instauran en el inconsciente de los hijos, y su origen. Es decir, si son de carácter innato y por lo tanto, universal o son el resultado de las demandas de la parentalidad.

2. 4 Hipótesis de Trabajo

H1: Los impulsos filicidas inconscientes están siempre presentes en la parentalidad, se instauran de manera inconsciente en los hijos y éstos a su vez, los actúan con síntomas o psicopatología (Deveroux, 1953; Féder, 1980; Rascovsky, 1972; Vives, 2013).

H2: Los impulsos filicidas inconscientes no tienen un carácter innato, sino más bien son producto de la rigidez del superyó frente a la demanda de la crianza (Alizalde, 2006; Dio Bleichmar, 2005 y Welldon, 2015).

2. 5 Conceptos clave de la investigación

- **Impulsos filicidas inconscientes:** Impulso universal, inconsciente, heredado como mandato ancestral como expresión de la pulsión de muerte, que implica la destrucción o aniquilamiento psíquico del propio

hijo, como respuesta del progenitor al sentirse amenazado por la existencia de su propio hijo y pueden llegar a ser representaciones de instintos de destrucción hacia los infantes (Rascovsky, 1974).

- **Parentalidad:** Es un proceso psicológico que se origina al procrear un hijo, lo cual significa que el hecho biológico de procrear no significa convertirse en padre o madre. Se trata de la construcción de un yo parental que toma en cuenta lo que se ha heredado a nivel intrapsíquico de los padres, y que al reconocer sus propias mociones infantiles permite que los padres se identifique y adapten a las necesidades del niño. En este proceso los padres se acomodan en el lugar de padres, y el hijo que se acomoda en el psiquismo de sus padres como hijo, instaurando así la socialización y la aptitud para la cultura, salvaguardando la salud psíquica y previniendo la violencia (Solís-Pontón, 2004). De acuerdo con Lebovici (1989) la parentalidad es también el equivalente de una formación mental donde se integran la doble diferencia de generaciones padre-hijo y la diferencia de sexos hombre-mujer, así como la diferencia Yo-No yo.

2. 6 Tipo de estudio

Este estudio es de tipo cualitativo, en el cual a partir de viñetas de casos clínicos se obtiene la información y a través de estas mismas se responde a las preguntas con base en los principios de la fenomenología. De acuerdo con Hernández-Baptista, Fernández y Baptista (1998) un estudio cualitativo pretende describir y entender los fenómenos desde el punto de vista de cada participante, se basa en el análisis de discursos y profundiza en los significados de un tema. Además, el investigador contextualiza las experiencias en términos de su temporalidad (tiempo en que sucedieron), espacio (lugar en el cual ocurrieron), corporalidad (las personas físicas que lo viven o vivieron) y el contexto relacional (los lazos que se generaron durante las experiencias). Debido a que esta investigación analiza los discursos que se generaron en

tratamientos de tipo psicoanalítico y a que se enlaza con el discurso teórico, el método con el cual se trabajó fue el fenomenológico y clínico. De acuerdo con Mertens (2005) estos métodos se enfocan en las experiencias individuales subjetivas de los participantes, y responden a la pregunta ¿Cuál es el significado, estructura y esencia de una experiencia vivida por una persona (individual), grupo (grupal) o comunidad (colectiva) respecto de un fenómeno? El centro de indagación de estos diseños reside en la(s) experiencia(s) del participante o participantes.

También se siguió el método clínico, que no es más que el método científico aplicado al trabajo clínico. De acuerdo con Leuzinger-Bohleber y Fischmann (2006) el psicoanálisis como método de tratamiento no solo ha generado una gran cantidad de evidencia empírica, sino también, conceptos poderosos, que desempeñaron un papel esencial para entender los discursos de las personas. Con el método clínico se utilizan las observaciones clínicas para influir en el significado de conceptos teóricos, tal y como se hizo en este trabajo, donde se utilizaron conceptos psicoanalíticos que se enlazaron con viñetas de sesiones clínicas para profundizar y ampliar su significado.

2. 7 Método

2. 7. 1 Muestra

Once viñetas de casos clínicos que fueron atendidos en consulta privada en la Cd. de México; dos viñetas pertenecen a pacientes donde se abordó de manera retrospectiva el vínculo con sus padres y la relación con su sintomatología, dos se tratan de viñetas de casos en los cuales se trabajó el vínculo padres-bebé para tratar la sintomatología de los infantes y siete son fragmentos de casos de madres que plantearon situaciones con relación a su maternidad. El criterio de inclusión bajo el cual se eligieron las viñetas fue aquellas que ilustraban de manera más clara el tema de estudio, en comparación con otras. Los casos

debían pertenecer ya sea a consulta enfocada en la parentalidad o también de casos de adultos donde se hablaba de temas relacionados con el vínculo con los padres.

2. 7. 2 Procedimiento

1. Después de la consulta con los pacientes se registraron las sesiones.
2. Posteriormente se hizo un análisis de contenido de estos apuntes, en la cual se identificaron fragmentos o narraciones de las sesiones que incluían el tema de la parentalidad y sus efectos en los síntomas de los pacientes, así como también permitían la posibilidad de analizar el filicidio inconsciente y sus efectos en el psiquismo.
3. Se transcribieron las viñetas en un formato homogéneo.
4. Se realizó el análisis de la información a la luz del marco teórico.
5. En la discusión se responde a las preguntas de investigación con base en los resultados y se retoman algunos aspectos teóricos para argumentarlos.

2. 7. 3 Análisis de información

Los temas del marco teórico se utilizaron como guía para agrupar las viñetas en función de que eran ilustrativas de cada tema. Como eje central de análisis se identificaron manifestaciones o expresiones de los impulsos filicidas inconscientes inmersos en la crianza y expresados en sintomatología.

2. 7. 4 Consideraciones éticas

Con el objetivo de resguardar la confidencialidad y privacidad de los pacientes, se modificó su nombre, así como algunos datos que pudieran revelar la identidad del paciente y también se omitió alguna información trascendente con el mismo fin. Para este trabajo fue relevante utilizar viñetas y no estudio de casos que permitieron no presentar información completa de los pacientes como un medio para cuidar el anonimato y solo retomar fragmentos que

resultaron útiles para ilustrar los temas relevantes para esta investigación.

2. 7. 5 Limitaciones del estudio

El uso de viñetas permitió tener solo un acercamiento breve e inmediato hacia las dinámicas que subyacen en los vínculos padres e hijos, sin embargo, a su vez, el uso de estas fueron una limitación para poder ampliar más acerca de la manera en que se desarrollan y evolucionan con relación a los impulsos filicidas. Además no se focalizó en las intervenciones que se realizaron en relación a lo filicida y por lo tanto, posteriores investigaciones pueden atender estas limitaciones utilizando otros diseños de investigación, como por ejemplo, estudios de caso.

Capítulo 3. Marco teórico

3. 1 Las pulsiones asociadas a la aptitud para la cultura

Freud (1905) consideró la pulsión como concepto límite entre lo biológico y lo mental. De acuerdo con Dio Bleichmar (2005), el concepto de pulsión en Freud se refiere a que lo corporal se inscribe en el psiquismo, en función de la biografía de la persona, de cuáles hayan sido los primeros seres significativos en su historia, de aquellas figuras que hayan despertado su sexualidad, de las fantasías que se hayan ido construyendo, y de los ideales sociales que fijan las cualidades del objeto capaz de despertar el deseo. Es decir, la pulsión abarca lo biológico y lo psicológico.

Freud seis meses después del estallido de la primera guerra mundial, en su escrito “De guerra y muerte” (1914a) explica acerca de cómo la evolución de las pulsiones no va de la mano con la cultura y la educación. En este texto señala que el sadismo propio de la infancia pasa por la culturalización y la educación, el cual lo lleva a dar un vuelco del niño “malo” al adulto “bueno”, y que este hecho no implica una verdadera transmutación de las pulsiones egoístas (pulsión de muerte) en pulsiones sociales altruistas, denominada como *aptitud para la cultura*. Dicha aptitud es definida como la capacidad altruista de salir del propio egoísmo para ver por el otro, como otro (Freud, 1914a). Es decir, es la capacidad de un ser humano para transformar las pulsiones egoístas, bajo la influencia del erotismo, en pulsiones de vida. De acuerdo con Solís-Pontón (2002), esta capacidad para la cultura constituye una función indispensable para ejercer la parentalidad. Dicha capacidad es independiente a la religión, educación y la cultura; se genera a partir de una verdadera evolución de las pulsiones, mediante el vínculo afectivo estrecho que se establece con un otro significativo, que invita y marca de manera singular, la capacidad de tolerar

el contacto con otros, y que pone a prueba la madurez pulsional (Freud, 1914a). En términos generales, las relaciones vinculares donde se da prioridad al sujeto frente a las demandas sociales permiten acceder a lo que Freud nombra como la aptitud para la cultura.

Años más tarde, en 1932, Freud señaló que el síntoma proviene de aquello que ha quedado reprimido, así el síntoma es para el yo “tierra extranjera”. La enfermedad mental viene del conflicto entre las exigencias de la vida pulsional y las resistencias que dentro de él se elevan. Para el trabajo clínico donde el filicidio inconsciente está presente es fundamental reconocer estas pulsiones arcaicas de crimen e incesto, reprimidas, y aunque para cualquier padre o madre no resulta fácil reconocerlas, esta labor constituye una parte central del saber inconsciente acerca de las leyes primordiales que todo padre o madre debe tener en cuenta al intentar asumir su rol parental (Solís-Pontón, 2002).

Con relación a la comprensión de las pulsiones, Alizade (2005) sigue a Freud y define con el término pulsión como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, y con una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico, a consecuencia de su conexión a lo somático. Esta autora, enfatiza en que el elemento constitutivo de la pulsión, es la vinculación y dependencia con otro, en quien encuentra no sólo apoyo representacional, sino un continente relacional, en el cual la pulsión se sostiene para llevar a cabo su movimiento.

Alizade (2005) enlista distintos tipos de pulsiones que a continuación se mencionan, ya que esto aporta comprensión acerca de las pulsiones que subyacen en la parentalidad. Entre las pulsiones que menciona se encuentran las siguientes: sexuales, de conservación, de la libido del yo, libido de objeto, pulsión de vida, pulsión de muerte. Así como pulsiones interdependientes, que dan cuenta de movimientos energéticos humanos dirigidos a distintas metas y las pulsiones de dominio y de destrucción –que algunos autores distinguen de la pulsión de muerte–. También la pulsión como verbo, es decir como acción que impulsa, se asemeja a la pulsión de saber, incluida por la teoría psicoanalítica freudiana con relación a los grandes temas de poder, apego y

sublimación.

Con base en el concepto de auto-conservación de H. Bleichmar (1999), Alizalde (2005) plantea la existencia de la pulsión volcada a la conservación del otro. La combinación de hetero-conservación psíquica y transformación narcisista conforman una envoltura psíquica protectora frente a los avatares y las inclemencias. A partir del planteamiento de Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual”, acerca de la pulsión en tiempo de verbo, Alizalde (2005) señala que es en esta pulsión donde se echan andar los intercambios con el prójimo y se anidan tanto la ventura, como la desventura.

El otro es significativo y el intercambio permite armar circunstancias, emociones íntimas, juegos vinculares de acción y reacción, los cuales establecen escenarios, que son la sede cotidiana donde se genera el trabajo de la metamorfosis somato-psíquica en formas más o menos imperceptibles. Alizade nombra la existencia de una intersubjetividad deseante, que inicia en el cuerpo de origen; es una masa sensual o masa orgánica primaria la cual recibe desde sus albores la influencia de otro, de la palabra y de la cultura. Es así que para esta autora se puede hacer referencia a cuerpos integrados en la unidad corporal, el cuerpo somático, el cuerpo afecto, el cuerpo sensorial, el cuerpo perceptivo, el cuerpo erógeno, o sexual, el cuerpo pulsional, el cuerpo atravesado por la palabra, el cuerpo ético, el cuerpo estético, el cuerpo vincular, el cuerpo social.

En las mujeres se agrega el cuerpo materno con su potencial de crear a otro ser dentro de sí (Alizade, 2005). La sensualidad femenina se apoya en las pulsiones, al avanzar desde lo sensorial hasta lo erógeno. La pulsión inhibida se expresa en ternura, y avanza en dirección al sentimiento de amor y agradecimiento. La ternura de la caricia y del afecto permite una maternidad erógena que espera y no exige que el otro corresponda, a un deseo de reciprocidad, ni de dependencia totalizadora. Las perturbaciones de la base sensual/sexual son huellas mnémicas de los repetitivo, y por lo tanto, las caricias de una madre, el contacto y la ternura se heredan como fuegos de la futura pasión –lo que Anzieu nombra como *yo piel*–.

En síntesis, en el deseo del otro está lo pulsional, lo cual es un punto central para comprender la relación del vínculo madre-bebé, así como la importancia del deseo de hijo. A partir del deseo de la madre surge el sentimiento deseante de existencia del hijo. La intersubjetividad deseante produce una estética propia, eminentemente relativa, donde en el deseo de hijo está lo pulsional, que se inscribe en el deseo de vivir y de existir del hijo con sus particularidades. La sensualidad se podría denominarse proto-afecto, estado intermedio entre las vivencias y los afectos. El sentir del cuerpo comprende múltiples experiencias carnales que dibujan mapas sensoriales privados en cada sujeto individual (Alizade, 2005).

La pulsionalidad deviene a la vez defensiva y protectora, y es ante todo una búsqueda interior. Tomando en cuenta que las pulsiones se disfrazan con las máscaras de otras (Alizade, 2005), es necesaria la exploración de éstas, ya que el objeto de la pulsión, contingente y a la vez limitado, muestra su carácter fantasmático y engañoso. Aunque no resulta fácil de esquematizar y comprender los caminos por los que transitan las pulsiones, sí resulta de gran relevancia para este trabajo, ya que nos permite profundizar en la comprensión de las pulsiones subyacentes en la parentalidad.

Vives (2013) en su libro “La muerte y su pulsión”, menciona que Freud (1905) conceptualiza los sentimientos hostiles como una forma activa de impulso interno que pugna por expresarse de manera muy semejante, a como lo hacen los instintos sexuales. Este autor señala que Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” plantea que la tendencia a causar dolor al objeto sexual o ser maltratado por él son las perversiones más frecuentes e importantes del psiquismo y se expresan de dos maneras: activa y pasiva, sadismo/masoquismo. Así sadismo y masoquismo son las formas activas y pasivas de la manifestación exagerada de un componente agresivo de la pulsión sexual. Vives (2014) al hablar de la neurosis como lo negativo de la perversión, señala pares de instintos que sirven para explicar la conducta social del enfermo, entre los que menciona, se encuentran: instintos de contemplación-instintos de exhibición; instinto pasivo de crueldad-instinto activo

de crueldad. En el último par mencionado, la libido está conectada con la crueldad y por ello, tiene lugar la transformación del amor en odio y de los sentimientos cariñosos en hostiles, característica de una gran serie de neurosis especialmente la paranoia (Vives, 2014).

De esta manera Freud establece como instinto parcial la crueldad, que puede ser activa o pasiva y que su forma de mezclarse con la energía de la pulsión sexual es responsable de la transformación del amor en odio. El que predomine un sentimiento u otro, se explica con base en las cantidades relativas de energía de los componentes pulsionales —en el instinto sexual— ya sea que predominen los componentes libidinales o los crueles (Vives, 2014, p.148).

De acuerdo con Vives (2014), inicialmente Freud conceptualizó la agresión como un componente del instinto sexual, pero años después lo definió como un instinto aparte. Es decir, las pulsiones parciales son originariamente autónomas del instinto sexual, aunque después se subordinan a él, mezclándose con este. Por ello, la crueldad es parte constitutiva del instinto de dominio y la capacidad de compadecerse por el dolor del otro es una vicisitud derivada de la inhibición o del bloqueo defensivo de la ilusión de apoderamiento, es decir, de la dinámica de poder (Vives, 2014).

Freud inició sus exploraciones sobre las neurosis dándole un gran peso al trauma sexual, pero dejó fuera y en la oscuridad, que si bien se trata de un evento traumático, es además violento: “¿Cómo es que el énfasis en lo sexual dejó de lado el aspecto agresivo del abuso ejercido en contra de menores?” (Vives, 2014, pág.140).

A propósito de la pulsión y su comprensión actual a la luz de las neurociencias, Dio Bleichmar (2005) menciona que la articulación pulsional de lo biológico es de doble vía, donde lo biológico determina lo representacional, y lo representacional lo biológico. Por lo tanto, la pulsión no tiene porqué quedar restringida a la sexualidad o a la agresividad, sino más bien, el concepto de pulsión se puede entender como la articulación entre distintos y múltiples sistemas biológicos y representacionales, organizados en distintos sistemas motivacionales (hetero/ auto conservación, sexual/sensual, apego, narcisista, regulación emocional, descritos ampliamente por Hugo Bleichmar,

1997, 1999) y articulados con movimientos de doble vía. El sistema neurovegetativo existente en el momento de vivir un acontecimiento es el que otorga un valor psíquico, y constituye una fuente de activación reguladora que está marcando continuamente el orden representacional; a partir de ello, se desencadenan las reacciones corporales relevante para la comprensión de las enfermedades psicosomáticas. Bajo la influencia de las neurociencia, el concepto de pulsión puede fragmentarse en numerosos procesos subsidiarios, que hay múltiples variedades de placer displacer en el cerebro, cada uno de los cuales está gobernado por su propio sistema de mando y modulado por su propio sistema regulador (Dio Bleichmar, 2005, pág. 60).

Otro aporte interesante acerca de lo pulsional, es planteado por el psicoanalista norteamericano Peskin (2012), quien señala que Freud en “El malestar en la cultura” señala la tendencia en el ser humano hacia el dominio, lo cual forma parte de la naturaleza humana y por lo tanto es inevitable. Para Peskin (2012) esta tendencia pulsional se deriva del instinto de muerte y se asocia con lo que nombra como *culpa de civilización o de muerte*. De acuerdo con este autor, Freud dejó fuera la comprensión del sufrimiento de la víctima sobre la cual recae esa violencia de civilización. Esta exclusión en el pensamiento de Freud, debida al contexto sociocultural de la época, dejó fuera lo que años después hemos podido comprender, cuando los testimonios de los sobrevivientes del Holocausto mostraron que, para poderlos acompañar en su sufrimiento, frente al trauma deshumanizante que vivieron, era necesario la escucha genuina y cálida, así como ser testigo frente al dolor. De tal manera que se abra la oportunidad de devolver al sujeto su condición de ser humano, y de reconectarlos con sus afectos, los cuales se disociaron del psiquismo para sobrevivir. Así que no sólo estamos frente al deseo de dominar sino también frente al deseo de vivir.

3. 2 Reflexiones acerca del Edipo Freudiano

Layo, hijo de Lábdaco, deseó a Yocasta y reinó sobre Tebas. Apenado por no tener hijos consultó secretamente al oráculo de Delfos, el cual le informó, que este aparente infortunio era una bendición, porque cualquier hijo que naciese de Yocasta se convertiría en su asesino. Repudió a Yocasta, sin darle los motivos de su decisión, esto le disgustó tanto que después de emborracharlo, amañadamente ella lo atrajo a sus brazos cuando hubo anochecido. Nueve meses después, Yocasta dió a luz a un hijo, y Layo lo arrancó de los brazos de la nodriza, le traspasó los pies con un clavo y después de atárselos, lo abandonó en el monte Citerón. Sin embargo, las parcas habían decidido que ese niño llegaría a una edad avanzada. Un pastor de Corinto lo encontró, le dio el nombre de Edipo a causa de sus pies deformados por la herida del clavo y lo llevó a Corinto, donde reinaba por aquel entonces el rey Pólipo. Según otra versión de la historia, Layo no abandonó a Edipo en la montaña, sino que lo encerró en un cofre que fue metido en un barco en el mar. Las corrientes lo arrastraron a la orilla de Sición, en cuya playa se encontraba Peribea, la esposa de Pólipo, vigilando a sus lavanderas...(Sófocles: Edipo Rey, trad. en 2001, p. 136)

Loewald (1979) en una reflexión sobre la concepción clásica sobre el mito Edípico en psicoanálisis, señaló los procesos inconscientes de culpa que produce la separación psíquica de los padres, los impulsos parricidas e incestuosos hacia las primeras figuras de amor, y la manera en que se vive el deseo en conflicto en relación a la prohibición, en pro de la civilización y la cultura. El autor afirma que la culpa que inunda el psiquismo del niño va en relación a la calidad de los objetos introyectados por él, y que al llegar al tránsito por el Edipo puede o no enfrentar la culpa y tolerarla psíquicamente. Las fantasías inconscientes incestuosas y parricidas dependen en gran medida de la calidad de introyectos adquiridos por el infante. Poder tolerar la culpa es entonces, requisito indispensable para salir librado del tránsito por el Edipo para lograr una autonomía psíquica que permita el desarrollo, y la necesidad de castigo es solo una modalidad de la culpa, no la única.

Johana Mendoza, psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis³ menciona que con el objetivo de responder más a lo que le pasa a la mujer, las primeras psicoanalistas feministas en los años sesentas comenzaron a buscar otras lecturas sobre el Edipo. A partir de ello, comienzan a surgir, escritos de mujeres psicoanalistas interesadas en una mejor comprensión de lo que para la feminidad, representaba el complejo de Edipo propuesto por Freud.

Con relación al mito de Edipo, Faimberg (2005) señaló que el mito no solo habla del deseo universal parricida y la prohibición incestuosa, como lo mencionó Freud, sino también plantea el filicidio, el cual es la base de la tragedia. La autora afirma que el filicidio ha sido desatendido por los psicoanalistas y en primer término por Freud. El filicidio es el inicio donde se fundamenta la mentira, lo no dicho de lo que la esfinge le dice a Layo y de cómo éste se deshace de Edipo. El secreto atañe a la adopción y al filicidio original (Faimberg, 2005)..

De acuerdo con Faimberg (2005), la filiación de un individuo y su vínculo de parentesco son la condición necesaria para identificar los objetos edípicos y es una premisa esencial para esta investigación. A partir de este planteamiento, la autora señala que se pueden comprender los conflictos edípicos sobre una base metapsicológica de los problemas narcisistas. Estos conflictos determinan en gran medida la problemática del paciente y por ello, en el trabajo clínico se requiere abordar la destructividad inicial de los progenitores. Al igual que Rascovsky (1974) y Deveroux (1953), Faimberg (2005) cuestiona si deberíamos hablar de un complejo de Layo, más que un complejo de Edipo: “El mito de Edipo señala si los padres tienen respecto a su hijo, una relación de odio narcisista filicida o de erotización narcisista incestuosa, en lugar de reconocer y contener intapsíquicamente sus propias historias y deseos inconscientes, la confianza en la verdades psíquicas podría verse destruida y pervertida” (Faimberg, 2005, p. 144).

³ Comunicación personal, 17 de mayo, 2016

Incluir el filicidio en la interpretación del mito de Edipo, implica considerar al hijo víctima de los impulsos filicidios de sus padres ambivalentes, es decir, la agresión parental. En síntesis, algunos de los psicoanalistas que encuentro abordan la falta de mirada que ha recibido el mito edípico en psicoanálisis y la presencia del filicidio en el mito son: Sterren (1952), Deveroux (1953), Berliner (1958), Raskovsky y Rascovsky (1972), Atkins (1970), Faimberg (2005) y H. Bleichmar (2015).

Dio Bleichmar es otra psicoanalista que también considera que el complejo de Edipo requiere ser comprendido desde la postura del adulto hacia el niño y no algo biológicamente determinado por el niño hacia el adulto. Este enfoque posibilita pensar en la inscripción inconsciente del deseo de los padres a los hijos; de tal manera que se pone énfasis en la asimetría entre los adultos y los niños. También aporta la comprensión de que el deseo del niño es el efecto metabólico de la acción del adulto sobre el cuerpo del niño y su psiquismo. En este sentido, la mayor preocupación sería evitar la destrucción psíquica o la imposibilidad de su constitución y el mayor enemigo es el exceso de goce del adulto como expresión de la falta de amor, ligado con sus manifestaciones sádico-perversas o en la des-objetivación que arrasa incluso, con la categoría de infancia, y que atenta con la supervivencia de la especie. Los poderes destructivos rigen los modos imperantes del poder, y en la crianza, también la presencia de la destructividad no está excluida (Bleichmar, 2015).

Vallejo (2012) en su tesis doctoral aborda el tema del parricidio y el filicidio con relación al Edipo, y enfatiza la visión hegeliana del amo y el esclavo en las relaciones diádicas de poder y sometimiento. Este tipo de relación se transmite en las relaciones de padres a hijos mediante un modelo patriarcal, en el cual se enajena la libertad en pro de la seguridad, se busca una servidumbre voluntaria por miedo al otro, y se mantiene el contacto los propios impulsos destructivos. Tanto el amo como el esclavo se necesitan para reconocerse y conocerse, así se sacrifica la libertad y no aparece la subjetividad. Vallejo (2012) realiza una revisión de la obra de "Hamlet" de Shakespeare, donde se puede ver claramente la manera en como ella plantea el tema del filicidio,

cuando el padre le impone su deseo al hijo condenándolo a que al vengarlo a él, éste pierda la vida. La no mirada del padre frente a la subjetividad del hijo, impone sus propios deseos que el hijo tiene que realizar a costa de su vida. Por otro lado, se hace mención a la visión freudiana/lacaniana en relación al parricidio que da origen a la ley, que acota el goce antes ilimitado, dando lugar al deseo que la misma prohibición acarrea. Así mediante la prohibición, se logra la pacificación, pero la renuncia al deseo de dar muerte al padre retorna como goce mortífero, proporcional a la renuncia que la instancia moral impone. Para concluir, la autora señala que hay un origen filogenético de la agresión, algo que se transmite a través de generaciones, que dan cuenta de los deseos parricidas-filicidas, como se ve en el mito de Edipo, donde previo a un acto parricida acontecieron actos filicidas. Según Vallejo (2012) Freud lo sustenta primeramente en “La interpretación de los sueños” (1900), en este ensayo afirma que las manifestaciones oníricas parricidas se enmarcan en el cuidado que los padres ofrecieron o no, al niño durante su vida diurna.

3. 3 El sacrificio de Abraham e Isaac: un mito acerca del filicidio inconsciente

Arieti (1981) menciona que es importante comprender el mensaje de valores que nos transmiten los mitos y hace énfasis en que una ciencia que se disocia de los valores humanos predispone a la sociedad a focalizarse únicamente en lo eminente, y pospone o borra del panorama lo trascendente. Una suerte de alineamiento le sucede al individuo cuando solo responde a lo tangible externo, que lo lleva a una sobre adaptación a lo externo, pero con un vacío interno y se convierte en algo antagónico de las relaciones interpersonales, la cooperación, la amistad, la solidaridad, etc. Para Arieti (1981) el mito bíblico del sacrificio de Isaac es la ecuación que permite comprender la relación dual entre lo tangible y lo intangible, el autor plantea su comprensión sobre la pulsión de muerte como entropía, caos, decadencia, desorden que tiende a la disgregación.

El relato bíblico del antiguo testamento sobre Abraham e Isaac que se encuentra en el Génesis (22:2) constituye un punto de partida para el cuestionamiento que sustenta esta investigación doctoral. En esta leyenda bíblica, se dice que cuando Dios ya le había prometido a Abraham una larga descendencia, lo pone a prueba y le pide que sacrifique a su hijo Isaac, como una prueba de su fe. La pregunta es: ¿Por qué siendo Dios un padre bondadoso le pide hacer tal acto de sacrificio? Tal vez una lectura al escrito sería pensarlo como un acto para despertar a Abraham de que con esa dureza de fe, queda ciego en su función como padre. Además se trata de un despertar al pensamiento reflexivo que obliga a integrar las ambivalencias y cuestionarse el bien y el mal. Abraham no podría realmente ser padre de su hijo, si no puede verlo como un ser humano separado de él, y entonces sería solo un servidor de Dios. Abraham se ve enfrentado a un dilema, por un lado confiar ciegamente en su Dios, y por otro pensar y mirar a su hijo; posiblemente se trate de una prueba para que Abraham deje de ser uno mismo con Dios y aparezca el hijo, es decir, se presenta un rompimiento que Blank-Cerejido (2014) lo nombra como *la monada psíquica*. Dicho término se refiere a la búsqueda de la unidad de tranquilidad y plenitud, donde el otro rompe este estado y entonces surge la violencia y la agresión que reprime la diferencia que amenaza el psiquismo. En palabras del doctor Carlos Biro “sólo se puede ser padre si se deja de ser hijo”⁴.

Wellisch (citado en Arieti, 1981, p. 23) planteó que existe una relación entre el mito de Edipo y el relato bíblico en el antiguo testamento sobre el sacrificio de Isaac. En su trabajo titulado “Isaac y Edipo” (1954) el autor refiere que en el mito de Edipo lo central es la rivalidad que el padre siente por su hijo, o la rivalidad de la madre por su hija, lo cual denomina como *complejo de Layo*. Se trata del filicidio que pasa desapercibido y se justifica en la legalidad que existía en la antigüedad al matar a los hijos. Este autor considera que el filicidio es producto del egoísmo parental; ser padre implica un cierto sacrificio en función del bienestar del hijo, algo que en la comprensión Freudiana del mito de Edipo rey queda poco considerado y que el relato bíblico del sacrificio de Isaac

⁴ Citado por Lartigue en comunicación personal, octubre, 2014.

revela. El sacrificio hacia los hijos es la imposibilidad del padre de perder su supremacía en función del hijo joven que crece y lo desplaza, particularmente el hijo mayor. El patriarca teme que el hijo lo aniquile: “cuando nace un hijo, nace aquel que te va enterrar” (J. Vives, 2016)⁵.

De acuerdo con Arieti (1981) lo central en el relato del sacrificio de Abraham es el amor por sobre todas las cosas, el padre que debe proteger al hijo y amarlo, de darle una confianza y una certeza del porvenir. Es la anti-entropía la que mira, organiza correlaciona e interpreta ese desorden; es decir, se presenta una tendencia hacia la vida y una enseñanza de Dios sobre la fuerza de elección del hombre y del compromiso de que para que exista un porvenir, hay que poder mirar y reconocer a aquellos otros que dependen de nosotros (Arieti, 1981). El hombre se debe cuestionar y ponderar hacia la anti-entropía, en términos psicoanalíticos esto es, hacia la pulsión de vida. Este punto donde la dignidad humana siempre es respetada y ningún hombre se somete ante otro. Se trata de un empoderamiento del hombre sobre su lugar en el mundo: ni sometido, ni sometiendo, y donde la autoridad sí debe ser cuestionada y nunca aceptada ciegamente. Igualmente, se trata de un espacio donde las relaciones amorosas inculcan lo humano y dirigen hacia valorar la vida, hacia lo justo y lo correcto. En un sentido opuesto, se encuentra la destructividad, y aquel que presencia la destructividad sin alzar la voz también se convierte en cómplice (Arieti, 1981).

Por su parte, Barylko (1993) explica que este relato bíblico se puede entender como un despertar de la conciencia del padre, en el que Abraham a pesar de desear profundamente a su hijo, no lo puede ver como un ser humano, sino como una posesión. El autor menciona que la intención tal vez era la de despertar a Abraham de su egoísmo, punto ciego que no lo deja dimensionar entre su fe y la creencia absoluta a su Dios y lo humano de ser padre.

Para este trabajo, otra premisa central es que el padre toma consciencia de que para ser padre tienen que dejar de ser hijo y no solo obedecer los

⁵ Comunicación personal, 18 de abril, 2016.

mandatos de su padre, en este caso representado por Dios quien pone a prueba a Abraham y le enseña que si quiere tener descendencia debe pensar en la ley pero también en su hijo. Es un relato que para muchos significa el comienzo de una nueva era donde ya no es necesario ofrecer al hijo primogénito en sacrificio para garantizar la vida como anteriormente sí lo fue y porque tenía una función de garantizar la sobrevivencia mediante calmar la ira de los dioses, frenar sus castigos y también expiar las culpas. La caducidad de esta actividad de matar a los hijos plantea con claridad que aparece lo humano donde ya no es necesario sacrificar al hijo para calmar las angustias persecutorias que imprime la idealización de la deidad.

El relato incluye un momento acerca del despertar de Abraham, en el cual se logra ver un Dios con sus contradicciones: benevolente, pero también castigador (A. Romano, 2016). Se puede considerar también una llamada para dejar la fe absoluta, idealizada, que aniquila el pensamiento. Se trata de poder pensar, al permitir que el afecto tome su lugar para poder ver lo humano y humanizarse, al ver las ambivalencias, las pulsiones de vida y de muerte dentro de nosotros mismos. El relato marca un cambio en el pensamiento de una fe absoluta y pasiva, a que una vez que aparece el mal en escena, ya no es sólo Dios y Abraham en la omnipotencia idealizada. Se puede pensar este relato bíblico como el nacimiento de la generatividad, de la generación, de la descendencia y de la trascendencia; además considerar que cuando deja de haber un sacrificio y aparece el pensamiento, es lo humano que se rescata de su automutilación; y entonces es necesario tener un espacio de reflexión y poder integrar las ambivalencias en función de lograr la capacidad de discernimiento. El nacimiento del hijo es como el heraldo del porvenir. En ese acto no sólo vemos que Isaac va a vivir, sino que nace Abraham como patriarca, ya que sólo se puede ser padre que genera una descendencia cuando se abandona la ley absoluta, no anteponiendo el “deber ser”, por encima de lo sensible, diverso y lo humano. A propósito de los impulsos filiciales inconscientes y la ambivalencia parental en la que profundiza la presente investigación.

Para Wellish (citado en Arieti, 1981, p. 31), el mito bíblico del sacrificio de Isaac: “*La akedá*” (que significa, “la atadura”), es un punto de cambio en el que la autoridad del padre cambia de ser, un padre que exige respeto basado en el temor y el miedo, a un padre que su autoridad está basada en el amor. Es el momento en que se da la primicia a la vida por sobre todas las cosas. Cuando el padre se hace consciente de su potencial destructivo inconsciente logra hacerse reposable de su amor por su hijo y la necesidad de cuidarlo de su propia agresión (Wellish, *Ibid* p. 32). A partir de la amplia experiencia clínica, Wellish (citado en Arieti, 1981) logra identificar que los padecimientos psicológicos de sus pacientes niños estaban vinculados con la agresión neurótica de sus padres y reconoce que la psicoterapia funcionaba para hacer consciente la agresión inconsciente de los padres, la cual nombró como *akedá psicoterapéutica*, y constituyó un aspecto asociado a los cambios en sus pacientes. La *akedá* psicoterapéutica planteada por Wellish resulta un elemento central en el presente trabajo, puesto que muestra claramente un cambio de sentido en la comprensión de la psicopatología y su tratamiento.

Para Arieti (1981) si bien es incuestionable la tendencia filicida de ciertas sociedades desde la antigüedad hasta la actualidad, al igual que la relación que tiene la violencia parental en el desarrollo psíquico de los hijos, no es siempre necesario que la comprensión de cualquier fenómeno se puede entender solo desde el mito bíblico del antiguo testamento del sacrificio de Abraham e Isaac, es decir, desde la *akedá*. Este autor no reconoce alguna explicación en el mito acerca de cómo se da la transición entre la destrucción y el cuidado del otro. Independientemente, de si se considera el complejo de Edipo como universal o no, el deseo del padre de matar a su hijo o los instintos filicidas inconscientes no son un fenómeno universal, ya que de lo contrario la raza humana no habría sobrevivido (Arieti, 1981). Para Arieti (1981) la *akedá* es una narración sobre la confianza y el amor por la vida, y en un corte más religioso el amor a Dios, el cual es eso intangible, siempre presente, y que nos rebasa; y de lo cual la ciencia necesita incluir para poder mirar los fenómenos, sin tanta certeza y con un monto de incertidumbre frente a todo lo que explora vinculado con valores en

pro de la vida. Es necesario aceptar que no todo lo que existe frente a nosotros es visible, tangible y medible, y es solo visible para la investigación en cuanto a sus efectos, pero no sobre sus orígenes (Arieti, 1981).

Reconocer que existe la destructividad como tal, nos obliga a asumir el papel que tiene lo vital para contrarrestarlo, sin caer en un idealismo extremo, excesivamente optimista, que niega el mundo físico y que se evade de enfrentar la tendencia física del ser humano a la destrucción, así como también hacia la construcción y la vida (Arieti, 1981). Se requiere un dualismo que no incline la balanza ni hacia un materialismo monástico, ni hacia un exceso de idealismo dualista, ya que lo que generalmente está presente en la historia es la conceptualización del amor como algo que solo disfraza la verdadera agresión y destructividad humana, quitándole fuerza al verdadero potencial que tiene, tal y como lo podemos observar en algunas madres que expresan cuidado y protección real hacia sus hijos. Es posible que exista una tendencia a no considerar al amor como se menciona, debido a que esto implica abordar mitos religiosos como el que se expone en este apartado, y con ello surja la percepción de un alejamiento de la visión científica del siglo XX. Sin embargo, es necesario articular una comprensión que empodere al amor como fuente indispensable para enfrentar la destructividad y la violencia (Peskin, 2017)

3. 4 La relación bebé-padres y las funciones parentales

Desde 1929 Ferenczi, en su escrito “El niño no deseado y su impulso de muerte” plantea la relación entre las tendencias autodestructivas, las carencias en la crianza vividas en la primera infancia y el no deseo. En su experiencia clínica encontró que los pacientes con tendencias autodestructivas no fueron recibidos con la suficiente motivación del impulso de vida, es decir, fueron “no bien recibidos al nacer” (Ferenczi, 1929). Este autor consideró que era de suma importancia introducir en el tratamiento los impulsos de vida positivos de la

crianza, como la ternura, la preocupación, y el cuidado por ellos. Aunque por otro lado Freud en 1938 plantea lo siguiente:

La madre, quien no solo nutre, sino también cuida y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primer y más intenso objeto de amor, como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor en ambos sexos. Y en este punto el fundamento filogenético prevalece tanto sobre el vivenciar personal accidental que no importa diferencia alguna que el niño mame efectivamente el pecho o se le alimente con mamadera, y si así nunca haya podido gozar de la ternura del cuidado materno. Su desarrollo sigue en ambos casos el mismo camino, y quizás en el segundo la posterior añoranza crezca tanto más. Y en la medida en que en efecto haya sido amamantado en el pecho materno, tras el destete siempre abrigará la convicción de que aquello fue demasiado breve y escaso (p.188).

Acerca de los impulsos de vida, Freud (1938) reconoce la importancia que tiene para el desarrollo el apuntalamiento pulsional que da la intimidad con la madre como primera figura de amor. A diferencia de Winnicott (1965), Freud no se centra en la importancia que tiene la realidad; por ejemplo el *handling* y *holding*, que son funciones maternas reales en las que Winnicott años más tarde centro sus estudios. Para Winnicott (1965) es relevante para el desarrollo lo que el medio externo afecta a este primer vínculo, al contrario de Freud, quien no consideró tan esencial la presencia real de la madre, ya que siempre iba ser añorada y vivenciada como insuficiente.

En la actualidad, diferentes teorías psicoanalíticas reconocen lo indispensable de tener una madre que posea la capacidad de regular y modular sus afectos, de manera que logre sintonizarse emocionalmente con su bebé y sus necesidades (por ejemplo, Stern (1985) realiza diferentes investigaciones al respecto). La disponibilidad afectiva de una madre propicia el establecimiento de un vínculo de confianza y seguridad y ofrece al bebé la oportunidad de desarrollarse psíquicamente en condiciones favorables. Sin embargo, es importante considerar excepciones en las que una mujer puede, en general,

modular sus afectos y desarrollarse en ámbitos diversos sin mayores conflictos, pero no así cuando la tarea consiste en ser madre. En ocasiones, el psiquismo revive afectos amenazantes y abrumadores que resultan difíciles de modular.

Winnicott (1971), al desarrollar sus teorías acerca de la importancia de la madre/medio ambiente y el desarrollo del bebé, señaló que el bebé ve en los ojos de la madre a él mismo, y así se va construyendo un *self* cohesivo; cuando ocurre que en los ojos de la madre sólo la ve a ella, entonces se construye un falso *self*, lo cual es producto de buscar cumplir los deseos de la madre para ser mirado. Asimismo, sabemos que la capacidad de mentalización, de espejeo y de regulación emocional que tiene una madre juega un papel primordial en el desarrollo del *self* del infante, como lo han señalado Winnicott (1971), Bowlby (1985), Stern (1985), y Fonagy, Gyorgy, Jurist y Target (2002), entre otros. También lo corroboran los escritos con relación a intervenciones tempranas y la psicopatología del bebé; por ejemplo: Levovici,(1995), Solís-Pontón (2004) y Lartigue (1994) han escrito ampliamente acerca de intervenciones tempranas en el vínculo padres-bebés para prevenir la psicopatología del bebé y la violencia.

Dio Bleichmar (2005) plantea que en la experiencia de ser padres podemos reconocer tres momentos: el imaginario, el ideal y el real. El ser padres se encuentra regido por distintas dimensiones simbólicas y múltiples variables socioculturales. De acuerdo con la autora la comprensión en la clínica sobre la trama de la crianza está en relación a cómo logramos comprender la desilusión y la trama del conflicto adulto y también se asocia a la manera en que se ha perturbado la crianza, con sus distintas características relacionadas con la manera en que se implantó la relación sensual/sexual madre- bebé, la regulación emocional y las pautas de apego. La combinación de las funciones innatas del bebé y las respuestas organizadas de la madre crean un sistema de sensibilidad mutuo; donde los procesos de autorregulación desempeñan un papel importante en la vivencia del *self* del infante, que deriva de la experiencia de regulación mutua. La adecuada contención de la ansiedad por parte de los cuidadores al regular el sistema emocional favorece el sistema de apego del

infante.

Con relación a la constitución del yo, Rotenberg (2014) señala que para Freud ésta es intrapsíquica, para Lacan viene del otro, mientras que para Winnicott se construye en el espacio transicional. Una perspectiva más integradora es la que realiza García-Badaracco (1979, 1985, 2000, 2008), quién no sólo piensa que el sujeto se construye desde la pulsión, pero tampoco sólo desde el otro, sino más bien desde la interdependencia: “Esa mirada del otro, es el toque de extranjería que se lleva siempre dentro de sí” (García-Badaracco, 1985, p. 54). En la interdependencia se establece un intercambio de ida y vuelta; el rostro del bebé también interpela a la función parental. Para García-Badaracco (1979) el punto central es acentuar la importancia de lo genuino y lo interdependiente siempre presente en la crianza de un hijo. Rotenberg (2014) también plantea la transmisión de lo no ligado del trauma que los padres heredan al hijo, ya que éste no tiene aún representación-palabra. En este mismo sentido, Green (1999) planteó la función desobjetivizante, que se refiere a cuando al servicio del narcisismo negativo, se llega a desinvertir al yo, ya sea tanto la desinvertidura del yo materno, como la desinvertidura libidinal del bebé, o ambas; cuando esto ocurre se producen efectos negativos que el autor denomina como *antidesarrollo yóico*.

Rotenberg (2016), menciona que el desarrollo de la confianza básica en los bebés no depende solo del amor de los padres. Generar la confianza básica del bebé es la respuesta que proviene del medio ambiente, y se convierte desde el inicio de la vida en una cuestión que involucra la posibilidad de ser o no ser. El compromiso libidinal y el reconocimiento de la otredad marca la diferencia, desde el comienzo el bebé se construye una sensación de existencia, de que se es tomado en cuenta y por lo tanto, se siente vivo. Cuando los padres no pueden desarrollar las funciones parentales, el bebé comienza su vida en un estado de inseguridad.

Solís-Pontón (2002) utiliza el concepto de *yo parental* como aquel que abre el camino para la construcción de la parentalidad en el aparato psíquico, posibilitando la prevención de la violencia. La autora favorece las intervenciones

enfocadas en la relevancia de la parentalidad, considerada como el resultado de la ecuación entre el amor hacia el hijo y los elementos conscientes e inconscientes que dificultan la aceptación de las funciones parentales. Pondera, en todo momento, la importancia que tiene, durante el tratamiento, ayudar a los progenitores a reconocer la complejidad del proceso de ser padres, y enfatiza el hecho de hacerlo con la intención de ofrecer un acompañamiento que les permita elaborar los elementos agresivos u hostiles en la relaciones con sus hijos, en vez de negarlos o actuarlos.

Vives y Lartigue (1994) plantean el modelo de la identidad generativa que está relacionado con la parentalidad, la maternidad y la paternidad. En este modelo los autores enfatizan que el curso y la resolución de una gestación depende de varios factores, como son: las características específicas de la relación de pareja, la presencia o ausencia del deseo de maternidad manifestadas en el deseo o no de embarazo; el deseo o no de tener un hijo, el tipo de fantasías conscientes e inconscientes asociadas al hijo por nacer y por último, la manera en que se presentan dichas fantasías en las actitudes de maternaje. En ocasiones, las fantasías se centran en los movimientos fetales, en el inter juego de las identificaciones de la gestante con su propia madre, en la intensidad de los afectos placenteros o displacenteros, o en la intensidad de los conflictos inconscientes. Asimismo, los autores introducen a la comprensión de la parentalidad la triple diferencia planteada por Levobici: la de yo – no yo, la de sexo y la de generaciones.

Un enfoque actual en relación con la crianza es la que plantea Rotenberg (2014), quien señala que implica hablar de función materna y paterna, lo que se define como *función parental*, que incluye la función terciara de separación, ya que cada sujeto tienen potencialmente tanto la capacidad para ejercer funciones maternas como funciones paternas, considerando lo que nos señala como la bisexualidad constitutiva. Define la parentalidad como la función básica que incluye ambas funciones tanto materna como paterna o de sostén y de terceridad, función básica para la constitución de la subjetividad.

La parentalidad empieza con el nacimiento del hijo, uno hace al otro, así

tanto padres como hijo nacen juntos simbólicamente, es decir, sin el uno no está el otro (Rotenberg, 2014). El ser humano nace en estado de indefensión, pero con la potencialidad para desarrollar su subjetividad, y para que esto surja es necesario que exista otro. Ese otro/otros es lo que constituye la función parental. El otro de la cultura que irremediamente deja su impronta en el legado inasible que transmite. Desear tener un hijo es validar el deseo de nuestros padres de haber deseado nuestro nacimiento. De acuerdo con Rotenberg (2014), el bebé al nacer tiene sensaciones, sentidos como el olfato, el tacto, la vista, el gusto, que reconoce por el ritmo y el sonido de la voz, pero es el otro quien aparece fundando (confirmando o invalidando) las percepciones del infante. Así, son los padres los que decodifican o no, las necesidades del bebé desde una identificación empática muy profunda. Cuando las necesidades del bebé coinciden con las de la mamá o el papá, este infante va construyendo una lógica de sentido, vivencia de encuentro, y así, se va conformando un yo cohesionado e integrado. Existe un margen de error tolerable para esta función, pero, cuando se excede lo tolerable, la distorsión entre la percepción y la realidad se traduce en intrusión. La necesidad impuesta del otro causa displacer, y placer, cuando ocurre lo contrario, es decir, cuando es congruente con la necesidad de la pulsión. La traducción distorsionada de las necesidades del bebé, se convierte en intrusiva y violenta; entonces, para que surja una interdependencia sana, es necesario que la función parental pueda reconocer al hijo como distinto a ella y además traducir las necesidades del bebé adecuadamente.

Rotenberg (2014) señala la importancia del mecanismo de identificación primaria por el cual el niño es identificado. En el mismo sentido, Marucco (2013) asocia este mecanismo con lo que nombra como identificaciones pasivas, a través de las cuales el bebé empieza a ser libidinizado. Y en la misma línea que los autores mencionados, Castoriadis-Aulagnier (1997) expone la *violencia primaria necesaria* haciendo referencia al mecanismo de identificación secundaria, el cual según esta autora, dura toda la vida e implica mecanismos de imitación, diferenciación, filiación, aprendizaje y la formación de esquemas

cognitivos.

Para Castoriadis-Aulagnier (1997) contener desde la metapsicología es reconocer el placer del otro, el yo en desarrollo, así como buscar su integración y cohesión. Así las satisfacciones del ello se ponen al servicio del yo y se convierte el ello en refuerzo del yo; estos planteamientos significan logros del desarrollo desde la teoría de Winnicott (1981). Tanto Winnicott como Castoriadis-Aulagnier, rescatan las identificaciones secundarias de Freud al retomar las identificaciones primarias. La paradoja y complejidad metapsicológica en el proceso de “humanización” del bebé, es que no alcanza con la satisfacción de sus necesidades, sino que debe haber un pasaje del cuerpo a lo psíquico. Así, Rotenberg (2014) menciona que existen dos actos fundantes: la pulsión auto erótica que busca al otro y la pulsión auto erótica que libidiniza al yo; si bien es importante la satisfacción de las necesidades, también es necesario pasar a la comprensión de ellas, se trata de devolver una mirada y un deseo que lo haga sujeto del deseo. Para devenir al sujeto de su propio deseo y sentirse verdadero es necesario otro acto fundante, un acto psíquico que realiza la madre como espejo, y es la devolución de una mirada desde su deseo y su propio imaginario, inscribiendo así en el bebé una existencia. Esta devolución de la existencia a través de la mirada de la madre, implica reconocer la existencia del otro, así como sus deseos, necesidades y pulsiones propias. En este sentido, se puede afirmar que el sujeto está conformado no únicamente por el otro, sino también por los otros en el otro.

La interdependencia desde el punto de vista de Rotenberg (2014) apoyada en Winnicott es un intercambio de ida y vuelta, donde el rostro del bebé también interpela a la función parental. Cuando la madre mira a su hijo, podría surgir las siguientes preguntas: ¿Qué ve? ¿Lo ve a él o se ve a ella? De acuerdo con la autora, una posible respuesta es que el estado del bebé también le devuelve a la madre una mirada imaginaria de sí misma como madre, y así se va construyendo la interdependencia. El desarrollo de los recursos yóicos genuinos, surge cuando se percibe al otro no físicamente, sino a partir de respetar y reconocer las necesidades y deseos del otro (la otredad) y del placer

del bebé que es diferente del “bebé imaginario”. Los adultos se ven confrontados siempre entre el bebé imaginario del narcisismo, el ideal del yo y el bebé real que demanda tiempo, descrito por Lebovici; y se requiere la tolerancia de esta diferencia entre el bebé mítico y el real. Las funciones parentales auténticas, según Rotenberg (2014) son las que reconocen las satisfacciones del ello del bebé, las que permiten la integración yóica y reconocen a este bebé como otro. Desde esta perspectiva, el logro sería que se instaurara la capacidad de diferenciar el mundo interno del externo y esto se da en el marco de la interdependencia emocional de la función parental.

En la misma línea, Ammaniti y Gallese (2014) apuntan a los orígenes evolutivos del cuidado materno, tanto en madres como en padres, y los centran en la capacidad de ser sensibles y mayormente sintonizados a las necesidades de sus hijos. En los últimos años, las investigaciones en epigenética han puesto a la luz, la importancia que tiene el medio ambiente en la información genética y su manifestación de diversas maneras en los individuos. Este aspecto reafirma la relevancia que tiene la ausencia de cuidados parentales para la salud mental y física. Como factores de riesgo se consideran los siguientes:

- Padres con conductas que asustan a sus hijos.
- Padres que transmiten información que comunica contradicciones.
- Eventos estresantes.

Los factores de riesgo no necesariamente se traducen en enfermedades psicológicas o físicas en el futuro, pero sí la acumulación de factores de riesgo aumenta de manera significativa la aparición de la enfermedad y la psicopatología. La afirmación se basa en el hecho de que el sistema mente-cuerpo comienza a tomar forma, a partir de las primeras experiencias entre dos seres humanos. Lo anterior presupone patrones de organizaciones de funcionamiento mente-cuerpo particulares que acompañarán al sujeto a lo largo de su vida.

En la díada madre-bebé es donde se instauran las primeras experiencias de mundo en el infante. Las madres aprenden a cuidar de sus bebés mediante la capacidad que tienen de poderse sintonizar emocionalmente a las

necesidades de sus bebés en el sentido de Stern (1985) y también neurobiológicamente. Cuando las madres adquieren esta capacidad logran ofrecer a sus hijos una mejor oportunidad de sobrevivencia, aún en situaciones adversas. Además que el lograr sintonizarse a las necesidades del bebé, tiene un efecto en la capacidad de regulación emocional del infante. La demanda del infante en la madre hace necesario que la madre reciba ayuda del padre o de alguien más de su entorno social que la apoye en la tarea de criar a su bebé.

De acuerdo con Ammaniti y Gallese (2014) al abordar la relación entre las actitudes parentales y el desarrollo del infante, el psicoanálisis ha puesto en relieve la importancia del mundo intrapsíquico de los padres, influenciado en gran medida por procesos inconscientes. Los padres suelen proyectar en sus hijos, de manera narcisista, los deseos de su inconsciente, porque de manera inconsciente se piensa que los hijos vienen al mundo a realizar los deseos narcisistas de los padres, y así el amor narcisista se convierte en amor de objeto.

El concepto de compulsión a la repetición lo podemos entender desde el aporte *kleiniano* de la identificación proyectiva, el cual señala que no es sólo intrapsíquico, sino también intersubjetivo y puede así modificar al objeto al cual se le proyectan los deseos inconscientes; es decir, no solo en fantasía, sino también en la realidad. De esta manera, el infante sin saberlo de manera inconsciente, actúa las identificaciones proyectivas de los padres. Respecto al tema, Winnicott, en su escrito “El odio en la transferencia” (1947) señala la importancia que tiene el permitir que una madre sienta enojo, odio y rechazo por su bebé sin sentir culpa por ello, y contrario a ello, se permita sentirlo y comprenderlo; salirse así de la idealización narcisista de la perfección no solo de la madre sino del bebé. A través de ello, se posibilita que aparezca el otro en escena, con sus propias limitaciones y en una realidad que no es la del ideal del yo, ni la del narcisismo de los padres.

El psicoanálisis pone gran énfasis en la manera en que las necesidades del infante tienen que hacer frente a las del ambiente, provocando desde etapas muy tempranas conflictos entre los deseos individuales y las actitudes

parentales. La importancia que tienen las fantasías de la madre sobre el futuro bebé, reside en que el lugar que tiene el hijo en la mente de la madre y el padre, permite anticipar y poder apoyar de manera preventiva a los padres frente al nacimiento de su bebé. Cuando la dialéctica entre el mundo subjetivo y la realidad falla, la infiltración del mundo de fantasía se puede instaurar, obscurecer al hijo real y colocar falsos atributos que más tarde interferirán en la formación del yo. Este yo tendrá que lidiar con esos atributos externos y extraños que se le han adjudicado como propios, lo que en gran medida incrementa la psicopatología.

Un concepto relevante en las relaciones diádicas es el de *función reflexiva* propuesto por Fonagy *et al.* (2002), el cual es además esencial en el proceso intersubjetivo, ya que mediante esta función surge lo genuino, y permite interpretar los estados emocionales que surgen de la interacción emocional intersubjetiva. La empatía y la sintonía emocional, que corresponde a las necesidades del infante, son elementos clave para “espejear” los estados emocionales del infante, así como para propiciar interacciones que promuevan: el desarrollo de la modulación afectiva, el contacto emocional y el desarrollo del *self*.

En correspondencia con lo anterior, Morandini (2016) aborda el impacto que tiene en los niños los conflictos inter-parentales, vividos como supuestas fallas ambientales. Ante estos conflictos, los hijos organizan defensas primitivas (por ejemplo, regresión-disociación) para enfrentar angustias de aniquilamiento, empobrecimiento o inhibición emocional, marcada distracción e inaccesibilidad, ideas suicidas, hiperactividad y ansiedad, o falta de respuesta emocional apropiada, acompañado de despreocupación y negación, entre muchos otras más.

“Los otros en nosotros”, como ya se mencionó, es una frase que aporta García-Badaracco (2000), mediante la cual señala que en la relación madre-bebé debe darse un descubrimiento recíproco. Si el hijo está demasiado prefigurado en la mente de la madre, éste se encuentra con la dificultad para relacionarse espontáneamente con su bebé, y también con dificultad de

descubrirlo a medida que crece; cuando esto ocurre se da lugar a la generación de la violencia. Siempre se trata de interdependencias recíprocas, menciona el autor. Cuando los temores y las ansiedades que producen las primeras diferencias, no son suficientemente compensados por una atención maternal específica, el aprendizaje se interfiere, porque la ansiedad paraliza la realización de la experiencia de incorporación de lo nuevo. En estas circunstancias, el bebé tiende a aferrarse a lo conocido, que es siempre anterior y se produce una tendencia a la detención del crecimiento yóico verdadero.

Para este estudio es esencial también incluir lo que Green (1999) señala en relación al concepto de *la madre muerta*, el cual trata de que una madre presente, pero ausente, desvitalizada, que produce efectos negativos en el desarrollo del infante. Para este autor, este tipo de madres fueron desinvertidas, debido a una pérdida significativa y el hijo o hija que sufrió esta desinvertidura, cuando deviene padre o madre, está desinvertida a su vez y surgen la preguntas: ¿Cómo pueden investir entonces a sus hijos?, es decir ¿Cómo pueden otorgarles una existencia? si su aparato psíquico funciona desde el desinvertimiento y libidinizar es amenazante. Madres que reprimen el gesto espontáneo del hijo porque es interpretado como amenazante; por inhibir la espontaneidad y subjetividad del hijo al ser diferente a ellas, aniquilan psíquicamente a sus hijos, ya que no reconocen su subjetividad e implantan en ellos un funcionamiento ajeno en relación a sus propios deseos. En términos de Winnicott (1971), se trata de un falso *self*, lo que recubre a un funcionamiento psicótico cargado de agresión externa que se hace interna.

3. 5 El deseo de hijo

De acuerdo con Alkolombre (2012), un análisis de la historia en relación a la maternidad, permite vislumbrar que los hijos han sido a lo largo de la historia considerados como un capital económico, y no es hasta el siglo XVIII cuando los hijos comenzaron a ser también un capital afectivo y narcisista, y surge el

maternaje rodeado de sobreidealizaciones. Este movimiento histórico de la maternidad y el cuestionamiento acerca de si existe un instinto materno o no, lleva a Akolombre a plantear en su escrito “Sobre la diferencia entre pasión de hijo y deseo de hijo” (2012), la importancia crucial del campo deseante en los vínculos asimétricos (como es el deseo de hijo), la relevancia que tiene la fuerza del deseo hacia un hijo como motor de vida y además la manera en que el deseo sella sin duda la subjetividad de ese ser y su particular modo de vivenciar su existencia.

La autora plantea lo difícil que nos ha sido como sociedad reconocer el deseo real de una madre de tener un hijo, la autora plantea que el deseo de embarazo, como ya se mencionó, tiene tres rubros: biológico instintivo, psicológico e histórico. Todo esto frecuentemente bañado del estereotipo social de la super madre fálica, toda poderosa, producto de la idealización social. Por lo tanto, es importante aceptar que no todas las mujeres están psíquicamente capacitadas para hacer frente a la maternidad de la misma manera y lo relevante que resulta permitirse hablar de lo negativo en relación al maternaje.

Féder (1980) es un pionero en el tema del “deseo del hijo”. Sus teorías refieren la trascendencia que tiene para el desarrollo el haber sido deseado por la madre y enfatiza en sus planteamientos la repercusión que tiene en el psiquismo el no deseo, los cuales nombra como *abortos arrepentidos*. Asimismo, señala la relación que tiene la violencia pre-conceptiva del hijo no deseado y la posible personalidad psicopática.

Al igual que Féder existen otros autores que abordan el tema del no deseo. Solís-Pontón (2004) menciona que la parentalidad comienza con el imaginario del deseo de hijo durante la gestación. Welldon (2015) plantea que para las mujeres que se encuentran desilusionadas y desvalorizadas en su identidad de género, y además inseguras de su propia feminidad, la maternidad es pensada como la respuesta mágica para resolver sus dudas y sus conflictivas internas. La autora señala que existe una perversión del maternaje cuando se busca estima, confianza y estabilidad emocional a través de la crianza de un hijo, lo cual descoloca al hijo del verdadero deseo de su

nacimiento y su existencia, y su llegada al mundo se convierte más para la realización de las necesidades de la madre, en lugar de desear que el bebé tenga en el futuro una realización personal como ser humano individual y subjetivo. En términos generales, la perversión del maternaje, según Welldon (2015) significa el abuso del poder frente al otro. En la crianza implica que el hijo en lugar de ser cuidado por el adulto es utilizado para satisfacer las necesidades de éste.

Para Welldon (2015) es indispensable para cualquier mujer que el deseo de un embarazo, un hijo y la maternidad, resulten de su propia y genuina elección y no un destino asumido. La relevancia que esto tiene radica en que impacta a una crianza y desarrollo saludable. Resulta necesario tener una escucha en relación al deseo de la mujer de tener un hijo y de la manera en que este hijo será concebido, así como el lugar que viene a ocupar en el psiquismo de la madre. Por ejemplo, es necesario analizar si viene al mundo para cuidar de la madre, para ser colocado en el hueco de ser, para revertir el proceso de envejecimiento, para ser un triunfo más de sus logros narcisistas o si será colocado en la necesidad de intimidad y cercanía que la madre no tiene con una pareja. El punto central es que la necesidad del hijo sea realmente la del proyecto de la existencia de este ser subjetivo y diferente; desde esta postura los padres serán catalizadores que impulsen al hijo a realizar su propia existencia y el hijo no ocupara la existencia de los padres, es decir, un tipo de situación filicida, a propósito de esta investigación doctoral.

Acerca del mismo tema del deseo de los hijos, Welldon (2015), basándose en Pines (1982), refiere el fenómeno de cuando la mujer busca tener un hijo para reafirmar su identidad de género, implica reconocer la diferencia entre el deseo de quedar embarazada, el deseo de tener un hijo y el deseo de ser madre. Reafirmar la feminidad por medio del embarazo responde a la necesidad de la mujer de resguardarse de la noción inconsciente de la inadecuación de género, así como la promiscuidad. Este proceso está vinculado a experiencias frustrantes y dañinas con la propia madre en la infancia, y son tentativas ilusorias de crear relaciones de objeto con una madre que se ha

sentido incapaz de asumir un papel nutricional adecuado y por lo tanto, descoloca al hijo del lugar que debe ocupar en el psiquismo de la madre con el objetivo de ser nutrido emocionalmente.

3. 6. El superyó en la crianza

Freud (1932) mencionó que el superyó surge de la instancia observadora que se separa del yo como conciencia moral. El papel que luego adopta el superyó se desempeña inicialmente por un poder externo: la autoridad parental. En la teoría freudiana, el niño pequeño es amoral, no posee inhibiciones internas que frenen la satisfacción de sus impulsos, y es la autoridad parental la que moldea el superyó. La instauración del superyó se da gracias a un proceso de identificación con la instancia parental, y marca el destino del complejo de Edipo, de modo que el superyó aparece como heredero de esta ligazón de sentimientos tan sustantiva para la infancia. En la liquidación del complejo de Edipo, el niño deberá renunciar a las intensas investiduras de objeto que había depositado en sus padres; y al quedar precipitados de investiduras de objeto resignadas, marcarán en gran medida sus futuras relaciones con nuevos objetos de amor. El monto de agresión por el que transitará el niño para hacer frente a los sentimientos de culpa, tienen en un primer momento, todo el monto energético de la agresión inconsciente de sus padres, lo que en gran medida será un factor determinante para la etapa de la resolución del complejo de Edipo. Como bien se sabe, el superyó también es portador del ideal del yo, mediante el cual el yo se mide, y cuya exigencia de perfección se empeña en cumplir. Freud (1932) señala que el ideal del yo es el precipitado de la vieja representación de los progenitores, el cual expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía a sus padres en otro tiempo. Con frecuencia se puede observar que durante el desarrollo, los niños tienen que hacer frente a la desilusión de ese ideal que les fue depositado por los ideales de sus padres. Asimismo, comúnmente los padres no toleran la desilusión de ver a sus hijos

como un otro que comienza a tener independencia. El monto de agresión que la diferenciación despierta en los padres está ligada a los ideales desmedidos que en un primer tiempo depositaron en sus hijos.

De acuerdo con Freud (1932), el superyó del niño no se edifica según el modelo de ser de sus padres, sino más bien en función de su superyó, el psiquismo del hijo se llena de los mismos contenidos y así deviene portador de la tradición y de lo transgeneracional. En el superyó está el pasado transgeneracional, la tradición de la raza y los pueblos, que poco a poco ceden a la influencia del presente.

Hoy sabemos que es la madre el primer objeto de amor que modulará o no las primeras marcas psíquicas que después se transformarán en instancias morales y serán el superyó del infante. Es el superyó de la madre el que está presente en las primeras etapas de crianza. y por lo tanto, la manera en cómo el bebé empezará a lidiar con la violencia y la agresión tanto interna como externa, dependerá en gran medida de esta instancia psíquica en la madre. En este aspecto radica la relevancia de pensar en la agresión inconsciente y los sentimientos de culpa de las madres, frente a la crianza de sus hijos, ya que ésta sella de manera prematura en sus infantes, una manera particular de hacer frente a la agresión inconsciente depositada tempranamente en su psiquismo.

Solís-Pontón (2006) y Catz (2006) retoman de Lebovici (1995) y dicen que la génesis de un superyó precoz está vinculada al proceso de parentalización. Las interacciones impregnadas por el hijo imaginario están conformadas por los deseos de los padres, ya que son una manera de darle salida a sus propios conflictos infantiles. Los padres hacen una transferencia de sus progenitores (los abuelos) en sus hijos, proyectando así en ellos sus propios *imagos* parentales. Es frecuente que en el vínculo madre-bebé se den intercambios tempranos, reveladores de fantasmas sadomasoquistas, donde la violencia pregenital y preedípica de la madre aparecen en primer plano, como contenidos inconscientes que van dando forma al superyó precoz del infante.

Por otro lado, Vives (2013) aclara que el superyó no sólo está alimentado por la pulsión de muerte (en gran parte originaria de las fantasías filicidas

inconscientes de los padres), sino que también tiene pulsión de vida (constituida por los componentes libidinales que los padres depositan en los hijos). En relación a los sentimientos destructivos de los padres, el autor también hace énfasis en la complementariedad entre el parricidio y el filicidio, señalando que, el filicidio es el acto previo que promueve el parricidio; de ahí vienen los sentimientos de culpa, de los que está plagado el superyó.

Con relación a los sentimientos de culpa de las madres frente al maternaje, Mehler y Rossini (2006) opinan que una gestante se imagina en su función materna, lo que lleva a que pueda movilizar internamente aquellas pulsiones agresivas que siente o ha sentido frente a su propia madre, y pueden reaparecer sentimientos inconscientes de culpa por los deseos hostiles sentidos anteriormente. Todo esto puede ser temido como una represalia que amenaza su maternaje.

En ese sentido, Dio Bleichmar (2017) acuña el término de *superyó maternal* y lo distingue del *superyó freudiano*. El superyó que desarrollan las madres para hacer frente a la crianza se relaciona con el ideal del yo y se encuentra en constante re afirmación y validación, en función de si está siendo o no una *buena madre*. La autora denomina *superyó femenino* a la función de preservar la sensación de relación objetal y autovalía, que resguarda la fantasía de la relación con la madre pre-edípica idealizada. También considera que algunas mujeres cuando tienen un hijo, sienten que no logran estar a la altura de sus estándares de “*buena madre*”, lo que lleva a cuestionar ¿si las mujeres en general están predispuestas a desarrollar un superyó más severo al hacerse madres?, y si esto tiene su origen en la ambivalencia de ellas con sus propias madres, en la agresión hacia la madre pre-edípica y edípica, o en factores históricos y sociales en relación a las expectativas y representaciones que tiene una determinada cultura acerca del “*buen maternaje*”. Esta preocupación constante de no estar a la altura de los estándares que presuponen ser una buena madre propicia el desarrollo de un superyó punitivo, el cual afecta la capacidad reflexiva y de autorregulación. Cuando los adultos son menos reflexivos es probable que sean menos empáticos y más intrusivos; esta

desregulación en las interacciones afecta la construcción de la comunicación compleja y simbólica ente la díada (Dio Bleichmar, 2017 y Fonagy *et al.*, 2002).

En relación al superyó, Alizade, (2002) plantea que esta instancia incorpora una estructura, un mundo cultural precipitado de controvertidos mandatos, y en su aspecto benévolo, acerca al ser humano a funciones elevadas vinculadas a la sublimación de las pulsiones, mientras que en su aspecto negativo, es sádico, debido a la regresión anal, fruto de frustraciones de los impulsos libidinales.

Holmes (2011), con relación al superyó y con base en la teoría del apego, señala que el superyó representa la capacidad reflexiva del *self*, la cual está implicada en la regulación y auto observación, además de lo ya conocido en relación a la culpa, los ideales parentales, consecuencias morales y valores. En la patología, lo que falla es la capacidad de regulación emocional de esta instancia psíquica que merma los introyectos del *self*. Una parte del superyó incluye la interiorización del cuidador primario, no solo en relación a la moral, sino también se plasma la regulación emocional del cuidador primario y los modelos relacionales. Para Holmes (2011) es de suma importancia valorar el sistema motivacional del sujeto para comprender la manera en que se logra regular o no el sujeto, ante aquellas circunstancias donde se impacta su capacidad para tolerar la cercanía o la lejanía frente algún estímulo. Por lo tanto, de acuerdo con Holmes (2011) la formación del superyó no sólo está en relación al manejo de la sexualidad y la agresión, sino también en relación a los sentimientos de seguridad y sostén que ofrecen los padres. En la ausencia de una base segura aparecen las actitudes autodestructivas, y en *self* más reflexivo que proviene de una base segura, es un *self* menos autodestructivo. Holmes (2011) enfatiza que en los tratamientos psicoanalíticos, las interpretaciones clásicas apuntan a desestabilizar el psiquismo, amenazan el sentimiento de seguridad del paciente, y puede ser vivido como maltrato o algo amenazante. Este tipo de interpretaciones crean una relación de poder y sometimiento que no propicia la evolución de un superyó flexible, compasivo y

reflexivo y van en contra de la idea acerca de que los valores se internalizan desde la confianza y la interacción con la experiencias de vida, no desde la prohibición y la ley. Por lo tanto es necesario que en la actualidad se conceptualice al superyó como una instancia reguladora, la cual se construye sobre una base de seguridad, y mediante la cual se pueden explorar las fronteras y la cercanía emocional, sin que esta se viva como amenazante.

Finalmente, Dio Bleichmar (2017) cuestiona la falta de teorías en psicoanálisis que aborden la manera en que las fantasías persecutorias de los infantes, están relacionadas con las fantasías persecutorias cargadas de ansiedad de las madres, y que son producto del superyó materno cargado de las exigencias de ser una buena madre. Madres perfeccionistas y narcisistas que culpan a sus hijos de sus propias incapacidades como madres, se distancian de ellos y se vuelven indiferentes.

3. 7. La ambivalencia parental

Freud (1914b) con relación a la ambivalencia habló de la agresión y la muerte, donde por un lado, se encuentra el dolor de la pérdida de un ser querido, quien lleva en un fragmento del propio ser de quien siente la pérdida y por otro lado, la considera merecida, pues cada una de las personas amadas también lleva lo ajeno. Con base en esta reflexión, Freud nombra como *sentimiento de ambivalencia* a esta presencia de sentimientos contradictorios y que vemos presente en todos los vínculos significativos. Los seres queridos muertos también han sido extraños enemigos que despiertan sentimientos hostiles en los que continúan viviendo. De acuerdo con Freud (1914b), de este conflicto y el intento por comprenderlo nació la psicología. En un intento de desplazar el odio por el ser amado, el hombre inventa los espíritus, demonios malignos y el sentimiento de culpa. El miedo a la muerte viene de la consciencia de culpa, ya que el inconsciente al odiar no mata, sólo lo piensa y lo desea.

Todos los vínculos con nuestros seres queridos llevan adheridos una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconsciente de muerte.

Pero de este conflicto de ambivalencia no surge, como en aquellos tiempos, la doctrina del alma y la ética, sino la neurosis... (Freud, 1914b, pp. 275-303).

Con relación a la ambivalencia, Reenkola (2015) también refiere que las pulsiones de vida y de muerte están siempre presentes en las relaciones humanas. Así como existen los sentimientos amorosos, también habita el potencial de destructividad y agresión en todo ser humano. Freud desarrolló el concepto de pulsión de muerte, mediante su opuesto: la pulsión de vida, *Eros* o libido, que significa la energía sexual de deseo y amor. Como pulsión de vida, *Eros* lleva a buscar conexiones, unir y expandirse; por lo contrario, la pulsión de muerte, lleva a disolver conexiones y destruir. El concepto de pulsión de muerte describe el deseo de disminuir la excitación y llevarla a cero; opuesto al sentimiento erótico de unión, el impulso de muerte lleva al sadismo y es silenciosa, únicamente cuando es llevada al acto es vista como destructividad. Ambas pulsiones siempre están presentes a lo largo de la vida. Según Reenkola (2015), la agresión es una manifestación de la pulsión de muerte, y no siempre es destructiva puede ser constructiva cuando ayuda a la separación, cuando se utiliza como defensa del territorio o defensa asociada a la protección, cuando fortalece el *self*, y cuando ayuda a que se expresen los deseos. El amor y la sexualidad requieren energía agresiva en su justa dimensión, demasiada lleva a la destructividad y poca a la pasividad; así que la agresión es necesaria para la auto-conservación.

Otro autor que integra ambas partes contradictorias es Féder, cuando plantea su concepto sobre la *ambivalencia preconceptiva* en 1967, en la línea de una ambivalencia universal consideró la parte innegable del verdadero amor de padres a hijos, evidenciado la necesidad instintiva necesaria y fundante para la perpetuación de la raza humana, a lo que denominó como *gozo procreador*. Y por otro lado, lo opuesto silenciado, del odio y la negligencia hacia los hijos, lo cual denominó como *pánico procreativo*. Féder (1980) indica que la exclusión parece ser instintiva y la inclusión pertenece a un posición del yo más adaptativa nutricia y madura. Cuando la ansiedad y la inseguridad es alta, aumenta la ambivalencia y disminuye la capacidad del psiquismo para integrar

ambos afectos tanto los de amor como los agresivos (Féder, 1980).

Alizade (2006), en esta misma línea, señala que amor y odio son dos sentimientos poderosos siempre presentes, desde el inicio de la existencia de la humanidad, La agresión maternal ha permanecido en silencio a lo largo de la historia, donde la mujer ha sido vista de manera idealizada como “La Madona”. En este panorama resulta difícil aceptar la idea que la madre que otorga la vida, puede ser destructiva y tener agresión y enojo. Tramitar esto es difícil y aun así, estos sentimientos viven dentro de nosotros, ya sea como hijos o como padres, y es necesario reconocerlos para no transmitirlos de inconsciente a inconsciente de manera silenciosa.

Con relación a la ambivalencia parental, Vives (2013b) señala que el cariño de la madre y del padre siempre es ambivalente: los seres humanos no tenemos un psiquismo unitario, estamos inundados de aspectos contradictorios, –afirma el autor–. De tal modo que los progenitores pueden amar de manera profunda a sus hijos y, a la vez, albergar instintos filicidas inconscientes que se transmiten transgeneracionalmente.

Lebovici (1989) señala que el amor maternal es ambivalente y a través de su experiencia clínica revela que las mujeres, tras sufrir durante el embarazo y el parto, con frecuencia se sienten decepcionadas por la apariencia de su bebé en relación con lo que habían imaginado. También pueden frustrarse por su relativa incapacidad para ejercer sus funciones maternas, y estar nerviosas por el llanto incomprensible del infante. Estas madres que describe, a menudo, sueñan con eliminar a su bebé por el deseo de regresarlo al vientre, como un intento de fusión y así disminuir la carga psíquica que le demanda a su psiquismo el maternaje.

Por otro lado sobre lo positivo de la agresión, Winnicott (1947) señala que el infante necesita de agresión para poderse separar de la unión simbiótica con la madre, lo cual nombra como el *matricidio simbólico*, y se trata de una fuerza que construye el individuo como diferenciado de su madre. Esto conforma el telón de fondo para el verdadero amor de objeto. Por lo tanto, es necesario cierta agresión en el infante para que este pueda establecer un

mundo externo separado de su madre. Un diálogo entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte es necesario para que surja la vitalidad y la creatividad.

Cuando Green (1999) aborda el tema de la pulsión de muerte con relación al trabajo de lo negativo, señaló como la destructividad de la pulsión de muerte aparece sobre todo como una desinvertidura psíquica del objeto. Para el autor, la *función desobjetivizante* se refiere a desligar el objeto de su significado emocional. Así además de afectar las relaciones de objeto, también afecta al yo llevándolo a un empobrecimiento psíquico. Estos planteamientos son visibles en la melancolía, el autismo infantil, la psicosis crónica, la anorexia nerviosa, y en diferentes síntomas somáticos de la infancia. Es importante diferenciar este proceso que menciona Green (1999) de aquel proceso paulatino de duelo frente a la separación del objeto, puesto que este proceso sí permite que el infante adquiera un sentido propio e individual, además que se trata de un duelo paulatino que lleva a la autonomía y al surgimiento del otro. A diferencia de ello, un proceso donde está presente la desinvertidura psíquica, aniquila a ambos miembros de la díada madre-hijo, al objeto interno y al yo. En resumen, vemos que, tanto la capacidad de amar, como la de odiar, requieren de un cierto grado de agresión.

Por otro lado, un estudio interesante es el que realizó la psicoanalista Hanni Mann-Shalvi (2016), quien en su trabajo de investigación doctoral explora las pre-representaciones que tienen los padres en Israel, cuando nace un hijo varón y saben que al crecer tendrá que ir al ejército a luchar en el frente militar. Su cuestionamiento es interesante, ya que busca comprender cómo este sentimiento afecta o no la crianza de los hijos, y su masculinidad. Entre sus planteamientos la autora refiere que las angustias frente al miedo de perder a un hijo, se vuelven mayores en relación al monto de ambivalencia que rodea el deseo de tener al hijo. Su estudio revela la experiencia de criar vida acompañado de la sombra del miedo a la muerte. En esta tesis se plantea que aún cuando las estadísticas de muerte de los soldados en el ejército son bajas, en comparación con accidentes en otros países donde los jóvenes no van al ejército, las madres lo viven de manera muy atemorizante, en cuyos casos se

paralizan y sufren de ansiedad al pensar que sus hijos irán al frente. Como resultado, a las madres se les dificulta promover en sus hijos la independencia, los sobreprotegen y los hacen dependientes de ellas, y así responden a una protección ilusoria de la ansiedad por muerte en la guerra. En los casos que aborda las madres resultan sobreprotectoras y ansiosas, mientras que los padres son fríos y ausentes frente al temor y el miedo. Los varones callan frente al riesgo de los hijos, porque es algo que ellos mismos han aprendido hacer, para hacerse fuertes y enfrentar las amenazas a su propia seguridad.

Mann-Shalvi (2016) al igual que esta investigación, también retoma el mito del relato bíblico del sacrificio de Isaac para abordar sus planteamientos. La autora pone en manifiesto, en la misma línea de Edipo, la amenaza de que el hijo mate al padre, misma razón por la que Layo destierra a Edipo y por lo que Abraham no duda en sacrificar a su hijo. Esto parece estar asociado a lo que experimentan los padres y lo manifiestan como culpa que no se puede hablar ni expresar. Las madres lo hablan y expresan en sobreprotección y no permiten la autonomía de sus hijos; en cambio, los padres pueden llegar hasta estimular y promover conductas de riesgo en los hijos, o borrarse y guardar silencio frente a los posibles peligros de su hijo. Esta dinámica entre padres e hijos, según la autora, se transmite transgeneracionalmente con la idea de que el hombre debe de ser fuerte.

Con relación a la crianza Reenkola (2015), plantea que el amor más primitivo del infante es insensible y demandante, para así recibir los cuidados de la madre. La madre debe tolerar ser utilizada por el bebé, para que éste se desarrolle; igualmente, debe tolerar este monto agresivo sin regresarlo al infante, puesto que no puede tramitar la agresión de la madre, y por ello, se hace necesario que la madre se haga cargo del monto agresivo que le proyecta el infante frente a sus demandas desmedidas. Después, este amor primario se transformará en la capacidad del infante por lograr libidinizar el mundo externo y así adquirir la capacidad de preocuparse por el otro. El encuentro que sucede entre los deseos de tener un hijo y la realidad, produce gran ambivalencia en los sentimientos que la madre tiene hacia su bebé. La libido, *versus* la

destruibilidad varía entre las distintas díadas, dependiendo de la manera particular en la que se dé el imaginario que ocupa el bebé en el espacio psíquico de la madre. Reenkola (2015) subraya que los sentimientos de culpa en la madre, provienen de no poder expresar, ni tolerar, la ambivalencia emocional que provoca la crianza de su hijo.

El filicidio inconsciente, según Reenkola (2015), es bastante común y aparece por lo menos en tres variaciones:

1. La madre puede tener miedo de ella misma, se siente una mamá que aniquila a sus hijos, es decir, una madre que aniquila su propia fertilidad o a su bebé.
2. La madre de la madre puede ser la asesina en sus fantasías, es miedo de la propia madre.
3. Otra fantasía puede ser que por convertirse en madre, mata a la propia madre.

Las desilusiones de un mujer durante su infancia se reviven y reflejan en su relación con su bebé, cuando ella se hace madre, lo que pone a prueba en su psiquismo como el bebé ella misma fue atendida y cuidada, sus sentimientos de indefensión, dependencia, como estos fueron atendidos por su propia madre, y así los sentimientos de abandono y desilusión son revividos ahora que ella es madre, la maternidad puede ser vivida como amenazante para el psiquismo que revive sus propios abandonos y se llega a sentir envidia por los cuidados que este bebé recibe en relación a lo que ella recibió (Reenkola, 2015, pp. 76-77).

A manera de conclusión, la tolerancia de los sentimientos ambivalentes que despierta la maternidad, es de vital importancia para prevenir actos violentos, venganzas, o auto destructividad, así como también es esencial que surja en la madre la capacidad de preocupación y compasión hacia sus hijos, y los conciba como seres separados a ella, con respeto a sus deseos y sentimientos propios de amor y odio.

3. 8 La capacidad de tolerar la otredad

El concepto de instintos filicidas inconscientes puede comprenderse en términos psicoanalíticos como el temor al otro, por lo cual, se puede decir que la maternidad implica tener la capacidad de tolerar la otredad. Lo contrario es vivir como amenazante que otro no sea igual a sí mismo, algo que se transmite de inconsciente a inconsciente (Blank-Cerejido, 2014; Vives, 2014). La intolerancia al otro se transmite debido a que, es algo negativo, desobjetivizante, ligado a la nada, a la no cosa y la desinvertidura (Green, 2007).

Blank-Cerejido (2014) con relación al prejuicio señala que lo que rechazamos lo ponemos en el afuera por la amenaza que esto significa a nuestro psiquismo, así que entre más frágil sea la constitución de un sujeto, más amenazado se sentirá por lo diferente: “Si acepto mi propia extranjería, el otro aparece sin rechazo” (p. 114). De acuerdo con Freud (1895, citado por Blank-Cerejido, 2014, p. 114) la única posibilidad de vida para el nuevo sujeto es a partir de otro anterior y externo a él, y es imprescindible que ese otro lo ame y lo invista si es que ha de devenir sujeto. Esta necesidad del otro para la vida y constitución de cada sujeto crea el amor y también el odio. El amor a partir de la satisfacción y el odio a partir de la frustración, la rivalidad y el desencuentro. Por lo tanto, a menor capacidad para pensar en lo diverso, existe inconscientemente el deseo de destruir la diferencia, para recuperar ese sentimiento de no tensión que provoca en el psiquismo entender lo que no es familiar.

Como defensa a la intolerancia de lo diverso, el odio se proyecta hacia fuera, el cual puede llevar el deseo o no deseo, de la aniquilación del otro para conservar la propia seguridad (Blank-Cerejido, 2014). Para que surja un pensamiento subjetivizante hay que tolerar y no asustarse de ver lo que la diversidad demanda en nuestro psiquismo, así como permitir que surja el pensamiento autónomo en el otro, sin alimentar la ilusión o fantasía de la omnipotencia que da la certeza absoluta. La falta tolerada y pensada abre la grieta de la subjetividad, de la diferencia y la otredad.

En la misma línea, Vives (2014) menciona que lo no conocido nos pone alerta, lo extraño despierta cierto estado de alarma expectante y tiene un sentido biológico. Esta forma de paranoia fisiológica, y vigilancia de cualquier predador potencial permite que muchas especies hayan sobrevivido en el curso de la evolución. Lo ajeno y amenazante dentro de nosotros mismos, lo desconocido en el inconsciente resulta extraño y amenazante, ante este miedo interno, surge la necesidad de depositar en el otro, aquello extraño y ajeno. Mediante esta proyección, aliviarnos de alguna manera la incomodidad que provocan los contenidos mentales que nos estresan y de lo que no queremos hacernos cargo o no podemos. Lo ajeno pone a prueba lo que nos es familiar, deseable y aceptable en la conciencia. Así entre más parecido sea el otro a nosotros mismos, menos estresante resulta vincularnos con él.

De acuerdo con la teoría freudiana, todo estímulo del afuera, que penetra en el psiquismo es incómodo para el sistema y debe ser desalojado: placer-displacer, pero cuando el estímulo viene de las profundidades de lo somático e ingresa al psiquismo, son las pulsiones instintivas que hacen que entren en acción los mecanismos de defensa: represión, negación, entre otros. Así incorporación, introyección e identificación, forman un continuo, desde lo biológico hasta lo emocional, desde lo corporal hasta lo psíquico. Lo que se busca es adecuar la realidad, para satisfacer las demandas instintivas. Retomando estos planteamientos, Vives (2014) señala que así se organiza el pensamiento y entonces pensamos que todo lo bueno está dentro de nosotros mismos y todo lo externo como malo o potencialmente dañino está en el afuera.

Asimismo, se puede entender el rechazo a la otredad, a partir de los planteamientos de Spitz, con relación a la angustia del infante en el octavo mes frente al extraño (Vives, 2014). Esta angustia primaria es un mecanismo innato de sobrevivencia que provoca en el bebé esa reacción, solo por el hecho de que es diferente a la madre, y por lo tanto, peligroso. En etapas tempranas, la angustia se puede entender como un impulso primitivo de sobrevivencia, ya que todavía no se establece el juicio de realidad que permita discernir y entender la situación, sin ser percibida como amenazante. En los adultos, las interacciones

pre-verbales y sensoriales son lo que se asemeja a la angustia del bebé a lo extraño (Vives, 2014). El yo corporal en acción y el proceso primario, son reacciones instintivas que provocan la elevación del tono muscular, que alista a un ataque o fuga si se necesitarán ante el peligro potencial de la presencia del extraño o de lo extraño. Es decir, el mecanismo del yo corporal es equivalente al sentimiento de angustia, percibido por el yo psíquico, y que nos prepara ante un peligro potencial. Para Vives (2014), estas reacciones corporales e inconscientes tienen que ver con lo percibido en experiencias pasadas, por lo tanto, son reacciones que provienen de nuestro mundo interno y no de una realidad objetiva.

Las reacciones ante lo extraño y desconocido pueden corresponder con la realidad o pueden estar sujetas, a la reacción que nos provoca ponernos en contacto con el objeto persecutorio de nuestro mundo interno, construido en un primer tiempo con las interacciones primarias, y con los objetos significativos de amor y cuidado en la primeros años de vida. Son mecanismos de escisión para poder lidiar con la amenaza de lo destructivo, con el fin de poner en el afuera lo intolerable, así como la negación gracias a la cual se evita la percepción de las partes de la realidad intolerables. Lo que lleva a un funcionamiento similar a la manía que planteó Klein, donde se hace una escisión funcional, se niegan las partes internas persecutorias del sujeto y se coloca en el otro. Este mecanismo llega al punto de la deshumanización, cosificación del otro en función de conservar la propia cohesión psíquica, afirmar la identidad, mantener la solidez del *self* y los límites del yo en relación al otro. Por otro lado, cuando se está frente a un semejante existe la amenaza fusional, la ansiedad de la confusión entre el yo/no yo que amenaza el sentimiento de fusión y confusión con el otro.

Con relación a la capacidad de aceptar lo diverso y la capacidad de ser padres, sabemos la relevancia que tiene la capacidad de modular la agresión y la violencia para no dañar a los pequeños que dependen del adulto para crecer. Estos sentimientos pueden generar en los padres sentimientos importantes de culpa por la discrepancia entre los deseos e ideales de crianza y la realidad de la fortaleza psíquica, la calidad de los objetos introyectados y las fortalezas

yóicas a las que habrá que poner a prueba cuando la tarea es ser padres. Bleichmar (2015) lo menciona como el núcleo duro de la violencia y la agresión que los padres utilizan para defenderse de la incompletud.

Marucco (2013) manifiesta que la presencia del hijo/a despierta en sus padres, la resistencia a enfrentar la otredad, por falta de fortaleza en la constitución de la propia subjetividad. Ante la incapacidad del aparato psíquico del infante para tolerar el odio inconsciente de los padres, se pone en marcha el mecanismo de desmentida. El autor se cuestiona si ¿será entonces que el anidamiento de la pulsión de muerte en el superyó es en realidad una identificación con el yo sádico del objeto primario desmentido? De acuerdo con Marucco (2013) esta estructura masoquista tiende más a terminar en patología, en la medida en que no existe una función paterna (ejercida por ambos padres) que promueva y sostenga la denuncia de la castración narcisista parental. Tal vez es el núcleo duro de la violencia y la agresión, que hace que los padres se defiendan de la incompletud (Bleichmar, 2015). Se trata de la agresión depositada al hijo, por todo aquello que los hijos reflejan en los padres (Marucco, 2013). Los padres se enfrentan al manejo de la otredad, que si no se tolera, tratarán de reprimir de manera inconsciente, y esto sería lo filicida inconsciente que los padres instauran en los hijos. Se trata de la no aceptación, la no libidinización de un nuevo ser que no se le permite ser diferente de sus padres, ya que resulta amenazante lo diferente. Esta violencia se instaura en el psiquismo y lleva a pautas de autodestrucción y patología.

Por otro lado, García-Badaracco (2008), con relación al desarrollo del yo de los infantes, señala que, cuando los temores o ansiedades que producen las primeras diferencias no son compensados con una adecuada atención materna, el aprendizaje se interfiere porque la ansiedad paraliza el deseo de la incorporación de lo nuevo. El bebé tiende aferrarse a lo conocido, que es siempre lo anterior, y se produce una detención del crecimiento yóico verdadero. La transmisión de la inmadurez se transmite en el contexto de los vínculos diádicos de dependencia; estas interdependencias en la que los padres no pueden ejercer adecuadamente sus funciones parentales, crean

interdependencias patógenas. García-Badaracco (2008) denomina *maltrato sin intención* a aquello que viene de una falla en la preocupación por el otro. Desde el psicoanálisis clásico se entiende al maltrato y lo traumático como algo pulsional, sin embargo para García-Badaracco (2008) es algo transgeneracional que se instaura desde la interdependencia, algo que no es irremediable sino aprendido y transmitido desde las fallas de los padres a los hijos, en su incapacidad para lidiar con lo diferente y lo ajeno.

Faimberg (2005) acuña el término *telescopaje de generaciones* para referirse a las identificaciones alienantes que observó en sus pacientes, a quienes los inundaba psíquicamente la relación que establecieron con sus padres y la capacidad de estos de mirarlos en su alteridad, con sus propias limitaciones narcisistas y al bagaje transgeneracional que se hereda de superyó a superyó, mediante las identificaciones durante el desarrollo del psiquismo. La relación narcisista puede entenderse como un rechazo del sujeto a admitir la alteridad, la intersubjetividad. Desde este punto de vista implica un movimiento que marca el pasaje del narcisismo al funcionamiento edípico. En el funcionamiento narcisista en lugar de reconocer al otro por lo que es, se califica al otro en función del placer o el displacer que le produce.

En la misma línea que Faimberg (2005), Kancyper (2004) plantea que el régimen narcisista parental de apropiación-intrusión es el que fuerza al sujeto a una adaptación alienante por sus identificaciones inconscientes con la historia de sus padres. Cuando en el espacio psíquico de los padres no existe un lugar para que el niño desarrolle su identidad, libre del poder enajenante del narcisismo parental, se crea una paradoja de un psiquismo lleno/vacío. Un psiquismo lleno de una alteridad ominosa y vacío de una mismidad por carecer de una espacialidad psíquica.

En aquellas personas que no reconocen a un otro, existe una falta básica en la constitución de la intersubjetividad que puede ser un asunto transgeneracional; se trata de haber sido criados por padres donde el otro no existe en la mente, y el hijo no logra ser pensado en sus necesidades y deseos propios (Blecihmar, 2015).

3.9 Las pulsiones agresivas en la maternidad

La agresión en la maternidad es un tema que puede vislumbrarse desde los cuentos infantiles y en la mitología griega, romana y escandinava. Por ejemplo, en el cuento “Hansel y Gretel” se plantea un canibalismo materno, y en el mito griego “Medea” el filicidio es un tema central (Pender, 2006). Sin embargo, pese a que es un tema presente en relatos de diferentes culturas, la idealización de la maternidad, como ya se mencionó, favorece que el sadismo materno quede silenciado y negado socialmente.

La escasa literatura psicoanalítica acerca de los impulsos filicidas también puede ser un reflejo de lo que representa el tema para el psiquismo, ya que es una gran amenaza ponerse en contacto con la destructividad femenina. Sin duda, una de las realidades más temibles para afrontar como humanidad es considerar que una madre quien debería de cuidar, también puede dañar (Rascovsky, 1967; Welldon, 2011). Este hecho innegable imprime una inseguridad y desconfianza básica en el psiquismo, donde el sujeto queda imposibilitado en su capacidad de poder confiar en los otros (Welldon, 2011).

También es difícil pensar en un maternaje “malo” o perverso debido a lo idealizado de la maternidad, hasta el punto que la sociedad niega las motivaciones negativas conscientes e inconscientes, que sabemos están presentes en los embarazos y en la crianza. La escisión en el maternaje lleva a considerar buenas y malas mamás (Welldon, 2015).

De acuerdo con Welldon (1988, 2015), la agresión materna se origina a partir del vínculo madre-bebé y es en este donde puede instalarse una relación perversa. Tanto en hombres como en mujeres, la perversión se vincula con la función reproductora y los órganos, sin embargo, es diferente en ambos sexos (Welldon, 2015). Mientras que en la perversión masculina, el varón utiliza el pene para llevar el acto en práctica de manera externa, la mujer utiliza todo su cuerpo. El hombre dirige la agresión hacia el exterior y la mujer hacia sí misma, hacia su cuerpo o contra los objetos de su propia creación: sus hijos.

Welldon (1988) difiere del planteamiento clásico freudiano acerca de que la perversión es producto de ansiedades edípicas, ya que señala que esta tiene un origen preedípico, el cual se instaura en la primera infancia mediante el vínculo que establece la madre con su infante. La madre es el primer otro que estuvo en control de la propia vida, si establece una relación perversa con su bebé, se revierte el terror del superyó maternal internalizado, e impera la desconfianza básica hacia ese otro que lo debería proteger y no lo hace.

Cuando la necesidad de crianza corresponde a la necesidad de poder y control de la madre y no, a las necesidades del infante para su desarrollo y crecimiento autónomo, se instaura un maternaje perverso. Como ya se menciono, cuando el desear tener un hijo está teñido de otras necesidades, que nada tienen que ver con la vida y la existencia de ese ser que llega al mundo, se instaura la agresión de manera intensa en el maternaje (Welldon, 2015).

El nacimiento de un hijo despierta en la madre la noción de sus propias necesidades no satisfechas cuando era pequeña. En muchas ocasiones estas necesidades implican la necesidad de llenar un vacío interno a través de ese bebé, y se coloca a este en ese espacio vacío de manera real y simbólica. Después, resulta inmanejable tolerar la separación con el hijo, por la angustia que provoca en el psiquismo de la madre, el hecho de que el bebé define su existencia. En estas madres el deseo es que el bebé llene su existencia y les brinde un sentido de vida. La ansiedad de separación corresponde a su experiencia previa de privación y vaciamiento emocional, expresado en la ausencia de un objeto bueno internalizado.

De acuerdo con Welldon (2016), en la pareja la perversión se manifiesta en no visualizar la separación entre ambos, y es una patología de dos personas como resultado de traumas muy tempranos. Para conservar la unión y supervivencia psíquica, la pareja requiere de acciones sádicas cargadas de libido hacia el mundo exterior, y en ocasiones son sus propios hijos ese mundo externo, donde ellos se sienten ahora en control frente a la escena primaria y sus propios traumas infantiles.

Otro aspecto que implica un maternaje perverso es el abuso de poder

(Welldon, 2015). El abuso de poder es más fácil de observar y detectar en el hombre que en la mujer, aunque es en el ámbito doméstico donde en muchas ocasiones la mujer abusa del poder, pues busca obtener una sensación de confianza en sí misma. Este abuso de poder también es observable con relación a los hijos, el cual puede permanecer silenciosamente oculto. Con frecuencia, sucede en mujeres que buscan tener un hijo para darse a sí mismas un vínculo seguro y afectuoso.

El abuso de poder hacia los hijos surge cuando en la mente de la madre el bebé existe para gratificarla, las demandas del bebé les parecen inmanejables, ya que éste, en su inconsciente está ahí para satisfacerla a ella y no la madre al infante (Welldon, 2015). La madre regresiona a su propia infancia deprivada, se identifica con la madre agresiva y puede fácilmente atacar al bebé que la deprime. La madre percibe que el bebé no colma sus expectativas, lo que le revive la frustración y las carencias con su propia madre. Así que, la agresión que en otro tiempo produjo la relación con su propia madre, ahora encuentra descarga en el bebé, que ya antes de su llegada al mundo era esperado con un fin narcisista (Welldon, 2015). De acuerdo con esta dinámica, mujeres que no se encuentran equipadas emocionalmente para hacer frente al maternaje, colapsan emocionalmente a causa de la excesiva demanda que esto implica para su *psique*.

El padre o pareja de la madre puede ayudar a aquellas madres susceptibles de instaurar una relación perversa con el infante. Con la fertilización asistida y cuando no existe una pareja, se puede agudizar el abuso de poder sobre el hijo. Welldon (2015) señala que la fertilización asistida puede convertirse en una verdadera fábrica de bebés, que responde a las necesidades de tener hijos sin cercanía emocional, ni vínculo, lo que ya de entrada es una muy mala ecuación para intentar ser madre. Si no se logra sostener relaciones de amor, cercanía emocional e intimidad con una pareja es casi seguro que no se tolerará la cercanía e intimidad que demanda el maternaje (Welldon, 2015).

Alizalde (2006), al igual que Welldon (2015), reconoce la agresión materna y la denomina como *el lado oscuro de la maternidad* a aquella

maternidad teñida por *tánatos*, en la cual predominan sentimientos de odio, rechazo al hijo y el deseo inconsciente de dañarlo, ya que el hijo de alguna u otra manera se vive como una amenaza para la salud mental de la madre. En estos casos, el hijo se convierte en el receptor de la carga destructiva de su cuidador primario. La autora plantea que el origen de los impulsos agresivos maternos, se relacionan con la presión social que conlleva la idealización de la maternidad, ligada al deseo y amor incondicional hacia los hijos.

El mandato de la maternidad por una imposición superyóica tiene como consecuencia madres con excesiva simbiosis al hijo, envidia y odio inconsciente. La cultura falocéntrica señala que ser mujer implica ser mamá y se considera patológico que la mujer elija y desee no ser madre, lo cual es una agresión o modo de violencia hacia su subjetividad y deseos. Como consecuencia la agresión hacia la mujer produce más agresión que puede volcar hacia sus hijos y que estará inmersa en su maternaje.

De manera contundente, los impulsos agresivos y la manera en que estos se expresan guardan una estrecha relación con las primeras relaciones objetales. Por ejemplo, Schechter y Rusconi-Serpa (2014) documentan casos sobre mujeres traumatizadas y deprimidas que no pueden lidiar con sus bebés cuando lloran, ya que de manera inconsciente el llanto de su bebé las remite al sentimiento de minusvalía y de profundo dolor que vivieron en otro tiempo. El bebé les recuerda sus propias experiencias traumáticas y suelen ser madres que dejan a los bebés solos ante sus demandas de ayuda, ya que se paralizan cuando su bebé llora. Estas madres se sienten incapaces de responder, de ayudarlo, y sienten ganas de huir al ponerse en contacto con su incapacidad de no poder entender sus necesidades. Las demandas de sus bebé revive en el inconsciente su propio abandono experimentado en sus primeras relaciones de objeto.

En el mismo sentido, Leuzinberg-Bohleber (2001) encontró que sus pacientes mujeres, con dificultades de fertilidad, presentaban fantasías de ser malas, a las que la autora denominó como *fantasías de Medea*. Estas mujeres habían vivido traumas en sus primeras relaciones objetales y habían sido hijas

de madres deprimidas, lo que al parecer las dejó inundadas de fantasías destructivas hacia su propio cuerpo y hacia sus madres. Las fallas en la crianza vividas en la primera infancia por estas mujeres, impidió la integración de las fantasías arcaicas destructivas, lo que quedó disociado del psiquismo y reaparecen cuando se convierten en madres. Con la maternidad, estas mujeres se pusieron en contacto con su potencial destructivo que quedó en el inconsciente deslibidnizado por las carencias en su primera infancia. La esterilidad psicogénica en estas mujeres está en gran medida fundamentada en el terror de lograr tener un hijo y dañarlo. Dado lo anterior, es sumamente importante, abrir el diálogo hacia el lado destructivo de las mujeres y madres frente a sus sentimientos de destructividad, de sentirse “malas” y de sentir terror por el potencial de daño hacia sus hijos.

Con relación a los actos violentos y mortíferos del maternaje, Pender (2006) explora las vicisitudes de agresión, hostilidad, abuso y sadismo que una madre puede llegar a infligirle a su infante. Nos habla de los casos en los que se ha llevado al acto el asesinato de los niños por parte de sus madres; refiere que dichos terribles acontecimientos suceden en el entorno de madres psiquiátricamente perturbadas, sin una red de apoyo, desesperanzadas, solas y que frecuentemente lo que acompaña el acto es prevenir a sus hijos del sufrimiento que su maternaje les inflige. Es decir, se dan cuenta de su potencial destructivo y se sienten malas madres. A diferencia de las madres filicidas, las madres sádicas disfrutaban de hacer sufrir al hijo, por lo tanto no los matan. Al revisar los casos de infanticidio la autora señala que estos ocurren en un porcentaje mucho menor que muerte de niños. Aun así no es tan documentado debido a que el lazo madre-hijo es tan fundamental para la supervivencia humana y culturalmente idealizado.

El infante necesita de su madre para crecer y, la madre necesita del infante, por lo que el instinto maternal puede ser una defensa contra un instinto sádico o asesino, que asegure la supervivencia de la madre, pero no del hijo (Welldon, 2015). De acuerdo con Meyer y Oberman (2000, citado en Welldon, 2015), son varios los factores asociados al infanticidio, algunos de estos son:

pobreza, sobrepoblación, leyes de la herencia, costumbres relativas a los hijos extramaritales, creencias religiosas y/o supersticiones relativas a las discapacidades, eugenesia y locura materna. Asimismo, se pueden considerar cinco causas del infanticidio (Welldon, 2015): (1) altruista, (2) psicosis aguda, (3) embarazo no deseado, (4) accidental (madre maltratadoras) y (5) revancha marital. La baja autoestima, el aislamiento social y la falta de recursos son también otras causas importantes. Algunos de estos actos se sustentan en la idea ilusoria de liberar a los hijos del destino de ser víctimas de violencia, por no lograr protegerlos. Así que, en los casos que las madres matan a sus hijos, con frecuencia ellas mismas se quitan la vida. Quizá las madres, debido a su potencial para dar vida, pero también muerte, están menos temerosas de esta última, y son conscientes de la necesidad de controlar su agresión.

Pender (2006) menciona que aunque el sadismo materno es frecuente, el filicidio no lo es; a diferencia del filicidio, el sadismo es una forma de apego físico. Ambos fenómenos tienen en común que surgen de enfermedades mentales, condiciones sociales, y pueden ser tratados y modificados al prevenir las condiciones que las provocan. El asilamiento es la característica más común en las madres que matan a sus hijos. En tanto todas las madres luchan para proporcionarles al niño pequeño, el cuidado que requiere para su supervivencia, a la vez, también ellas mismas luchan para su propia supervivencia, y deben equilibrar sus necesidades con la dependencia total que tiene el infante respecto de ellas.

3. 10 El abuso de poder y el sometimiento al otro

Bleichmar (2015) plantea que el sometimiento al otro, se produce por miedo a la respuesta emocional de ese otro, la cual se origina desde la primera relación diádica entre el infante y su cuidador primario. En la primera etapa de vida, el bebé se encuentra en un estado de indefensión, la única referencia que tiene sobre su ser es el estado emocional de ese otro significativo que lo mira, sin

poder diferenciar lo propio de lo otro. Esta es la marca que llevamos como núcleo duro en nuestro ser y que determina nuestra reacción emocional ante el otro. Nuestra vida está marcada por la conflictiva del sometimiento, por los intentos de lidiar con las angustias que nos produce la dependencia emocional y con las angustias generadas al intentar desprendernos de aquellos a los cuales nos sometemos. De acuerdo con Bleichmar (2015), la sumisión al otro es lo que impide dejar fluir lo que somos, lo que deseamos, pensamos y sentimos; y genera la formación reactiva, el *falso self* del cual nos habló Winnicott.(1965). La sumisión al otro es la más universal de las condiciones, y el gran desafío que todos debemos afrontar, implica encontrar la manera de cómo seguir en una relación, cómo escuchar al otro, cómo tener en cuenta al otro sin renunciar a ser nosotros mismos, con nuestras limitaciones y al mismo tiempo con nuestros valores.

Bleichmar (2015) menciona que los sentimientos de persecución y de culpa son consecuencia de haber tenido padres que castigaban, descalificaban y criticaban a la menor falla, o lo hacían aún si esta no ocurría, lo cual impedía colocar a la realidad por encima de las propias acciones. El objeto persecutorio no solo se trata de un asunto relacionado con el superyó, sino que este se construye desde la interiorización del cuidador primario. Asimismo, el autor señala que el niño prefiere sentirse malo asumiendo la carga de maldad que reside en sus objetos y así los libera de su maldad. Es decir, aceptar sus objetos malos le provoca tal inseguridad, que mejor los protege convirtiéndose en malo él mismo y así, consigue conservar la seguridad y esperanza que necesita del ambiente. Asimismo aceptar su ambiente como malo es tan amenazante que prefiere negarlo e igualmente, resulta que la mejor opción es ser “el malo”. La necesidad de protección crea una figura idealizada que ofrece seguridad aunque sea de manera ilusoria, cuanto más inseguridad interna, más necesidad de validación del otro a través del sometimiento. La única salida es poder simbolizar las diferencias, la subjetividad, superar el trauma que inevitablemente nos lleva a tener que enfrentar la conflictiva de la otredad y la diversidad. También implica lidiar con que no aparezca el superyó severo que

destruya lo desconocido, mediante aceptar la diversas maneras de ser y tolerar el dolor narcisista que esto implica.

Vives (2014), con relación a la difusión de identidad, señala la necesidad de mantener las pequeñas diferencias en función de la separación e individuación y la posibilidad de afirmar la propia autonomía ante el otro, definido como un casi semejante y por fortuna, diferente. Someter al otro surge de la necesidad de reafirmación o cuando está presente el miedo a la fusión. También se origina de la amenaza por la diferencia, la cual se percibe como persecutoria. El psiquismo en estos casos se desestabiliza por la falta de cohesión y solidez.

El sometimiento también puede entenderse como la base de la deshumanización, ya que a través del no reconocer al otro es como se configura el poder (E. Romano, 2008). El infante por su propia inmadurez es susceptible de ser tomado como “prenda” en medida en que mayor sea su indefensión. Esto opera de la misma manera que la perversión materna de Welldon (2013), se violenta al infante como oportunidad de ejercer el poder despótico de un “amo”. Por lo general, este fenómeno es secundario a profundas heridas narcisistas de humillación provenientes de figuras masculinas o son producto del resentimiento a la figura materna débil e infantil o intrusiva-sádica con características de inadecuación (E. Romano, 2008). De acuerdo con Green (1999) frente a la violencia y el abandono del infante se instaura la función desobjetivizante, proceso de desinvestidura donde predominan mecanismos como la denegación, forclusion o clivajes. Si la función objetivizante es campo de las pulsión de vida, la función desobjetivizante lo es de la pulsión de muerte (Green, 1999).

También, cuando no se logra reconocer al otro como semejante, es porque la necesidad de reconocimiento del infante se transformó en sumisión por la actitud de dominio del cuidador, la cual provocó un quiebre que impuso la propia omnipotencia, o por el contrario, a través del sometimiento se busca un reconocimiento. Mendoza-Talledo (2006) señala que la ausencia de reconocimiento, el miedo a la separación y/o la no realización de la fantasía

inconsciente de destrucción del objeto se convierten en sumisión. Así reconocer al otro como semejante y diferente es un aspecto decisivo para la sintonía emocional.

El abuso de poder en la relación padres-hijos está fuertemente asociado al filicidio inconsciente, ya que ser padre ofrece la oportunidad de tener el control y poder, y entonces se pueden repetir y re escenificar patrones de sometimiento de la propia infancia de los padres. Cuando los padres se ponen en contacto con sus sentimientos agresivos, en un nivel neurótico, se congelan y paralizan, como consecuencia suelen alejarse para no dañar a sus hijos. En un nivel más pre-estructural se actúa la perversión como descarga del impulso con los hijos, los que ahora son sometidos como el padre o la madre lo fueron en otro tiempo. Cuando la culpa falla en la capacidad protectora de los padres surge la violencia y la agresión, las cuales no lograron ser moduladas con los elementos libidinales del superyó ni del yo (E. Romano, 2008). El abuso del poder que realiza el cuidador primario crea en el infante violentado un sentimiento de miedo y dolor que no puede expresar y entonces lo vuelca hacia sí mismo .

Acerca de las consecuencias del abuso de poder en los niños, Rozenbaum (2016) menciona que el dominio y abuso del poder de una generación sobre la otra, altera gravemente las ideas que el niño se puede hacer sobre las relaciones de poder real, de dependencia, de amor, de reciprocidad, las cuales rigen el orden de los sexos y las generaciones. Un efecto del abuso de poder son las confusiones que llevan al niño a identificarse con el agresor o sentirse “la causa de” y así comprometer la autoestima en su aspecto masoquista, donde la culpa encontrará un caldo de cultivo. Con base en lo planteado de este capítulo resulta relevante que, durante el desarrollo los infantes logren crear un *self* catectizado por la experiencia de una existencia con mente propia, y para ello, es transcendental haber tenido la experiencia de ser pensado con mente propia por la figura de apego (Busch, 2008).

3. 11 La consideración por el otro y su relación con la violencia en la crianza

Como se ha planteado en capítulos anteriores, uno de los orígenes de la violencia es la permanente negación y desmentida del otro. (Berenstein, 2001, citado en Alkolombre, 2012, p. 56). El otro es considerado solo como una parte de uno mismo, como una prolongación y la violencia es, desde el punto de vista vincular, el intento de transformar al otro en semejante o idéntico a sí mismo (Alkolombre, 2012). En este movimiento, la violencia intersubjetiva opera desvinculando y cuando la violencia es extrema, la desvinculación lleva al aniquilamiento mental del otro.

Con relación a la problemática de la violencia, E. Roman (2008) señala que la consideración por el otro en el ámbito familiar alberga el sentimiento benigno de confianza, que forman las bases para el lazo social. Cuando existe una falla en este aspecto, ya sea por omisión, ausencia, indiferencia, presencia intrusiva o rechazo, se experimentan vivencias de no existir o de extrañeza. Los anudamientos del lazo social con el reconocimiento del otro son los elementos firmes del basamento ético, y sin lazos sociales ni consideración del otro, no puede existir la ética. Para vivir en un contexto ético primero se debe dar un sentimiento de haber sido reconocido y considerado por otro, quien guarda un significado importante y genera sentimientos de pertenencia y lealtad. Es decir, sin ética no hay ley, pero también sin ley no hay ética.

La palabra *violencia* proviene del latín *violentia*, que significa *violar*. Esta definición remite a un abuso donde no cabe la ética y lo que se viola es la subjetividad y la conversión del otro en un objeto-cosa. La violencia es lo opuesto a la ternura y al respeto por la alteridad, amenaza a la homeostasis psíquica y es la base de la cultura, y se pueden plantear varios tipos de violencia (E. Romano, 2008):

- Reacciones violentas de auto-conservación. Son vivencias de aniquilación y abandono.

- La violencia sin libidinización. Son reacciones breves e irruptivas del afecto, predomina la angustia y se presentan en condiciones donde prevalece la vulnerabilidad narcisista. Generalmente, se presenta cuando son padres narcisistas y por lo tanto, el otro resulta amenazante a su psiquismo. Estos padres realizan prácticas de corrección y límites a los hijos, pero ejercen la violencia, encubierta y justificada con estas prácticas.
- Violencia sado-masoquista: Se establece en relaciones donde predomina el deseo de dañar al otro, acompañado con el placer de ver sufrir. Surgen tácticas de control y dominio sobre el objeto y fantasías de apoderamiento asociadas con desprecio y desvalorización. También se caracteriza por un auto-ensalzamiento con vanidad en el superyó, predominan la identificación de aspectos crueles, sádicos punitivos para atacar a las funciones normativas. En este tipo de violencia no se experimenta angustia sino placer ante las acciones violentas. Como antecedentes, en la infancia existió una inferencia parental hacia el registro de la retracción psíquica del infante, donde secretamente se gestó la perversión.

En términos generales, la violencia de los padres en su psiquismo, que se experimentó con sus propios padres, la devuelven hacia el hijo.

Esto puede entenderse mediante la teoría de Winnicott, donde existe una falla ambiental en la etapa de dependencia que condiciona una tendencia antisocial. La falla radica en la incapacidad de reconocer a otro, lo que conlleva un duelo por el objeto de amor perdido. Cuando el aparato psíquico no tiene la capacidad de hacer un duelo, se queda insensible frente al dolor de la pérdida y así las futuras pérdidas o duelos, entonces se instaura la deshumanización. La disociación del dolor no permite al sujeto poder sentir la pérdida y pierde su capacidad de preocupación por el otro (E. Romano, 2008).

Rozenbaum (2016) plantea que en el contexto de la violencia social se puede considerar la violencia en la crianza, en cualquiera de sus modalidades, aún cuando no todo suceso difícil se constituye en un trauma. El trauma es

aquello que traspasa el límite de lo tolerable que no puede ser tramitado y por lo tanto, se presenta con un exceso de excitación psíquica. Lo traumático está relacionado con las fantasías que estos hechos activan o con el flujo pulsional que desencadenan. Una de las dimensiones del trauma es que se pierde la seguridad en el ambiente y la introyección de un objeto protector, lo cual disminuye la autoestima, aumenta las inhibiciones y reduce la capacidad creativa. El infante requiere ser idealizado e idealizar, tener un circuito narcisista imperecedero accesible y estructurante. La salida del trauma requiere la posibilidad de anticipar un vínculo con un objeto protector que restaure el equilibrio y una vivencia temporal de continuidad, sin brechas que permitan catectizar la esperanza de una representación placentera en el futuro. A lo largo de todo análisis es posible constatar que detrás de cada formación inconsciente, se puede rastrear un hecho real y la pregunta es qué peso darle al lo ambiental (Rozenbaum, 2016).

Desde el punto de vista de García-Badaracco (2008) en la crianza se presenta un “maltrato sin intención” cuando existe una falla en la preocupación por el otro. Si las figuras parentales no son capaces de ejercer adecuadamente las funciones maternas y paternas se producen en forma secreta, o muchas veces aparentemente invisible, dependencias patógenas. Según el autor, Freud tuvo una visión económico-pulsional de lo traumático, ya sea desde el afuera o desde el adentro, la excitación del evento que resulta un trauma, sobrepasa el nivel tolerado por el psiquismo para poder traducirlo y simbolizarlo. Al exceder el umbral psíquico se instaura la vivencia traumática y queda fijado en la compulsión a la repetición. Con relación a los vínculos padres e hijos, se requiere un ambiente de interdependencia recíproca, en condiciones que permitan el enriquecimiento curativo de sucesos que pueden resultar traumáticos, a partir de la generación de recursos yóicos genuinos.

La destructividad originaria de la ambivalencia pre-conceptiva, ha sido excluida de la teoría psicoanalítica debido a la dificultad que implica el trabajo con la pulsión de muerte, la agresión y la inclusión del mundo real (Féder, 1980). Sin embargo, el psicoanálisis se fundamenta en las bases de la inclusión

y la integración, de no ser así, queda limitada la teoría al no incluir lo fundante de la violencia, la agresión, la pulsión de muerte y la manera en cómo se transmite transgeneracionalmente la patología.

3. 12 La pulsión de muerte y su relación con los impulsos filicidas inconscientes

Laplanche y Pontalis (1968) (citados en Vives, 2014, p. 15) definen la *pulsión de muerte* señalando que, dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, se designa una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida. y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo el estado inorgánico. Inicialmente, las pulsiones de muerte se dirigen hacia adentro y tienden a la autodestrucción, posteriormente, se dirigen al exterior y se manifiestan en forma de pulsión agresiva o destructiva.

En 1920, Freud revierte la manera en la que definió anteriormente la teoría pulsional (Vives, 2014). Primero, planteó una dualidad: instintos sexuales/instintos del yo y posteriormente, señaló un nuevo par de pulsiones: pulsiones de vida/pulsiones de muerte. Según Vives (2014), este cambio se debió posiblemente a reflexiones de Freud plasmadas en su obra “Introducción al narcisismo” (1914b). En esta obra Freud se da cuenta que los instintos sexuales como los del yo, operan con la misma fuerza pulsional: la libido. Esta nueva formulación lleva a que en “Más allá del principio de placer” (1920) admitiera como opuesto al aparente monismo instintivo y la existencia de una nueva fuerza: el *instinto de muerte*, el cual se opone a la libido organizada, es decir, el *instinto de vida*. Esta pulsión también trasciende cuando se plantea que no en todos los contenidos oníricos están los impulsos sexuales, ni tampoco en todos se encuentra el problema de la muerte, sino también, coexiste el anhelo a vivir y el miedo a morir (Stekel, 1911/1954, citado en Vives, 2014, p. 16).

Con relación a cómo Freud planteó la relación entre la energía

en los instintos de muerte y su relación con la economía del placer, que deriva de la gratificación y la descarga, Vives (2014) señala que, el placer de la descarga de la pulsión de muerte deriva del goce que el yo experimenta, cuando puede dirigir esta fuente de destrucción a otros del mundo exterior. Se trata de un placer claramente narcisista, sádico y además yóico. Así, el instinto sometido dirigido a los objetos, debe procurar al yo la satisfacción de sus necesidades vitales y el dominio sobre la naturaleza.

La confusión de Freud entre instintos del yo e instintos de muerte, estuvo en entender que es el yo el que goza de la acción, cuando esta se dirige hacia afuera en forma de sadismo y también, quien sufre en forma masoquista, cuando las acciones del superyó así se lo imponen (Vives, 2014). La estructura superyóica y su energía tanática derivan de dos fuentes, por un lado, de la agresión del propio sujeto vuelta hacia sí mismo y depositada en el superyó, y por el otro lado, la agresión originaria de las figuras parentales, luego internalizada en la forma de conciencia moral.

De acuerdo con Vives (2014), la única posibilidad que tiene el psiquismo para lidiar con las pulsiones destructivas es mediante la neutralización con energía libidinal y es la equidistancia entre lo que une y lo que separa, lo que hace el balance que permite la vitalidad. "Es el espacio intermedio entre ambos grupos de fuerzas en una equidistancia entre polos positivo y negativo, entre fuerzas *Eros* y *Tánatos*, donde puede darse el fenómeno de la vida" (Vives, 2014, pág. 382). Un vínculo sin engolfamiento, y sin separación de la desligadura, propicia la libertad y la autonomía, equilibrada por sus fuerzas gemelas antagónicas que no engolfan, ni dejan perecer en la soledad de una lejanía estéril. A partir de la teoría de Winnicott, la vida se da en el espacio intermedio que surge entre ambas fuerzas pero, sin ceder a ninguna de ellas.

Acerca de la pulsión de muerte, entendida como una pulsión que no requiere superarse o abolirse, sino que forma parte de la vida y requiere encontrar un espacio de equilibrio, Zizek (2001) señala lo siguiente:

Tomemos la noción freudiana de la "pulsión de muerte". Hemos de abstraer por supuesto el biologismo de Freud: "pulsión de muerte" no es un hecho biológico, sino una noción que indica que el aparato psíquico

humano está subordinado a un automatismo de repetición ciego más allá de la búsqueda del placer, de la auto conservación, de la conformidad del hombre con su medio. El hombre es —Hegel *dixit*— “un animal enfermo de muerte”, un animal extorsionado por un insaciable parásito (razón, *logos*, lenguaje). Según esta perspectiva, la “pulsión de muerte”, esta dimensión de radical negatividad, no puede ser reducida a una expresión de las condiciones sociales enajenadas, sino que define la *condition humaine* en cuanto tal. No hay solución ni escape, lo que hay que hacer no es «superarla», «abolirla», sino llegar a un acuerdo con ello, aprender a reconocerla en su dimensión aterradora y después, con base en este reconocimiento fundamental, tratar de articular un *modus vivendi* con ello. Toda “cultura” es en cierto modo una formación-reacción, un intento de limitar, de canalizar, de cultivar este desequilibrio, este núcleo traumático, este antagonismo radical por medio del cual el hombre corta su cordón umbilical con la naturaleza, con la homeostasis animal. No es sólo que la meta ya no consista en abolir este antagonismo pulsional, sino que la aspiración de abolirlo es precisamente la fuente de la tentación totalitaria. Los mayores asesinatos de masas y holocaustos siempre han sido perpetrados en nombre del hombre como ser armónico, de un hombre nuevo sin tensión antagónica (p. 17).

Por otro lado, Féder (1980) señaló que estamos viviendo una crisis de civilización donde el “yo” devendrá en el “ello” y por ello, es necesario que los psicoanalistas reconozcamos la importancia de la realidad externa y la incluyamos en nuestro trabajo clínico. Existe una dificultad en la teoría psicoanalítica para adentrarse a estudiar los orígenes de la pulsión de muerte y verlos como aquello que se transmite de generación en generación, si no se logra modular en las relaciones. En palabras de Féder (1980): “La prevención radica en lograr trabajar con los infantes en revertir la carga filicida para que predomine la filial” (pág. 7).

Con relación a la crianza donde predomine lo filial, Van Haute y Geyskens (2007) hacen una revisión psicoanalítica, desde la pulsión de muerte hasta la teoría del apego, y mencionan que el desarrollo principalmente se ve alterado por factores externos, tales como la negligencia y el abuso. El bebé se encuentra en completa indefensión y total dependencia de los cuidados o negligencias de su cuidador primario, las carencias de esos estados del desarrollo dejan huellas de estrés postraumático y el niño aprende a

entender la ausencia de la madre como sinónimo de catástrofe. Los autores realizan una revisión del concepto de instinto de muerte en Freud, en el cual se indica que la primera experiencia de la pulsión de muerte es la de indefensión que vive el infante en los primeros momentos de su desarrollo, y en el futuro se traduce en prácticas autodestructivas y en agresión a objetos del mundo externo. Así la agresión se define por estos autores como, la autodestrucción expresada en el afuera, para sobrevivir de las catexias de la pulsión de muerte con libido. Lo mismo sucede con el masoquismo moral, que es la repetición de las prohibiciones parentales de la expresión de la pulsión, repetida como necesidad de castigo.

La pulsión de muerte, entonces, puede comprenderse como la repetición compulsiva de los traumas infantiles en función de la auto conservación. Hermann (1933, citado en Van Haute & Geyskens, 2007, p.42) en este mismo sentido, planteó cómo las actitudes autodestructivas son un intento de separación de la madre, y con ello aportó la comprensión terapéutica de dichas actitudes. En otras palabras, la agresión es algo analizable con el entendimiento de que es una expresión de la carencia con la madre.

3. 13 La pulsión de vida y el amor primario ante los impulsos filicidas inconscientes

Peskin (2017) plantea que el superyó no solo está conformado por los introyectos de las prohibiciones parentales y las demandas culturales, sino también de las huella de sentirse amado, protegido y cuidado que se imprimen en el psiquismo. La agresión pulsional se contrarresta con el sentimiento de amor del primer objeto que ofreció los cuidados primarios al infante. La experiencia de haberse sentido verdaderamente amado es la que protege al

individuo, de los sentimientos de culpa punitiva y los auto reproches (Peskin, 2017). El sujeto también tiene sentimientos de culpa de vida que provienen del sentimiento de obligación a velar por la vida, la culpa que indica que hay algo más que se puede hacer, –una culpa creativa, que humaniza y vela por la civilización –, y no solo una culpa de pulsión de muerte. A partir de lo que señala Peskin (2017) la culpa también puede ser creativa si se le entiende en su parte humanizante y no solo en su parte auto destructiva, perpetuar la falta de reconocimiento del otro es deshumanizante.

Peskin (2017) afirma que un superyó que no está basado en *Eros* es poco confiable para contener la agresión, ya que para lidiar con la agresión, se necesita reprimirla, lo que significa que se excluye a *Eros* y al igual que *Tánatos* queda reprimido. Esto opera de la misma manera que el sometimiento que hacen los niños de su agresión por el miedo a perder el amor de los padres (Peskin, 2012). El verdadero amor es el que no necesita que el otro sea de alguna manera para ser amado, y este sentimiento de ser amado, a pesar de cualquier cosa, es lo que deja el sentimiento de no ser malo y permite sentir la agresión, al igual que la vitalidad, sin el temor a destruir al otro o dejar de ser amado.

Ross (2015) en su escrito “La psicología del amor” señala que, las teorías del desarrollo y las relaciones de objeto han sido cuestionadas a la luz de la teoría de las pulsiones. Esta autora coincide con Green (1999) y Fonagy (2002) en que actualmente existe menos interés en las teorías psicosexuales y las pulsiones, ya que hay más interés y popularidad en las teorías de las relaciones de objeto. Hoy en día, con las teorías de las relaciones de objeto es que podemos pensar psicoanalíticamente en el papel del amor y la libido para hacer frente a la destructividad de la pulsión de muerte.

Existe una necesidad del infante por sentirse amado, y esta necesidad lo acompaña el resto de la vida, y constituye la huella de una felicidad familiar y conocida, que lo lleva a buscar objetos en el afuera, para revivir esa misma sensación de amor (Ross, 2105). Por lo tanto, la búsqueda de amor de objeto siempre es un rencuentro. Desde el punto de vista del yo, el amor o la

capacidad de amar, significa el triunfo de las funciones integrativas sobre las necesidades de separar y hacer conflicto que corresponden al ello, reviviendo así, los objetos de amor de la infancia. Tenemos los seres humanos la necesidad de amar para seguir viviendo, donde “*Tánatos* es muda” pero “*Eros* es ciega” (Ross, 2015).

De acuerdo con Bergman (1988) el verdadero amor es cuando la consideración por el otro es tal, que la propia satisfacción personal es imposible sin la satisfacción del otro. De acuerdo con la autora, no pueden existir relaciones significativas de amor, sin la presencia de un *self* que tenga firmes fronteras para producir el sentimiento genuino de *ser*. Con relación a ser padres, esto se relaciona con la capacidad de amar y la preocupación genuina por el bienestar del otro, donde la libido se encuentra disponible para la crianza y la parentalidad. La manera en que los padres también fueron pensados y amados por sus propios padres es entonces también un asunto del origen de la preocupación por el otro, ya que la huella psíquica que dejó la relación con el primer objeto de amor determinará esta característica que se podrá o no expresar en la crianza. En acuerdo con lo anterior, Bergman (1988) menciona que lo ideal sería ser padre cuando se ha alcanzado la madurez psíquica que permita la integración de las pulsiones para amar al otro, desde los parámetros de preocupación genuina por el otro y su bienestar. Pero en la realidad, esto sucede muy poco, la constante es que los padres son padres a pesar de su patología y se construyen a medida que va creciendo el hijo. Es decir, la parentalidad nunca transita en el ámbito de lo ideal. La integración de impulsos sexuales, sensuales y tiernos forman parte de la construcción de la parentalidad y la idea es que predomine la vida en el psiquismo de los padres. Ser padre pone en primer plano, la manera particular de amar de los propios padres que se repetirá en el amor al hijo, y en la particular manera que tienen de amar y pensar en el otro, lo que dejará una huella inevitable en el psiquismo del hijo.

El infante se construye, como ya se mencionó en gran parte con relación al deseo que tienen sus padres sobre su nacimiento y además de la inevitable huella que dejan los padres con su funcionamiento psiquismo, conflictos

inconscientes, transgeneracionales, demandas superyóicas y pulsionales, todo ello en un interjuego a través del funcionamiento yóico que demanda la crianza de un hijo (Bergman, 1988). Es así como este *handling* y *holding*, en términos de Winnicott representa todo un bagaje transcultural, transgeneracional, intrapsíquico, intersubjetivo y transubjetivo particular. La comprensión de lo anterior, es sin duda de gran relevancia para la comprensión psicoanalítica y la intervención en tratamientos de intervención temprana dirigidos a la prevención de la salud mental.

Con relación al amor parental, Arieti (1981) señala que este siempre empieza con falta. Los padres responden a la necesidad de cuidado de los hijos y a diferencia que otras especie, la necesidad de los humanos de dependencia, amor y cuidados se prolonga más tiempo. En los animales existe una necesidad de cuidados físicos, pero en los humanos se posee la ecuación dualista de cuerpo y espíritu, donde entra el amor, lo amoroso, lo humano y lo trascendental en escena. El humano necesita mucho más amor para crecer que otras especies, si estamos instintivamente programados sexualmente para la reproducción de la especie, en el mismo nivel el amor cumple la función de preservar al hombre (Arieti, 1981). Es decir, lo sexual corresponde a la procreación y lo amoroso a la preservación de la vida; es tan cierto este hecho que cualquier ser humano desea preservar su objeto de amor ya sea hijo, padre, amigo, compañero. Si bien, lo sexual se origina en los órganos sexuales, a nivel corporal se experimenta en el cerebro, tanto lo sexual como el amor se procesan en el sistema límbico; sin embargo, el sentimiento de amor es más que solo placer y es un sentimiento más sofisticado. El amor es una de las experiencias humanas más intensas, consciencia que nos diferencia del mundo inanimado y de otras especies. Además cumple la función de vincularnos, pues nos empuja a relacionarnos, –la persona que ama nunca esta sola–. Arieti (1981) plantea que el amor que uno recibe de pequeño por la generosidad de los padres, es un regalo que se disfruta en libertad y así cada ser humano es el arquitecto de su propio amor. El acto de amar aumenta el valor del amor del objeto, y al mismo tiempo hace que el amor crezca. El amor es una elección

que se sustenta por la razón y que debe contener elementos de creatividad. Para Arieti (1981), el amor humano es como una fuerza intensa de anti-entropía, donde el ser humano juega un papel importante en los resultados.

3. 14 La integración de la pulsión de vida y de muerte

Freud (1930) en “El malestar en la cultura” señala que lo más antinatural es pedirle al ser humano que ame a su prójimo como a sí mismo, se trata de un mandato tipo placebo para sentirse superior so pena de no atreverse a ver la propia agresión y la del otro. En otras palabras, significa que existe una negación de la agresión propia de la naturaleza humana debido a la visión humanista e idealista del mundo. Para Freud (1930, p. 106) resulta más verdadero decir: “Ama a tu prójimo como tu prójimo te ama a ti”, añade que para la fortaleza del ser humano, no son recomendables las técnicas orientales donde se promueve la práctica del yoga:

Así como satisfacción pulsional equivale a dicha, así también es causa de grave sufrimiento cuando el mundo exterior nos deja en la indigencia, cuando nos rehúsa la saciedad de nuestras necesidades. Por tanto, interviniendo sobre estas mociones pulsionales uno puede esperar liberarse de una parte del sufrimiento. Este modo de defensa frente al padecer ya no ingiere en el aparato de la sensación; busca enseñorearse de las fuentes internas de las necesidades. De manera extrema, es lo que ocurre cuando se matan las pulsiones, como enseña la sabiduría oriental y lo practica el yoga. Si se lo consigue, entonces se ha resignado toda otra actividad (se ha sacrificado la vida), para recuperar, por otro camino, sólo la dicha del sosiego. Con metas más moderadas, es la misma vía que se sigue cuando uno se limita a proponerse el gobierno sobre la propia vida pulsional” (Freud, 1930, pp. 78-79).

Los seres humanos de origen no somos seres bondadosos y amables, sino seres violentos, competitivos y agresivos por naturaleza. Las pulsiones son más fuertes que lo racional. Por lo que, de acuerdo con Freud (1930) la cultura es la que debe poner límites a estas actitudes primitivas violentas

universales del ser humano. La única manera de vivir en una vida comunitaria es la renuncia de las pulsiones, pero no desde un sofocamiento, sino desde el reconocimiento de poseer agresión, así como de empoderarse de esta para no actuarla y también mediante encontrar un equilibrio entre las demandas individuales y las exigencias culturales de las masas (Freud, 1930). En términos de Freud (1930), esto es, mudar la pulsión en una pulsión de meta inhibida.

El ser humano es diferente y no existe una igualdad en cuanto a capacidades, recursos y realidad, lo que siempre despierta la competencia y la rivalidad propia del hombre. Es por ello, que Freud (1930) no estuvo de acuerdo con la postura comunista, la cual plantea que el ser humano es bueno por naturaleza y es la propiedad privada la que corrompe su naturaleza bondadosa.

De acuerdo con Freud (1930), se requiere de madurez para escuchar, aceptar y tolerar que el hombre tiene una inclinación propia hacia el mal, hacia la agresión, destrucción y crueldad.

Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado (Freud, 1930, p. 140).

Los sentimientos de culpa y la consciencia moral surgen por la interacción del ello y el superyó, esta última instancia deviene de lo que transmiten los padres, pero nada tiene que ver con cómo fueron los padres en la manera en que se constituye: “La experiencia enseña que la severidad del superyó desarrollada por el niño en modo alguno espejea la severidad del trato que ha experimentado” (Freud, 1930, p. 126).

A partir de lo que señala Freud (1930), el sentimiento de culpa deviene a partir de que el hijo no pudo dominar sus impulsos, entonces en la fantasía mató al padre y después tuvo que hacer frente a la culpa. Es decir, la culpa es un resultado de la originaria ambivalencia del hijo hacia el padre, y es una ambivalencia entre vida y muerte. A partir de esta ambivalencia deviene la instancia moral, la culpa, la necesidad de castigo y la severidad del superyó. Cuando lo pulsional no puede ser transmutado del todo se expresa en patología

por la culpa inmanejable que deviene de sentir la amenaza de la destructividad pulsional. Lo complicado viene en cuanto a la vida en comunidad, “el superyó de la cultura” que se traduce en “angustia de la conciencia moral”.

¡Qué poderosa debe de ser la agresión como obstáculo de la cultura si la defensa contra ella puede volverlo a uno tan desgraciado como la agresión misma! La ética llamada «natural» no tiene nada para ofrecer aquí, como no sea la satisfacción narcisista de tener derecho a considerarse mejor que los demás (Freud, 1930, p. 138).

De acuerdo con Peskin (2017) cuando Freud reorganizó la teoría de las pulsiones en 1920, excluyó a *Eros* para conceptualizar el superyó y cree que se debió a que estaba más enfocado en pensar acerca de la sobrevivencia de la especie. Para el autor esto pone en manifiesto una visión pesimista de la vida, pues se enfoca en la agresión y la pulsión de muerte, y quedan indiferenciadas la pulsión sexual de la agresiva, donde la modulación de lo sexual fortalece las funciones yóicas y la agresión es reprimida por el superyó. Es decir, se acentúa lo que pasa en quien agrede, pero no en quien recibe la agresión. El vínculo y las relaciones con los padres en la crianza, tienen injerencia en modular la agresión y el sadismo de la infancia, lo cual no está considerado en lo que plantea Freud (1930).

Si bien, Freud en 1930, planteó que toda aspiración al bien es una imposición que causa culpa, producto de la idealización de la bondad humana, no proporcionó una comprensión de cómo lidiar con la agresión y la violencia. De acuerdo con Peskin (2017) esta visión de Freud (1930) es resultado de la época pre-guerra de la Alemania nazi que él estaba viviendo y del entorno cultural positivista de perfección. Aún cuando Freud (1930) termina su escrito “El malestar en la cultura” diciendo que es una lucha entre “*Tánatos*” y “*Eros*”, en realidad Freud desarrolla en mayor medida la comprensión de “*Tánatos*” a lo largo de toda su teoría psicoanalítica, pero a “*Eros*” lo da por hecho, algo que esta ahí de manera incondicional. Esto es más evidente cuando refiere que la culpa se deriva de sentimientos autodestructivos, es aquí donde Peskin (2017) señala que, para desarrollar una teoría de la técnica en tratamientos de patologías relacionadas con la deshumanización, se requiere articular y

empoderar a *Eros*, algo que Freud por las circunstancias particulares de su época, no abordó (Peskin, 2017).

En respuesta a este punto ciego en la teoría freudiana, Peskin (2017) aporta que también existen sentimientos de culpa de vida, que van hacia lo humano y se dirigen a cumplir con un deber que promueve vitalidad. Así como existe “la culpa de muerte y de civilización”, que es la que desarrolla Freud ampliamente, también existe “la culpa de vida y de humanización” que es la que Peskin propone a partir de su experiencia con pacientes del trauma (sobrevivientes del holocausto). El tratamiento de estos pacientes mediante la teoría clásica del psicoanálisis promovía el silencio y la culpa auto-punitiva, y no hacia más que hacerlos sentir más culpables con los sentimientos traumáticos de las vivencias de guerra (Peskin, 2017). Por lo tanto, se presentó el reto de continuar con la comprensión de lo traumático y lo ambiental en la comprensión psicoanalítica y la técnica. Con el objetivo de ayudar a los pacientes a superar la disociación, que surge de tener que seguir viviendo después de un evento traumático, Peskin (2017) encontró que es necesario la presencia de un *testigo terapéutico* que valide el sufrimiento real experimentado, y acompaña al otro a darse permiso de reconectarse con la vida.

De acuerdo con Peskin (2017) al confrontar la realidad con lo que porta el ideal del yo, surge una *culpa de vida* que invita a tolerar el sufrimiento y trasciende más que una culpa de castigo que lleva a pensar que no hay nada que hacer para remediar algo, se trata de una culpa de muerte. En la culpa de vida se presenta una culpa del deber, que invita a validarla, poner en práctica algo para adelante, un imperativo hacia lo humano, es decir, se permite al sujeto darse el permiso de ser humano, –humanizarse–. La neutralidad terapéutica tiene la función de apuntar a recuperar la realidad psíquica y el testigo terapéutico va en función de recuperar la realidad social y el derecho de vivir en ella, y con ello se promueve la humanización (Peskin, 2017). El testigo terapéutico que Peskin (2017) propone tiene la función de mirar, validar y otórgale escucha y voz a aquello que ha quedado silenciado por la pulsión de muerte. Eso es así, ya que como se menciono, la fuerza del instinto de muerte

solo puede ser contrarrestada por la pulsión de vida, y requiere de otro ser vivo que la vea y vitalice.

Para Peskin (2017) es fundamental que la pulsión de vida esté presente en los tratamientos psicoanalíticos, ser un testigo de la pulsión de muerte permite que la pulsión pierda su fuerza de operar en lo silencioso y desinvertido, mientras que la no mirada y la no escucha la fortalece. En la misma línea Alizalde (2002), plantea un psicoanálisis no solo por “*via de levare*” sino también “*por via de porre*”, señala que es necesario incluir lo vital, que le de permiso al otro de vivir conectado con lo humano. Este cambio de paradigma es relevante en este trabajo de investigación, ya que si existe un evento determinante que pone a prueba la ambivalencia, la capacidad de integrar la agresión y el amor, en función de considerar al otro, es la crianza de los hijos. Por lo tanto, sobre cómo hacer frente a la agresión, lo amoroso y vital para contener lo destructivo y agresivo es un planteamiento que abre respuestas a la presente investigación.

Si bien, Freud no se enfocó en lo vital y amoroso por la realidad histórica y social en que vivía, también en el tema de esta tesis podría considerarse la idealización del maternaje, como el contexto histórico y social que silencia los impulsos filicidas inconscientes. A su vez, también se presenta la comprensión unilateral de lo patriarcal como algo poderoso y absoluto y pocas veces con la coexistencia de dos lados: como un padre que impone y exige, pero también como una padre que cuida y ama.

En relación a destacar la parte amorosa en los padres, Peskin (2017) retoma los escritos de Freud “El Moisés de Miguel Ángel” (1914) y “Moisés y la religión monoteísta” (1939) para señalar como se plantea en ellos un patriarca que también piensa en lo suyos y los protege, no solo que exige y obliga a la obediencia. La única manera de inculcar lo ético, nos dice el autor es mediante la relación en la que se pueda identificar el verdadero amor y el cuidado por el otro, es mediante el sentimiento de haber sido cuidado, mirado y apreciado que uno aprende a valorar y darle su condición al otro como humano de la misma manera que le fue dado a uno.

En acuerdo con Peskin (2017), Arieti (1981) menciona el lado positivo que tiene la culpa, en cuanto a que representa lo humano dentro de nosotros, la posibilidad de sentir arrepentimiento y de actuar en función de mejorar. Deshacerse de la culpa de una manera conductista es lo más deshumanizado que se puede hacer, ya que nos desconecta de sentir. La culpa tiene la función de ayudarnos a sentir y tomar consciencia por un bien mejor, se trata de contactar la culpa de vida para humanizarnos y no solo la culpa de castigo, autodestructividad o de muerte.

3. 15 Modelo modular transformacional

El modelo modular transformacional que propone el Dr. Hugo Bleichmar (1999) es importante para la presente investigación, ya que apoya los constructos planteados en los anteriores capítulos y aporta conocimientos a la comprensión de la psicopatología de una manera compleja.

E. Dio Bleichmar (2005) en su libro *Psicoterapia de la relación padres e hijos* pregunta ¿para cuál de los sistemas motivacionales del hijo es la madre suficientemente buena y empática? y lo mismo para el padre ¿para cuál de los sistemas motivacionales del hijo es el padre suficientemente bueno?, además se cuestiona si ¿se complementan? o ¿se sustituyen? Para responder estas preguntas es necesario observar las particularidades en cada relación desde los distintos niveles de los sistemas motivacionales, y estos sistemas, a su vez, permiten una mejor comprensión de las múltiples variables que están presentes en la crianza de un hijo. Para entender los sistemas complejos del funcionamiento psíquico con relación a las pulsiones, el psicoanalista Hugo Bleichmar (1999) plantea un modelo modular de comprensión del psiquismo, el cual permite entender en lo particular y subjetivo al paciente y a su patología. Como punto de partida se contempla que el inconsciente no es lineal y lo contradictorio que resulta interpretar con lógica aquello que no lo tiene. Con relación a la comprensión nosológica que hemos construido para comprender la

patología, darle orden a lo que no lo tiene para tener certeza interna, no permite un discernimiento de lo diverso y único de cada paciente. Aunado a que el inconsciente no es solo cumplimiento de deseos y principio de placer, o pensar que todo se resume al sepultamiento del Edipo y la conformación del superyó, es importante entender las múltiples maneras que tiene de existir el inconsciente (Bleichmar, H., 1999).

H. Bleichmar (1999) propone un modelo que se construye y unifica, e incluye la comprensión de los sistemas motivacionales, los afectos, las pulsiones, los deseos, la búsqueda de placer, la angustia y el tipo de defensas que de manera particular utiliza cada paciente. El modelo es un intento por comprender sistemas complejos de funcionamiento y se trata de una comprensión modular no homogénea, ya que el autor propone que todo lo homogéneo es excluyente. A continuación se exponen los sistemas motivaciones que plantea H. Bleichmar (2005):

1. *Sistema Sensual-Sexual*: está vinculado con el placer erótico y los múltiples matices de la sexualidad, de la psicosexualidad derivando en la genitalidad adulta. Este sistema sigue los desarrollos de la psicosexualidad a la manera de lo que fuera planteado por Freud y por muchos desarrollos post-freudianos.

2. *Sistema del Narcisismo*: tiene cierto grado de autonomía y no sólo depende del desarrollo psicosexual, aunque permanentemente articulado y conectado con éste.

3. *Sistema de apego*: está conectado con la necesidad vincular del sujeto con el otro, propuesta por Bowlby pero, desde una nueva perspectiva en la que enfatiza la temática de la intimidad construida en el encuentro con el otro. Este módulo supone necesidades relacionales que interactúan permanentemente con los otros módulos pudiendo influenciarlos y ser influenciado por ellos.

4. *Módulos de auto y hetero conservación*: están vinculados con las necesidades de seguridad del sujeto, y de proteger al otro (hetero conservación). Estas necesidades no son sólo de orden causal-biológico sino también, como en todas las otras perspectivas, están influenciadas por los otros

significativos y su aporte al sujeto, y también la búsqueda del sujeto de sus propios aportes hacia los otros.

5. *Sistema de la regulación psicobiológica*: este módulo está vinculado, también con situaciones de equilibrio emocional, de regulación de la ansiedad, del nivel de activación neurovegetativa. Es un sistema relacionado con todos los otros y permanentemente determinado e influido por la relación entre el sujeto y sus personajes significativos, así como por los múltiples procesos identificatorios que marcan desde esa perspectiva la estructura interna, la configuración de esos módulos, y por lo tanto la modalidad de funcionamiento del inconsciente y su influencia sobre la conducta, los vínculos, los recursos y las múltiples experiencias existenciales.

Uno de los objetivos de la reformulación de Bleichmar ha sido lograr una estructura conceptual que dé cuenta de la complejidad del inconsciente y de la problemática, también compleja, que la clínica y la psicopatología psicoanalítica enfrentan en los tiempos actuales.

Hoy en día para entender la psicopatología tenemos que incluir lo multicomplejo donde están siempre presente variables simultáneas que sobreponen entre sí. Así que la mirada de los impulsos filicidas inconscientes, tendrá siempre que incluir una visión multívoca de la comprensión del origen de las interacciones y el funcionamiento siempre complejo y no lineal del psiquismo.

Capítulo 4. Viñetas clínicas

A continuación se presentan once viñetas de casos clínicos que recibieron tratamiento en consulta privada. Esto fueron elegidos de entre otros porque son ilustrativos en relación a que contienen expresiones de impulsos filicidas inconscientes de una manera clara. Cada viñeta utiliza nombres ficticios con el objetivo de proteger la privacidad y confidencialidad de los padres e hijos, asimismo, algunos datos han sido omitidos o modificados con el mismo fin.

Las viñetas se agruparon basándose en temas que compartían respecto a manifestaciones inconsciente de los impulsos filicidas y el marco teórico se utilizó como referencia para titularlas. Después de cada viñeta se incluye un análisis a manera de comentario que busca exponer las huellas de violencia que los padres pueden dejar de manera inconsciente en el psiquismo de los hijos. Los comentarios toman como punto de partida que, si bien, todas las relaciones entre padres e hijos tienen un monto de destructividad así como de vitalidad, es importante identificar aquellas dinámicas donde se encuentra desequilibrada la ambivalencia de la parentalidad. En cada relato se podrá observar que cuando está presente un mayor predominio de las cargas agresivas, donde las pulsiones destructivas aparecen de manera autónoma, sin la modulación de la libido, se aumenta potencialmente el riesgo de que a lo largo del desarrollo, las agresiones se consoliden como demandas instauradas en el superyó del infante, imposiciones con las que el hijo o hija quizá tenga que lidiar para defenderse de la psicopatología el resto de su vida.

*Viñetas omitidas en publicación digital,
con fines de protección de la confidencialidad de la
información.*

Capítulo 5. Discusión y Conclusiones

Esta tesis doctoral se encaminó a responder, si aquello destructivo de los padres, de lo que son depositarios los infantes, tiene su origen en lo pulsional y si es, universal e inato o estamos frente aquello de lo deslibidinizado de la pulsión que se transmite de generación en generación.

En las viñetas presentadas se pudieron analizar diferentes dinámicas donde se expresan de distintas maneras los impulsos filicidas inconscientes de los padres. Como se revisó en el marco teórico y se pudo corroborar en las viñetas, en algunos casos los hijos tienen que hacer ajustes psíquicos frente a las proyecciones de sus padres, debido a que los padres tienden a desechar en el encuentro para vincularse con sus hijos, todo lo que les resulta de sí mismos intolerable. Este monto de destructividad recibida por los hijos se instaura en las diferentes generaciones entre padres e hijos, de tal manera que, la pulsión de muerte, lo desvinculado y lo destructivo, no logra encontrar un lugar para ser pensado-sentido y se manifiesta en síntomas.

Las viñetas ilustran que en ocasiones los progenitores se enfrentan al sentimiento de que su parentalización no corresponde a los contenidos de su ideal del yo, es decir, cómo piensan que deberían ser, deben poder ser como padres, lo que rigidiza la severidad del superyó y como consecuencia, los pone en contacto con su propia agresión la cual los paraliza, la proyectan en sus infantes y en ocasiones los lleva a actuarla hacia sus hijos. Asimismo, vemos que algunos padres no aprendieron a modular y regular sus afectos, por lo cual la crianza de sus infantes los pone en contacto con esa propia incapacidad. Los padres así reviven lo más amenazante del desvalimiento psíquico, y entonces, de acuerdo con lo teoría instintiva de Freud, ante la amenaza aparece el mecanismo de ataque o fuga, que en los padres se manifiesta como actuaciones con contenido violento que dirigen hacia sus pequeños. El análisis de las viñetas da cuenta que en gran medida, el origen de dicha violencia reside en el tipo de relación que estos padres establecieron con sus propios

cuidadores primarios, donde generalmente también existieron las mismas fallas.

Otra dinámica que se pudo observar en las viñetas anteriores es la que tiene que ver con la dificultad de reconocer y tolerar la otredad, la diferencia, lo subjetivo y lo ajeno, lo que se manifiesta en constantes actitudes de continuo rechazo y negligencia, o de exceso de control hacia el hijo como una manera de enfrentar lo amenazante que resulta para el psiquismo de los padres la otredad, y la capacidad de tolerar la existencia de un otro al que hay que cuidar y permitir su subjetividad. Se observó que en estos casos suele estar presente una repetición transgeneracional, donde estos padres también son producto de la no mirada y no reconocimiento de sus propios progenitores, como sujetos deseantes y diferentes. Al no haber construido una subjetividad propia, los padres se invaden de miedo, lo que los desensibiliza para sintonizarse con las necesidades de sus infantes; en estos casos al enfrentarse con las dificultades propias de la crianza se expresa una incapacidad para acompañar a su hijo en un proceso de diferenciación y reconocimiento de su otredad.

La frase “los otros en nosotros” que menciona García-Badaracco (2008), abre a la comprensión con relación a lo filicida desde lo pulsional y las relaciones de objeto. Desde esta frase, resulta inevitable pensar que lo ajeno o diferente necesariamente nos funda y que es el grado de ajenidad en nosotros mismos lo que se traduce en patología. Parece ser que lo fundante del psiquismo es la construcción del yo nutrido de un ello que es siempre tramitado por un otro que que libidiniza y vitaliza.

Por otro lado, se constató la relevancia del concepto de *deseo de hijo*, como lo señalan Féder (1980); Alkolombre (2012); entre otros autores, que pone en escena el deseo, lo pulsional que otorga existencia a ese otro y, determina, la manera particular en que es mirado y validado por ese otro, de quien depende para admitir su existencia como un “ser deseante”. Cuando se tienen hijos como el resultado de un deseo genuino de dar vida a otro ser y a quien se le puede acompañar en su desarrollo individual, difiere del deseo de hijo, como producto del deseo de cumplir una imposición social. En estos últimos casos, como el deseo no es el hijo en sí, existe un monto de violencia

que asusta, y, por lo tanto, se reprime y con ello también se contiene el amor que podría hacer frente a la agresión. En síntesis, la madurez psíquica para permitir que un otro exista fuera de uno mismo, también parte de un auténtico deseo de tener un hijo.

Asimismo, el análisis de las viñetas señala que los impulsos filicidas inconscientes de los padres son conflictos intrapsíquicos no resueltos activados por la propia parentalidad, y se pueden corroborar con los planteamientos teóricos acerca de la parentalidad y la crianza, los cuales ofrecieron una mirada sobre la pulsión de muerte y la destructividad que apunta a comprenderlos desde lo que no ha sido libidinizado, y mirado, y desde lo que se mantiene desligado y silencioso. Por lo tanto, al parecer los impulsos filicidas que emergen en los padres no parecen ser necesariamente de origen instintivo. La pulsión de muerte, desde Freud, sin duda, está presente en la búsqueda de un estado sin tensión, pero también, está en el abuso del poder, de repetir en activo lo que se vivió en pasivo, que son aquellos casos más asociados a la perversión, como lo señaló Welldon (2011).

Parece ser, que la responsabilidad de cuidar de otro y no estar a la altura de las exigencias del ideal del yo, lleva a que los padres se paralicen, asusten, tengan actos u omisiones violentas, y en casos más desafortunados y patológicos, dañen a sus hijos. Por otro lado, las actuaciones filicidas de los padres también señalan que la parentalidad requiere de poder reconocer, mirar, nombrar y simbolizar la destructividad que está siempre presente en el encuentro con el otro y que frecuentemente, proviene de experiencias con los vínculos primarios que se reactivan, donde la destructividad solo encuentra salida si uno de los dos la puede pensar, simbolizar y comprenderla sin actuarla, de aquí la trascendencia del quehacer psicoanalítico en la clínica.

A diferencia de la visión psicoanalítica clásica freudiana acerca del psiquismo, donde éste tiene su origen en lo interno y inter subjetivo, lo revisado en este trabajo advierte sobre el efecto real de lo traumático y la carencia que proviene de lo ambiental. Al respecto, Alkolombre (2012), García-Badaracco (2008), Peskin (2017) y Rotemberg (2016), entre otros, señalan que en la

actualidad lo ambiental, trans-subjetivo y cultural de la interacción, debe ser relevante en cuanto que indica la necesidad de modular la violencia que ataca al mundo interno. A lo largo de este trabajo, se abordó desde distintas perspectivas teóricas, la comprensión de cómo se conforma el aparato psíquico del bebé, a partir de la interacción con sus cuidadores primarios, tomando en consideración como se conjuga lo pulsional con lo ambiental y las pautas de apego en los cuidadores primarios. Esto permite plantear que, en definitiva, son sumatorias de interacciones concordantes o no concordantes entre padres e hijos, lo que deja huella de lo que va conformando el psiquismo por el resto de la vida y que lo ambiental tiene un papel notablemente significativo en el desarrollo.

El tema del impuso filicida inconsciente desde las relaciones de objeto, también puede entenderse como el abuso del poder que promueve un sistema patriarcal donde se necesita someter al más débil para tener el control (Romano, E., 2008). Los padres e hijos por naturaleza conforman un vínculo asimétrico a través del cual el ejercicio del poder y sometimiento fácilmente puede presentarse. Esto tiene que ver con lo planteado por Welldon (2012), donde lo filicida no siempre responde al deseo de muerte del hijo, sino a la satisfacción que produce el sometimiento del otro.

Es incuestionable el interjuego de pulsión de vida y pulsión de muerte siempre presente en lo humano, y como se ilustró en las viñetas clínicas, también está presente en la crianza, con sus infinitas versiones particulares, expresiones ya sea, mayormente cargadas por la pulsión de muerte o por la pulsión de vida, tal como lo plantean en relación a la ambivalencia Féder (1980) y Vives (2013). Por tal motivo, si buscamos disminuir la violencia en la crianza para prevenir la futura psicopatología es necesario desarrollar más planteamientos con relación a la pulsión de vida, pues de acuerdo con Peskin (2017), existe una tradición psicoanalítica freudiana por abordar más la agresión, la competencia y el dominio, que es lo que demanda la comprensión de la pulsión de muerte. Sin embargo, también como lo indica Peskin (2017), la pulsión de vida tiene una fuerza que requiere de una articulación e intención,

para direccionar y hacer frente a la silenciosa pulsión de muerte que se presenta en el ejercicio de la parentalidad.

A modo de conclusión se puede afirmar que el tema del filicidio es un tema poco reconocido por la literatura psicoanalítica en relación a la gran relevancia que debería tener, debido al impacto que ejerce en la formación del psiquismo y, porque constituye una manera de abordaje clínico de múltiples sintomatologías severas en torno a la deshumanización, siendo que, en nuestro entorno sociocultural abundan los escenarios de violencia y deshumanización que demandan tratamientos donde se apunte a reconectar lo humano y lo sensible.

Es necesario un cambio de sentido en la comprensión clásica que le damos al mito de Edipo, con relación al origen de la violencia y la agresión, ya que, solo se cuestiona la prohibición del parricidio e incesto y aparece como inadvertido los impulsos filicidas que están incluidos en el mito. De igual manera, es importante percatarse de la importancia de la pulsión de vida y protección de los padres de las cuales algunos ensayos y mitos dan cuenta de su existencia en la crianza, como, por ejemplo, “El Moisés de Miguel Ángel” (1914c) de Freud y el relato bíblico del sacrificio de Isaac en el Génesis (22:2).

De acuerdo con lo analizado, se comprobó que la ambivalencia entre los deseos de crianza y cuidado y entre los instintos destructivos de la pulsión de muerte inconsciente, son la mayoría de las veces instaurado transgeneracionalmente. Como se planteó en la segunda hipótesis de trabajo: Los impulsos filicidas inconscientes no tienen un carácter innato, sino más bien, son producto de la rigidez del superyó frente a la demanda de la crianza (Alizalde, 2006; Dio Bleichmar, 2005 y Welldon, 2015). Así la tesis que se origina a partir de este trabajo es que en el ejercicio de la parentalidad, la pulsión siempre tiene una dirección que tiende a la protección y también a la destrucción, lo cual genera que continuamente se encuentren en una balanza. Desde esta perspectiva, las pulsiones agresivas en la crianza, aparecen desde lo no visto, escuchado y simbolizado de la destructividad, más que de algo instintivo. Aunque este punto de vista amplía la mirada de Devereux (1953) y Raskovsky

(1974), entre otros, resulta más evidente que la pulsión toma muchas formas disfraces y caras (Alizalde, 2006).

La parentalidad y la crianza de un hijo, como pudimos corroborar, son la experiencia más determinante en la vida de un individuo, donde se demanda de manera contundente la integración de sus pulsiones agresivas y amorosas. Es decir, el vínculo de los padres-hijos, por definición, siempre es ambivalente. Ser padre/madre también, es la experiencia que pone a prueba la aceptación de la otredad, lo diverso, las limitaciones y de lidiar con la ambivalencia siempre presente. En el ejercicio parental, irremediabilmente los padres se ven enfrentados, con su verdadero tamaño y capacidad psíquica, al poner en práctica el cuidado y la preocupación por otro que depende física y emocionalmente de él. La vivencia de enfrentarse con la responsabilidad del cuidado y protección de un pequeño nos contacta conscientemente e inconscientemente, con nuestra propia destructividad y nos advierte que debemos de protegerlo de nosotros mismos.

La maternidad está rodeada de una idealización socio-cultural lo cual parece ser una negación de odio, agresión o destructividad potencial que opera también en la crianza, además del monto de deseo y amor hacia los hijos. Con frecuencia, se da por hecho que el acto de tener un hijo ya es garantía de querer y poder cuidar de él. Como pudimos ver, existe cada vez más literatura que evidencia, la gran necesidad de apoyo que requieren los padres para ejercer una parentalidad y para prevenir, la actuación de la agresión y la violencia en los pequeños, pues, al parecer es la frustración entre la realidad y las demandas del ideal del yo, lo que con frecuencia origina en los padres sentir agresión hacia sus hijos.

A través de este estudio, se logró dar cuenta de la necesidad que existe por ampliar el conocimiento respecto al papel que juega lo ambiental y la pulsión de vida en el psiquismo, ya que se señaló, son elementos para enfrentar la destructividad de la pulsión de muerte, además que coloca a lo filicida como un fenómeno humano al que no estamos predestinados y sometidos y además, demanda del ámbito social, un apoyo necesario para la crianza; como menciona

el dicho africano: “Se necesita un pueblo para criar a un hijo”.

Otro de los alcances de este estudio es que abre la posibilidad para que futuras investigaciones aborden el tema de la violencia desde lo filicida, pues comparte la pulsión de destructividad puesta en una relación asimétrica, que se implanta en los vínculos, invade al psiquismo y frente a lo cual, se dificulta la defensa del dominado; esto ocurre de igual manera en cualquier relación donde acontece un abuso del poder y donde está presente la perversión. Otra manera de pensar la violencia es desde las carencias, la falta y otra, desde los traumas no resueltos transgeneracionalmente. Desde esta mirada, la violencia familiar no es solo una relación de víctima-victimario, sino que ésta se genera y retroalimenta en un vínculo de interdependencia con carencias y fallas, que promueven situaciones traumáticas y dejan en los infantes identificaciones patógenas. Es una ecuación compleja, así como lo plantea H. Bleichmar (1999) con su propuesta del Modelo Modular transformacional, se trata de una comprensión de las múltiples variables que dan cuenta de la construcción del psiquismo. Como lo plantea Lartigue (2016), esto es, tomar en consideración lo intrapsíquico, lo pulsional, lo intersubjetivo de la relación con el objeto, lo trans-subjetivo que implica lo medio ambiental y lo trans-cultural, así como la particularidad social de cada individuo.

Para finalizar podemos corroborar que para esta tesis doctoral fue relevante analizar cuánto peso tienen las interacciones parentales en los primeros años de vida en la futura psicopatología, y si esta destructividad siempre presente a mayor o menor medida se le puede llamar filicidio inconsciente. Después de revisar las bibliografía y las viñetas de los casos que recopilé en mi consulta privada con pacientes de distintas edades. Las respuestas que encuentro responden a que de alguna manera siempre está presente la ambivalencia propia de la crianza. Quedó claro que nombrar la destructividad de la interacción entre padres e hijos como filicidio inconsciente, responde a la comprensión psicoanalítica clásica, desde el vértice que organiza la teoría desde una mirada falocéntrica patriarcal, que sin duda es un rubro importante, sin embargo, como se pudo constar en esta tesis, actualmente

tenemos más herramientas teóricas en psicoanálisis que nos enriquecen y amplían nuestra comprensión del psiquismo, especialmente con los escritos de psicoanalistas, tales como: Alizade (2006), Solís-Pontón (2006), Glocer-Fiorini (2016), Lartigue (2016), Rotemberg (2016), entre muchos más ya revisados en este trabajo y que desde un enfoque de género, nos ofrecen una escucha amplia y multivoca de las pulsiones.

Desde una lectura por autores clásicos sobre el filicidio inconsciente, como por ejemplo, Devereux (1953) y Rascovsky (1974), el conflicto filicida radica en el temor de que el hijo desplaze al progenitor y de ahí deviene la destructividad, sin embargo, no es algo que en esta tesis se haya encontrado, se reveló que una mujer no quiere ser la mejor madre, sino más bien quiere ser una madre a la altura de sus ideales. Muchas veces en gran medida el deseo de serlo es impuesto socialmente de manera transgeneracional, así como se imponen ideales de perfección e idealización alrededor del maternaje. Así que, la distancia que existe entre lo ideal y lo real de lo que espera cada mujer frente al cuidado de su infante se traduce en el mejor de los casos en culpa, al contactar la violencia y agresión hacia sus pequeños surge el temor a dañarlos. La culpa que pueden llegar a sentir los padres frente a la crianza de sus hijos, corresponde más al deseo de protegerlos, cuidarlos y de darles lo que su ideal del yo les demanda, con relación a los que deberían de proveer a sus hijos. Es decir, los padres se encuentran siempre frente a la frustración que es la distancia entre el ideal del yo y la realidad; la aparición de la culpa y los sentimientos de agresión y hasta violencia se originan en gran medida, por la frustración de no poder dar a los hijos aquello que se desea, en la neurosis paraliza y hasta congela la capacidad de vincularse. Así que, a mayor auto exigencia más sentimientos de persecución aparecen en los padres. Sin dejar de lado los casos con patología severa, donde está presente la perversión y la psicosis; aquí desaparece el niño como tal y aparece la destructividad y la violencia puesta en acto.

Por otro lado, también encontramos que está presente la amenaza de la *otredad*, que se traduce en destructividad, donde los progenitores buscan

destruir el gesto espontáneo y subjetivo de su infante, por no tolerar lo que en su psiquismo demanda la comprensión de aquello que no se parece a lo que les es conocido. Así el filicidio inconsciente desde esta mirada es el intento de destruir aquello que es único y diferente del pequeño, al no parecerse a sus padres, que por las limitaciones propias de los mismo, éstos buscan de manera inconsciente destruir la subjetividad del hijo para disminuir la disonancia que provoca en su psiquismo, el cual se ve amenazado.

De lo anterior, lo central resulta ser la comprensión de lo asimétrico de los vínculos, donde el adulto tiene la responsabilidad de hacerse cargo de sus pulsiones sin depositarlas en los infantes, quienes no se pueden defender de esta violencia, por lo tanto, es el adulto quien debe reconocerla y hacerse cargo de ella. Podemos considerar que lo que da la condición de adulto, es justamente esto, el poder hacerse cargo de los impulsos sin actuarlos y proyectarlos.

Los resultados son muy positivos en la consulta cuando podemos rastrear donde se instauró la deshumanización en el paciente y desde dónde se anudó la violencia que se generó como trauma y que disoció al psiquismo para sobrevivir, dejándolo desconectado del sentir humano. Es un planteamiento que invita en la clínica a trabajar con la posibilidad de reconectarse con lo sensible de lo humano en tiempos de deshumanización. Así, la postura del analista no es solo por vía de "*levare*" como Freud lo señaló, sino también por vía de "*porre*", donde el analista puede incluir la pulsión de vida en sus tratamientos, tal como lo ha señalado Alizade (2002) y Peskin (2016) al señalar que lo positivo en psicoanálisis y la salida a la deshumanización, es acompañar a que los pacientes y los psiconalistas puedan darse el permiso de sentir lo humano. Los psiconalistas tenemos por delante un camino inagotable en cuanto a lo que podemos hacer para asumir un rol, donde en nuestras consultas no seamos testigos silenciosos de la violencia, ni nos coludamos con los desinvertido y silencioso de la pulsión de muerte, y mucho menos, repitamos con nuestros pacientes el mismo destino de abuso y violencia.

En esta investigación, el uso de viñetas permitió tener solo un

acercamiento breve e inmediato hacia las dinámicas que subyacen en los vínculos padres e hijos que siempre son ambivalentes, sin embargo, el uso de estas fueron una limitación para poder ampliar más acerca de la manera en que se desarrollan y evolucionan con relación a los impulsos filicidas. Asimismo, el análisis de las viñetas no se focalizó en las intervenciones que se realizaron con relación a lo filicida y por lo tanto, posteriores investigaciones pueden atender estas limitaciones utilizando otros diseños de investigación, como por ejemplo, estudios de caso. Es indispensable que futuras investigaciones continúen articulando las teorías con la clínica, en relación a como la pulsión de muerte opera en la crianza, y que continúen robusteciendo dilucidaciones para el trabajo clínico, con respecto a lo vital, es decir, a aquellas pulsiones de amor y protección, que son pulsiones para el trabajo preventivo y reparador de fallas en la crianza.

En tiempos de violencia y de deshumanización, esta investigación es una mirada que nos otorga la oportunidad de ofrecer a nuestros pacientes, la posibilidad de reconectarse con lo sensible, al poder mirar aquello que los desconectó de su derecho a ser humano. Hablar de lo filicida inconsciente es hablar de lo que nos deshumaniza, donde la pulsión de vida tiene que venir del ambiente externo en el sentido de Winnicott para poder acceder al derecho de ser y vivir como ser humano.

Referencias bibliográficas

- Alizade, M. (2002). *Lo positivo en psicoanálisis: Implicaciones teórico-técnicas*. Argentina: Lumen.
- Alizade, M. (2005). *Adiós a la sangre: Reflexiones psicoanalíticas sobre la menopausia*. Buenos Aires: Lumen.
- Alizade, M. (Ed). (2006). *Motherhood in the twenty-first century*. London: Karnac.
- Alkolombre, P. (2012). *Deseo de hijo. Pasión de hijo: Esterilidad y técnicas reproductivas a la luz del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ammaniti, M. y Gallese, V. (2014). *The birth of intersubjectivity: Psychodynamics, neurobiology and the self*. USA: W.W.Norton &Company.
- Arieti, S. (1981). *Abraham and the contemporary mind*. EUA: Basic Books.
- Atkins, N. B. (1970). The Oedipus myth, adolescence, and the succession of generations. *Journal American Psychoanalysis*, 18, 860-875.
- Barylko, J. (1996). *El miedo a los hijos*. Argentina: Emecé.
- Bergman, M. (1988). Freud's three theories of love in the light of later developments. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 36(3), 653-72.
- Berliner, B. (1958). The role of object relations in moral masochism. *The Psychoanalytic Quarterly*, 27(1), 38-56.
- Blanck-Cerejido, F. (2014). *El siglo del prejuicio confrontado*. México: Paradiso.
- Bleichmar, E. D. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación padres e hijos*. México: Paidós.
- Bleichmar, H. (1999). Fundamentos y aplicaciones del enfoque modular transformacional. *Aperturas Psicoanalíticas*, 1. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000052>.
- Bleichmar, H. (2015). *La esclavitud afectiva: Clínica y tratamiento de la sumisión*. *Aperturas Psicoanalíticas*, 28. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000389&a=La-esclavitud-afectiva-clinica-y->

tratamiento-de-la-sumision.

- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: CNCA/Grijalbo.
- Bowlby, J. (1985). *La separación afectiva*. España: Paidós.
- Busch, F. (2008). *Mentalization: Theoretical considerations, research findings and clinical implications*. New York: The Analytic Press.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Catz, H. (2006). Entre el filicidio y la filiación. La parentalidad en riesgo en el siglo XXI. En Solís-Ponton, L., Lartigue, T., y Maldonado M. y Marín, J. (Eds.), *La cultura de la parentalidad antídoto contra la violencia y la barbarie* (pp. 161-167). México: Manual Moderno.
- Devereux, G. (1953). Why Oedipus killed Laius. A note on the complementary Oedipus complex in greek drama. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 132-141.
- Dio Bleichmar, E. (2017). The dynamics between “the internal bad mother” and the construction of “the bad children”. En C. S. Holovko, & F. Thomson-Salo, *Changing sexualities and parental functions in the twent-first century* (pp. 31-41). London: Karnac.
- Dio Bleichmar, E. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación padres e hijo*. España: Paidós.
- Faimberg, H. (2005). *El telescopaje de generaciones: A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Argentina: Amorrortu.
- Féder, L. (1980). Preconceptive ambivalence and the external reality. *International Journal of Psychoanalysis*, 61, 161-178.
- Ferenczi, S. (1929). *The Unwelcome child and his death-Instinct*. *International Journal of Psychoanalysis*, 10, 125-129.
- Fonagy, P., Gyorgy, G., Jurist, E. y Target, M. (2002). *Affect regulation, mentalization, and the development of the Self*. USA: Other Press.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 5, pp. 180-189). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914a). De guerra y muerte. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 15, pp. 275-303). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914b). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914c). El Moisés de Miguel Ángel. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 13, pp. 213-242). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1932). Conferencia 31. La descomposición de la personalidad psíquica. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22, pp. 53-74). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938). Esquema de psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu.
- García-Badaracco, J. E. (1979). Reflexiones sobre sueño y psicosis. *Revista de Psicoanálisis*, 40, 693-709.
- García-Badaracco, J. E. (1985). Identificación y sus vicisitudes en las psicosis. La importancia del concepto de "objeto enloquecedor." *Revista de Psicoanálisis*, 42(3), 495-514.
- García-Badaracco, J. (2000). *Psicoanálisis multifamiliar. Los otros en nosotros y el descubrimiento del sí mismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- García-Badaracco, G. (2008) La violencia familiar es una interdependencia enfermiza y enfermante. En Glocer Fiorini, *Los laberintos de la violencia* (pp. 133-152). Buenos Aires: Lugar Editores.
- Glocer-Fiorini, L. (2016). Intersubjetividad, otredad y terceridad. Una relación necesaria. *The International Journal of Psychoanalysis (en español)*, 2(4), 1205-1217.
- Green, A. (1999). *Narcisismo de vida narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández-Sampieri, R., Fernández, C., & Baptista Lucio, P. (1998). *Metodología de la investigación*. México: Editorial Mc Graw Hill, 15-40.
- Holmes, J. (2011). Superego: An attachment perspective. En *International Journal of Psychoanalysis*, 92, 1221-1240.
- Ilizástigui, F. y Rodríguez, L., (2010). El método clínico. *MediSur [en línea]*, 8 (Sin mes): [Fecha de consulta: 19 de noviembre de 2018] Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180020098002>
- Kancyper, L. (2004). *El complejo fraterno: Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Lumen, Tercer milenio.
- Kolteniuk, M. (2007). Los Siete Modelos de la Psicopatología Freudiana, *Cuadernos de Psicoanálisis*, XL (1-2): 4-23.
- Lartigue, T. (1994). *Guía para la detección de alteraciones en la formación del vínculo materno-infantil durante el primer año de la vida*. México: Universidad Iberoamericana.
- Lartigue, T. (septiembre, 2016). Envidia ante los atributos femeninos, masculinos y andróginos. Trabajo presentado en Jornadas de COWAP del XXXI Congreso de FEPAL, Cartagena de Indias, Colombia (En *Cuadernos de Psicoanálisis*).
- Leuzinger-Bohleber, M. (2001). The 'Medea fantasy': An unconscious determinant of psychogenic sterility. *The International Journal of Psychoanalysis*, 82(2), 323-345.
- Leuzinger-Bohleber, M., & Fischmann, T. (2006). What is conceptual research in

psychoanalysis? Research Subcommittee for Conceptual Research of the International Psychoanalytical Association 3. *The International Journal of Psychoanalysis*, 87(5), 1355-1386.

- Lebovici, S. (1989). *La psicopatología del bebé*. México: Siglo XXI.
- Loewald, H. (1979) The waning of the Oedipus complex. En *Journal American Psychoanalytic Assesment*, 27, 751-775.
- Mann-Shalvi, H. (2016). *From ultrasound to army: The unconscious trajectories of masculinity in Israel*. London: Karnac.
- Marucco, N. (2013). Enfrentando el sufrimiento: psicoanálisis de la depresión. Trabajo presentado en el Congreso de la International Psychoanalysis Asociation, IPA, Praga.
- Mehler, J. y Rossini, S. (2006). La maternidad. En C. R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto, E. (Eds.), *La maternidad y sus vicisitudes hoy* (pp. 37-55). Lima: Cauces Editores.
- Mendoza, J. (2006). Trazos hacia el dibujo de la subjetividad femenina: de Winnicott a Benjamín. En C. R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto, E. (Eds.), *La maternidad y sus vicisitudes hoy* (pp.199-212). Lima: Cauces Editores.
- Mertens, D. (2005). *Research and evaluation in Education and Psychology: Integrating diversity with quantitative, qualitative, and mixed methods*. Thousand Oaks: Sage.
- Morandini, P. (2016). Conflicto y déficit del apego y el narcisismo en la relación parento-filial. En Valdez, V. (Enero 2017), Parentalidades y género: su incidencia en la subjetividad. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000971&a=Parentalidades-y-genero-su-incidencia-en-la-subjetividad->
- Pender, V. (2006). El sadismo materno y el instinto materno asesino. En C. R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto, E. (Eds.), *La maternidad y sus vicisitudes hoy* (pp. 225-239). Lima: Cauces Editores.
- Peskin, H. (2012). Man is a wolf to man: Disorders of dehumanization in psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 22(2), 190-205.

- Peskin, H. (2017). Uses of guilt in the treatment of dehumanization. *The International Journal of Psychoanalysis*, 98(2), 473-489.
- Rascovsky, A. y Rascovsky, M. (1967). Sobre el filicidio y su significación en la génesis del acting out y la conducta psicopática en Edipo. *Revista de Psicoanálisis*, 24(4), 717-740.
- Rascovsky, A., & Rascovsky, M. (1972). The prohibition of incest, filicide and the sociocultural process. *The International Journal of Psycho-analysis*, 53, 271.
- Rascovsky, A. (1974). *El filicidio*. Buenos Aires: Orión.
- Reenkola, E. (2015). Medea: Maternal ambivalence. En E. Ross (Ed.). (2015). *Medea: Myth and Unconscious Fantasy* (pp. 53-84). London: Karnac Books.
- Romano, A. (2016). ¿Parricidio? o ¿Filicidio? ¿La ley por encima del sujeto o el sujeto por encima de la ley? *Cuadernos de Psicoanálisis, Asociación Psicoanalítica Mexicana*, 49(1-2), 62-71.
- Romano, E. (2008). Paidofilia. Violencia hacia las niñas de la idolatría al desecho. En L. G. Fiorini, (2008), *Los laberintos de la violencia* (pp. 171-195). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Ross, E. (2015). *Medea: Myth and Unconscious Fantasy*. London: Karnac Books.
- Rotenberg, E. (2014). *Parentalidades. Interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rotenberg, E. (2016). Cuando los bebés no pueden desarrollar la capacidad de confiar. En E. Rotenberg (2005), *Los procesos de enfermar y curar en el contexto familiar* (pp.21-38). Buenos Aires, Lugar Editores.
- Rozenbaum, A. (2016). El psiquismo bombardeado. En E. Rotenberg (Comp.), *Padres e hijos...el poder de enfermar al otro: Curarse desde la vivencia* (pp.91-112). Buenos Aires: Lugar Editores.
- Solís-Pontón, L. (Ed.) (2004). *La parentalidad: Desafío para el tercer milenio; un homenaje internacional a Serge Lebovici*. México: Manual Moderno.
- Solís-Pontón, Lartigue, T., Maldonado, M, y Marín, J. (2006). *La cultura de la*

parentalidad, antídoto contra la violencia y la barbarie. México: *Manual Moderno*.

- Schechter, D. & Rusconi-Serpa S., (2014). Understanding how traumatized mother process their toddlers' affective communication under stress: toward preventive intervention for families at high risk for intergenerational violence. En R. N. Emde & M. Leuzinger-Bholeber (Eds.), *Early parenting and prevention of disorders* (pp. 90-118). London:Karnac
- Stern, D. N. (1985). *The interpersonal world of the infant: A view from psychoanalysis and developmental psychology*. London: Karnac.
- Sterren, H. V. D. (1952). The ' King Oedipus' of Sophocles. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 33, 343.
- Van Haute, P., & Geyskens, T. (2007). *From death instinct to attachment theory: The primacy of the child in Freud, Klein, and Hermann*. EUA: Library of Congress.
- Vallejo, R. (2012). Una mirada analítica a la relación filicidio-parricidio (Tesis doctoral inédita). Universidad Autónoma de Queretaro. Recuperada en: <http://studylib.es/doc/6022648/una-mirada-anal%C3%ADtica-a-la-relaci%C3%B3n-filicidio-parricida>.
- Vives, J. (2013). *La muerte y su pulsión: una perspectiva freudiana*. México: Paidós.
- Vives, J. (2013). *Lo irreparable y otros ensayos psicoanalíticos*. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana, Editores de Textos Mexicanos.
- Vives, J. (2014). El pensamiento y la realidad en el prejuicio, la superstición y el delirio colectivo. En F. Blanck-Cerejido, *El siglo del prejuicio confrontado* (pp. 15-51). México: Paradiso.
- Vives, J. y Lartigue. (1994). *Apego y vínculo materno-infantil*. México: Universidad de Guadalajara, Asociación Psicoanalítica Jalisciense.
- Wellon, E. (1988). *Mother, Madonna, Whore: The Idealization and Denigration of Motherhood*. London: Karnac
- Wellon, E. (2011). *Playing with dynamite: A personal approach to the*

- psychoanalytic understanding of perversions, violence, and criminality.*
London: Karnac
- Welldon, E. V. (2013). La Perversión del Instinto Maternal. *Revista de Psicoterapia y Psicosomática*, 33(81), 113-128.
- Welldon, E. (2015). ¿Por qué se desea tener un niño? En C. R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto, E. (Eds.), *La maternidad y sus vicisitudes hoy* (pp. 99-113). Lima: Cauces Editores.
- Welldon, E. (2016). Incesto materno y paterno: ¿Vínculo maligno o solución a una disfunción familiar? En V. Valdez, *Reseña de Parentalidades y género: su incidencia en la subjetividad. Aperturas Psicoanalíticas*, 54. Recuperado en: [http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000971&a=Parentalidades-y-genero-su-incidencia-en-la-subjetividad-\[Alkolombre, Patricia; Sé Holovko Cândida \(Compiladoras\)\]](http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000971&a=Parentalidades-y-genero-su-incidencia-en-la-subjetividad-[Alkolombre, Patricia; Sé Holovko Cândida (Compiladoras)]).
- Winnicott, D.W. (1947). El odio en la contratransferencia. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 263-274). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1965). *El proceso de maduración en el niño: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Argentina: Gedisa.
- Zizek, S. (2001). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo Veintiuno Editores.

